

México N$3.00
E.U. y
Puerto Rico
U.S. Dls. 1.75
Argentina $1.50

Carolyn se alegró mucho cuando Isabel, su madre, se casó con Julian. La feliz pareja partió en viaje de luna de miel y ella se dispuso a supervisar la renovación de la casa que Julian quería regalarle a su mujer... pero la chica descubrió que el arquitecto a cargo del proyecto era Vaughan Slater, el hombre que le provocó un colapso nervioso a Isabel, diez años atrás. Era una cruel jugarreta del destino, mas Carolyn procuró evitar a toda costa que su madre volviera a encontrarse con Vaughan...

Novelas con corazón

IMPRESO EN MEXICO

DILEMA

Miranda Lee

Dilema

Carolyn se alegró mucho cuando Isabel, su madre, se casó con Julian. La feliz pareja partió en viaje de luna de miel y ella se dispuso a supervisar la renovación de la casa que Julian quería regalarle a su mujer… pero la chica descubrió que el arquitecto que estaba a cargo del proyecto era Vaughan Slater, el hombre que le había provocado un colapso nervioso a Isabel, diez años otras. Era una cruel jugarreta del destino, y Carolyn se propuso evitar a toda costa que su madre volviera a encontrarse con Vaughan…

Capítulo 1

TODOS los visitantes deben abandonar el barco de inmediato -pudo oírse a través de los altavoces del Condesa del Mar-. Zarparemos dentro de cinco minutos.

-Supongo que se refieren a mí -suspiró Carolyn y se levantó de la cómoda silla del lujoso camarote, dirigiéndose a la atractiva mujer rubia que estaba sentada en la orilla de la cama-. Que tengas una luna de miel maravillosa, mamá -susurró-. Te la mereces.

-Gracias, cariño -dijo Isabel y miró casi con timidez al hombre que desde hacía tres horas se había convertido en su marido.

Carolyn sonrió al volverse y dirigirse a su padrastro, que también se había puesto de pie. Julian Thornton tenía cincuenta y dos años y empezaba a perder el cabello. No era un hombre particularmente atractivo, pero era inteligente, amable y paciente, y Carolyn estaba convencida de que podría hacer muy feliz a su madre.

-En cuanto a, ti, Julian -le dio un beso-, creo que eres muy malo al privarme de la compañía de mi madre durante dos largos meses, pero no me enfadaré, pues me has dejado tu coche para distraerme durante ese tiempo.

-Espero que lo cuides -sonrió él.

-¿Carolyn? -dijo Isabel con pesar.

-¿Sí, mamá? -la chica se preocupó de inmediato, al percibir el tono de angustia de la voz de su madre.

-¿Te acuerdas si... si metí en la maleta el nuevo secador de pelo que compramos? Yo no lo recuerdo...

Carolyn intentó disimular su inquietud. Sabía que la memoria de su madre a veces fallaba, pero durante los últimos meses había mejorado mucho.

-Claro que sí -sonrió Carolyn-. Pusimos todos tus artículos de tocador aquí -cogió la más pequeña de las maletas que estaba apoyada contra la pared y la puso en la cama, junto a su madre.

Julian se acercó y le sugirió a su mujer:

-¿Por qué no empiezas a guardar tus cosas, cariño, mientras yo acompaño a tu encantadora hija hasta la pasarela?

-Está bien -suspiró Isabel con el tono de resignación que Carolyn tanto detestaba, pues su madre alguna vez había sido una mujer fuerte y segura de sí misma.

-Ven, Carolyn -le pidió Julian con firmeza-. No puedes quedarte a hacer este crucero con nosotros. La luna de miel es para dos

personas, no para tres.

-Sí -murmuró la chica y volvió a despedirse de su madre. Tomó su bolso y salió del camarote a punto de estallar en sollozos.

-No te preocupes tanto por ella -le recomendó Julian mientras bajaban por la estrecha escalera-. Está cansada. Eso es todo. Ha sido un día muy pesado.

-Eres tan paciente con ella -declaró Carolyn-. Tan... bueno.

-La amo.

-Sí -Carolyn tragó saliva y trató de no pensar en las palabras de su madre, cuando Julian le pidió que se casaran, seis meses atrás.

-Yo no lo amo. Él me gusta mucho y es muy amable, pero... recordaba que había dicho Isabel aquel entonces. Al principio rechazó la propuesta matrimonial de Julian, pero éste fue insistente. Tres meses, cuando volvió a pedirle que se casara con él, Isabel, que había llegado a quererlo más, accedió. No obstante, Carolyn estaba segura de que nunca habían hecho el amor, algo que, en dichas circunstancias, la preocupaba un poco.

-Carolyn -Julian la tomó de la mano y la miró con sus penetrantes ojos grises-. Déjame darte un consejo. Ya casi tienes veinticuatro años y durante diez tú has sido como una madre para tu propia madre. Admiro mucho todo lo que has hecho por ella, pero ya es hora de que vivas tu propia vida. Ahora, Isabel es mí responsabilidad. Tienes que cortar el cordón umbilical ahora, o de lo contrario no podrás ser feliz, de la misma manera que Isabel casi estropeó su existencia por ser exageradamente responsable.

Carolyn recordé que Julian pensaba que el colapso nervioso que sufrió Isabel se había debido a la tensión experimentada por ésta al criar sola a su hija ilegítima. La joven pensaba que la extraña timidez de su madre y su actitud distraída también obedecían a esa razón.

Cuando Julian empezó a salir con Isabel, pudo conocer el resto de la historia. Supo que Isabel, cuando era joven, se había enamorado de su profesor de historia en la universidad. Él también la amaba y al poco tiempo Isabel se quedó embarazada. Era mucho mayor que ella y estaba casado. Después el profesor se separó de su mujer, a la que no amaba y con quien tampoco había tenido hijos, y se fue a vivir con Isabel, esperando el fallo del divorcio; no obstante, murió de un infarto antes de poder divorciarse y antes de que naciera su hijo, de modo que Isabel tuvo que enfrentarse sola al mundo y criar a su bebé a la edad de diecinueve años. Fue muy valiente y consiguió salir adelante, pero cuando Carolyn cumplió catorce años, Isabel sufrió un colapso nervioso inesperado.

Era una historia conmovedora y verdadera... hasta cierto punto. Carolyn sospechaba que en ese momento su madre estaba convencida de que ésa era toda la verdad; ella nunca la contradecía, aun cuando sabía cuál era la verdadera razón de la enfermedad de Isabel.

-Ahora está bien -insistió Julian en ese momento-. Mucho mejor de lo que crees. Mira, Carolyn, has estado protegiendo en exceso a tu madre y has tomado una serie de decisiones que le correspondía tomar a ella.

-¿Cómo puedes decir eso después de lo que me has pedido que haga? -preguntó la joven con resentimiento-. ¿No significa eso que todavía debo tomar decisiones por mi madre?

Julian suspiró:

-Estoy de acuerdo contigo en que tu madre aún tiene ciertas limitaciones, pero yo te pedí que no dijeras nada acerca del proyecto para conservarlo en secreto, y no tanto porque yo piense que Isabel no pueda tomar el control de su vida. Quiero proporcionarle una casa nueva, amueblada y decorada a su gusto, y que sea una sorpresa para ella, cuando volvamos de la luna de miel. Por eso te pedí que supervisaras todos los detalles que quedan por hacer y que cambiases cualquier cosa que, según tu opinión, pudiese disgustar a tu madre. Lamento que me hayas entendido mal. Y, si crees que eso te tomará mucho tiempo y que...

-No, no -lo interrumpió Carolyn, invadida por un sentimiento de culpa. Julian había sido muy bueno con ella y con su madre. Le resultaba imposible explicarle que ella no podía dejar de preocuparse por su madre, pues había presenciado su derrumbamiento y había sido testigo del cambio que sufrió después de esa enfermedad. Al recordar en ese momento a la antigua Isabel, Carolyn sintió unas repentinas ganas de llorar, pero se dijo que no debía preocupar a Julian-. Me gustaría mucho ayudarte, de verdad. Y tienes razón -sonrió-. Voy a dejar de angustiarme por mi madre, y a permitir que tú lo hagas por mí.

Julian le devolvió la sonrisa.

-Muy bien. Mira, éstas son las tarjetas personales del arquitecto y de la decoradora con quienes tendrás que hablar -sacó dos tarjetas de su bolsillo-. Estoy seguro de que algún día ambos serán muy famosos. Sus oficinas están, una junto a la otra, en Wollongong, y a pesar de que no son socios, hay un acuerdo tácito de que si contratas al arquitecto para que te diseñe una casa, también tienes que contratar a la decoradora. Y entiendo el motivo. Ese hombre es un fanático de las casas y teme que algún cliente con mucho dinero,

pero con pésimo gusto, le eche a perder sus obras de arte con una decoración espantosa -rió un poco-. Eso dice él, no yo. Bueno, como tú tienes muy buen gusto, no tendrás ningún problema con él. Pero ten cuidado. Ese hombre con sus treinta y cuatro años de edad, es un tipo muy atractivo. No me gustaría que mi hijastra cayera en las redes de un donjuán. Quiero que tengas un marido, no un amante. ¿Por qué pones ese gesto de asombro? Eso me dijiste una vez, ¿no?

-Sí. Pero todavía no deseo casarme ni tener hijos, Julian. Y déjame decirte que, a juzgar por tu decepción, ese arquitecto no es mi tipo de hombre, ni para amante ni para marido.

-Créeme: Vaughan es el tipo de hombre **de todas** las mujeres.

-Pues yo no soporto a los hombres que... -Carolyn se detuvo de pronto, al asimilar las palabras de su padrastro.

«¿Vaughan?», se preguntó asombrada, intentando no caer presa del pánico. Era un nombre poco común, pero no tan raro. No podría tratarse del mismo Vaughan... ¿o sí?

-No te preocupes, creo que estarás a salvo -continuó diciendo Julian-. Estoy seguro de que el arquitecto y la decoradora, la señorita Powers, mantienen una relación amorosa. Péinate y vístete como para ir a la oficina cuando vayas a ver a Vaughan. El vestido que llevas puesto ejercería cierto efecto.

Carolyn miró su vestido rojo de seda, que se había puesto para la boda de su madre. Isabel lo había escogido, y también la había convencido para qué se dejase suelto su largo y rubio cabello.

-Te haré caso, Julian.-asintió nerviosa. No se atrevía a mirar la tarjeta, aunque de esa manera sabría si se trataba del mismo Vaughan o no... Se preguntó por qué no lo haría y se respondió que, realmente, ya sabía cuál era la terrible verdad.

La descripción que Julian había hecho de Vaughan coincidía con lo que Carolyn sabía de él: también era arquitecto, tenía treinta y cuatro años, era vanidoso, atractivo, ambicioso... La joven palideció intensamente.

-Adopta la apariencia de una secretaria excesivamente formal y con eso bastará -bromeó Julian-. Tienes que llamar a la oficina de Vaughan este fin de semana para concertar una cita con él y con la decoradora. Ya les he explicado cuál es tu papel en todo esto y que deseo que esa casa sea una sorpresa para Isabel. También te entrego la tarjeta. Mi coche consume mucho combustible, así que no vaciles en usar esto para llenar el depósito. No, no discutas conmigo; insisto en ello. Después de todo, yo soy quien te pide que recorras más de setenta y cinco kilómetros todos los fines de semana, así que debo proveerte de un medio de transporte gratuito. Además, la

gasolina es un gasto deducible de impuestos -sonrió.

Carolyn logró hacer un esfuerzo para sonreír a su vez. Estaba totalmente confundida e ignoraba lo que iba a hacer.

-De nuevo, muchas gracias por todo, Carolyn -Julian le dio un beso-. Cuídate y no te preocupes por tu madre.

«No te preocupes por tu madre...», se repetía Carolyn en silencio un momento después. Aún sacudía la cabeza, asombrada, al pensar en la ironía que encerraban aquellas palabras, mientras contemplaba cómo el barco se alejaba del muelle y empezaba a cruzar el puerto de Sydney. Si el apellido que figuraba en la tarjeta del arquitecto era el mismo que ella pensaba, Carolyn no haría otra cosa más que angustiarse por su madre durante los próximos dos meses.

La joven abrió la mano con lentitud, como si fuera a descubrir una araña mortal. La tarjeta era muy sencilla, blanca y con letras negras.

Vaughan Slater – Arquitecto
Nada es demasiado grande ni demasiado pequeño.

Carolyn no supo si reír, llorar o vomitar. Al final, tan sólo la inundó la furia. Rompió la tarjeta y metió los trozos en su bolso, junto con la de la decoradora.

-Vaughan Slater -murmuró con los dientes apretados.

Vaughan Slater, diez años atrás, estudiaba arquitectura en la universidad de Sydney y, durante su último año de estudios, había vivido en el hogar de Isabel y Carolyn como huésped.

Tenía nueve años menos que Isabel; ella tenía en aquel entonces treinta y tres, y él tan sólo veinticuatro. Pero ese hombre tuvo edad suficiente, sin embargo, para aprovecharse de una mujer sola; para seducirla, acostarse con ella y conseguir que se enamorara de él, para luego aducir que su relación era solamente sexual y abandonarla despúes.

Vaughan Slater... Él había sido el único causante del colapso nervioso de su madre, diez años atrás.

Capítulo 2

CAROLYN consultó su reloj al llegar a Wollongong. Eran casi las once menos veinte. Su cita con Vaughan era a las once y debía ver a la decoradora a las once y media. No quería llegar tarde a pesar de que tampoco deseaba ver a Vaughan de nuevo.

La semana anterior, cuando llamó a la oficina, no habló con él sino con su secretaria, quien le dio las dos citas para el sábado por la mañana. La secretaria empezó a llamarla señorita Thornton desde el principio y Carolyn no corrigió ese error, de modo que Vaughan Slater aún no podía conocer su verdadera identidad. Pensaba que nunca se le debía dar ventaja al enemigo.

Con amargura, se dijo que ese hombre era su enemigo, y también el de la futura felicidad de su madre. Sabía que, una vez que Julian le regalara la casa decorada a Isabel, ésta última querría darle las gracias en persona a los profesionales que habían estado relacionados con el proyecto.

Carolyn trató de imaginar cómo reaccionaría su madre al ver de nuevo a Vaughan, al hombre de quien se había enamorado de una manera tan obsesiva, y comprendió que no podría resistirlo.

«No puedo permitir que se encuentren de nuevo», se prometió con vehemencia.

De repente, a la derecha, Carolyn descubrió la calle de la oficina de Vaughan y giró con mucho cuidado. Conducía el elegante coche azul de Julian debido a que no había querido arriesgarse a sufrir un percance con su viejo y destartalado vehículo.

Para cuando salió del coche y lo cerró con llave, ya casi eran las once menos cuarto. Carolyn se dispuso a buscar el número dieciséis. Sin embargo, cuando caminaba por la acera pensó que en pocos minutos volvería a ver a Vaughan y toda su calma desapareció.

Se detuvo y aspiró profundamente para tranquilizarse. Tenía que recuperar el dominio de sí misma o esa cita sería un desastre completo. Tenía que pensar con claridad. En ese momento Vaughan era un profesional de éxito y seguramente no le agradaría evocar una parte de su pasado que podía perjudicar su actual reputación. No le gustaría que Carolyn le dijera que tendría que evitar conocer a la mujer de su cliente, aunque para ello tuviera que mentirle a Julian. Estaba convencida de de que la única manera de enfrentarse a esa situación era implorar la piedad de ese hombre... si realmente la tenía.

La joven se dijo que al menos tenía unas cuantas armas para obligar a Vaughan a que accediera a sus deseos. Sin duda, Julian no

le había pagado aún todo lo que le debía por el diseño del proyecto de la casa. Carolyn estaba segura de que el hombre que tanto despreciaba no haría nada que pusiera en peligro los honorarios de su trabajo.

Para él, el dinero era muy importante. Carolyn se había enterado, debido a la crisis nerviosa de su madre, de que Vaughan no había pagado ni un céntimo de alquiler por su habitación durante los últimos meses que vivió en la casa de Isabel. No era necesario tener una gran imaginación para entender lo que sucedió. Una vez que Vaughan logró despertar el amor de su casera, no continuó pagando su hospedaje.

Carolyn estaba decidida a no dejarse apabullar por ese hombre. El tendría que hacer lo que ella le pedía o atenerse a las consecuencias. Julian adoraba a Isabel, y era un hombre de negocios muy rico e influyente en la zona de Sydney y en la costa sur del país, puesto que era dueño y admi iistrador de una compañía constructora que edificaba centros comerciales. Carolyn estaba segura de que a Julian no le gustaría enterarse de cómo, ese arquitecto mujeriego había tratado a la mujer que en ese momento era su esposa.

Carolyn se irritó y tensó la mandíbula. Le sorprendía sentir tanto odio y deseos de venganza. La gente siempre la consideraba una persona tranquila, pero en ese momento hervía de ira al pensar en ese hombre en particular.

Más segura de sí misma, se concentró en buscar la dirección. Se trataba de un edificio de tres pisos, de moderno diseño. Las amplias ventanas daban al mar y brillaban como espejos..

Carolyn aspiró profundamente por última vez y entró en el vestíbulo de mármol gris. No había recepcionista, tan sólo un enorme y elegante letrero gracias al cual Carolyn supo que su adversario tenía su oficina en el último piso, al igual que la decoradora de interiores, Madeline Powers.

En lugar de subir por el ascensor, Carolyn optó por las escaleras. Aún faltaban unos cuantos minutos para la cita. Mientras subía, se preguntó si Vaughan la reconocería de inmediato.

Pensó que eso era posible puesto que sus rasgos no habían cambiado mucho con el paso de los años. Aún se peinaba con una sola y larga trenza, pero en ese momento la llevaba enrollada como una corona alrededor de la cabeza. Nunca se maquillaba durante el día, pues su sonrosada tez y sus largas y oscuras pestañas eran suficientemente atractivas al natural.

Supuso que Vaughan tampoco habría cambiado mucho y, según

la descripción que Julian había hecho de él, no creía que estuviera grueso ni calvo.

A pesar de los años, Carolyn aún se acordaba muy bien de Vaughan. Su rostro era fuerte y anguloso; sus cejas, rectas y oscuras; sus ojos de color marrón, hundidos. Tenía el cabello castaño y ondulado y siempre solía llevarlo un poco largo. Su boca era sensual, pero casi nunca sonreía. También era fuerte y musculoso y su cuerpo siempre había atraído a las amigas de Carolyn.

La joven pensó en los crudos comentarios que hacían sus amigas en aquel entonces acerca de los diversos atributos físicos de Vaughan y pensó también que tal vez ella misma había sido demasiado puritana, pues no compartía su preocupación por el sexo. Incluso en ese momento, no le gustaban los hombres que presumían de su físico llevando una ropa demasiado ajustada.

«Tal vez sigo siendo una puritana. Las chicas que todavía siguen siendo vírgenes con veinticuatro años no abundan hoy en día», se dijo la joven.

Carolyn se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo, pensando que tal vez se había puesto ropa demasiado gruesa para ese caluroso día de febrero. Las advertencias de Julian la habían inducido a ponerse el traje gris que sus compañeras de trabajo habían descrito como una efectiva armadura «anti Maurice Jenkins».

Carolyn sonrió al pensar en eso. La chaqueta no tenía forma y la falda era larga, con pliegues. Ese traje aún no había conseguido llamar la atención del doctor Jenkins, un ginecólogo del hospital privado donde trabajaba la joven, y que se había dedicado a seducir a las enfermeras. En ese momento tenía puesta la mira en el personal administrativo.

Maurice Jenkins era un hombre guapo y de éxito, pero Carolyn jamás se resignaría a mantener simplemente una relación sexual con una persona. Tal vez por eso nunca había tenido un novio formal. Pensaba que los hombres sólo buscaban acostarse con las chicas y nada más. Y eso no le gustaba.

Asombrada, se preguntó en qué estaba pensando. Ése no era el momento adecuado para empezar a analizar y defender su actitud con respecto al sexo y los hombres. Tenía que preocuparse por el futuro de su madre, no por el suyo.

Al fin, llegó al sexto piso. Sin embargo, antes de llegar al despacho del arquitecto, otra puerta se abrió y salió un hombre alto y fornido seguido de una despampanante morena luciendo un hermoso vestido morado.

-Pero Vaughan, querido... -decía la mujer. Carolyn se irguió y miró al hombre, que en ese momento le daba la espalda.

Carolyn estaba atónita. ¿Ese hombre de aspecto tan formal y conservador era Vaughan Slater?, se preguntó. Ese hombre tenía un aspecto pulcro, esmerado y no se parecía en nada al chico bronceado, de vestimenta informal, que tanto había atraído a las amigas de Carolyn diez años atrás.

De pronto, él miró por encima de su hombro y vio a Carolyn. Entornó los ojos y frunció el ceño.

Carolyn ignoró la forma en que su corazón empezó a palpitar. Se preparó para que él la reconociera. Contuvo el aliento mientras era observada con firmeza. Él sabría quién era ella, en cualquier momento...

Sin embargo, no fue así. El brillo desapareció de los ojos de Vaughan, que de nuevo se volvió hacia la mujer morena.

-Anthea -su voz era profunda y masculina-, no puedo hablar contigo ahora. Un cliente va a venir a las once...

La mujer miró a Carolyn, que se había quedado inmóvil.

-Mira, te llamaré más tarde para avisarte si voy -añadió Vaughan con impaciencia.

-Y sin duda, vas a dejarme plantada -rezongó ella-. Vamos, Vaughan. ¿Por qué te disgustan tanto esas fiestas? Por favor, dime que esta vez sí asistirás a la reunión que estoy organizando sólo para ti. Quiero presumir de ti delante de mis amigos.

-Mira, no soy uno de tus perros de exposición. En cuanto a que esas personas sean tus amigas... ¡Já! Querida, más bien son las amistades de tu marido y no las tuyas... sobre todo en el caso de las mujeres.

La mujer se echó a reír y le tocó el cuello de la camisa, con un gesto íntimo.

-Es cierto -le acarició una mejilla-. De eso se trata. Quiero que todas esas brujas vean a quién he atrapado. Se pondrán verdes de envidia.

Carolyn experimentó una sensación de asco. Vaughan no había cambiado. La noche anterior, pensó que tal vez había interpretado mal lo que sucedió entre él y su madre. No obstante, en ese momento acababa de comprobar que él seguía siendo el mismo, aunque ya no seducía a mujeres vulnerables ni solteras, sino a mujeres ricas y casadas. También pensó que las sospechas de Julian eran ciertas; Vaughan también mantenía una relación con la decoradora.

-¿Señor Slater? -preguntó Carolyn con cierto desdén al acercarse.

La morena se enfadó por la interrupción y Vaughan miró a Carolyn como si su rostro le resultara familiar. Sin embargo, al parecer, la memoria volvió a fallarle y los ojos de la joven brillaron de frustración.

«No te preocupes. Pronto sabrás quién soy… y entonces desearás no haberte enterado nunca», se dijo Carolyn.

-¿Sí? -preguntó él con el ceño fruncido.

Carolyn tuvo que admitir que era muy guapo, aunque hacía diez años no había pensado lo mismo. O bien los rasgos de Vaughan habían madurado con los años o en ese momento a ella le gustaban los hombres como él. Carolyn contempló admirada su amplia frente, su nariz recta y su mandíbula cuadrada. Sus ojos, de un cálido color marrón, tenían una mirada profunda.

-Soy la hijastra de Julian Thornton -se presentó la chica, tensa-. Usted y yo tenemos una cita.

Vaughan consultó su reloj y luego miró a Carolyn con rapidez, sin mostrarse atraído por ella como mujer.

-Estaré con usted dentro de unos momentos, señorita Thornton. Vaya a mi oficina y mi secretaria la atenderá.

Carolyn se irritó, aunque no sabía si era por verse obligada a esperarlo o porque Vaughan no había mostrado interés por ella. ¿Qué diablos le estaba pasando? ¿Por qué le importaba que él no la hubiera mirado con más insistencia? Era muy atractivo, ¿y eso qué? A ella le importaba más cómo se comportaba la gente y no su apariencia física. Además, sabía muy bien lo que el señor «Casanova» Slater hacía con las mujeres con quienes se cruzaba en la vida.

La secretaria, una mujer de mediana edad, sonrió a Carolyn.

-¿Señorita Thornton?

-El señor Slater me dijo que me hiciera pasar a su despacho-Carolyn sonrió a su vez, haciendo un gran esfuerzo-. Él llegará dentro de un minuto. Tan sólo se está despidiendo de su… -se mordió el labio, consciente de que había estado a punto de hacer un comentario mordaz-. No entendí muy bien cómo se llamaba esa señora -concluyó.

-Es la señora Maxwell -explicó la secretaria y se puso de pie-. Es una de las mejores cuentas del señor Slater.

«No lo dudo», pensó Carolyn. Se dijo que Vaughan seguía seduciendo a las mujeres indicadas: a las que podían ayudarlo económicamente.

-¿Está segura de que el señor Slater le dijo que lo esperara en su despacho, señorita Thornton? -la secretaria parecía algo confundida.

-Sí... esto... estoy segura de que dijo eso -Carolyn parpadeó sorprendida.

-Muy bien, pero debo advertirle que por favor no toque nada -la secretaria suspiró resignada-. Y por favor, no se fije en el desorden. El señor Slater estuvo trabajando casi toda la noche en un nuevo proyecto y cuando hace eso... tiende a ser un poco desorganizado. Fue a su casa hace unas horas para ducharse y vestirse y estaba a punto de arreglarlo todo para tenerlo limpio cuando usted llegara, pero la señora Maxwell apareció inesperadamente y no ha tenido tiempo de poner un poco de orden en sus cosas.

«Puedo imaginármelo», se dijo Carolyn con sarcasmo.

-No se preocupe. Eso no tiene importancia -mintió Carolyn.

De todos modos, cuando entró en el despacho, enmudeció por la sorpresa. Papeles y bosquejos cubrían toda la superficie disponible, incluyendo varias mesas, para no hablar de las sillas, y parte del suelo.

En un rincón había un montón de papeles arrugados. Tazas de café vacías parecían haber sido utilizadas como pisapapeles en ciertos puntos estratégicos. Junto al escritorio principal, sobre una silla de plástico, estaban los restos de una visita a una hamburguesería; la secretaria los recogió con un murmullo de desaprobación.

-Es increíble que este hombre no esté gordo -masculló-. Come pura basura. Tendrá que sentarse aquí -indicó con una sonrisa a modo de disculpa la silla de plástico que ya estaba vacía-. No me atrevo a tocar nada más, pues puede costarme el empleo.

Carolyn, que era una persona escrupulosamente limpia y organizada para trabajar, miró asombrada a su alrededor. La apariencia de esa habitación era aún peor en contraste con la vista panorámica que se divisaba desde los ventanales. Miró las aguas del Océano Pacífico y la blanca y limpia arena antes de observar de nuevo la oficina con un gesto de desagrado.

-Pero, ¿cómo puede trabajar con este desorden?

-Muy bien -gruñó una voz masculina a su espalda, haciendo que Carolyn se sobresaltara-. Nora, ¿por qué diablos la ha hecho entrar aquí? Ya sabe que...

-Es culpa mía -intervino Carolyn, viendo que la secretaria la miraba como a una salvadora-. Usted me dijo que lo esperara en su oficina., y yo asumí que... -dejó de hablar cuando notó que él volvía a observarla con detenimiento.

-Nunca haga entrar aquí a nadie, a menos que yo esté presente, Nora -declaró Vaughan-. ¿Está claro?

-Sí, señor Slater -la secretaria, que parecía sobrecogida de miedo, se marchó.

-Hace poco que trabaja conmigo, de manera que aún no sabe hacer muy bien las cosas -explicó Vaughan cerrando la puerta.

Carolyn se molestó al ver la forma en que ese hombre hablaba a su secretaria. Vaughan se dirigió a su escritorio y empezó a arreglar los papeles un poco. De pronto, sonrió de una manera que dejó encandilada a Carolyn.

-Supongo que me he portado con demasiada dureza con Nora -rió un poco-. ¿Cree usted que renunciará a su puesto?

«No, si le sonríes de esa manera de vez en cuando», pensó Carolyn con un atrevimiento del que nunca se habría creído capaz, y su nerviosismo aumentó.

-No lo sé -quería apartar la mirada de sus ojos, pero le resultaba imposible. «Este hombre me atrae físicamente», se dijo horrorizada.

-Lo que pasa es que una vez alguien me estropeó todo el trabajo de un mes al derramar un líquido sobre mis planos -explicó Vaughan-. Luego, la secretaria anterior dejó entrar a un vendedor muy hábil durante mi ausencia. Fotografió un montón de proyectos para luego venderlos a una compañía constructora sin escrúpulos.

-Eso debió de ser terrible -comentó Carolyn con una falta de simpatía que la traicionó.

-Señorita Thornton -la miró con firmeza-, tengo la sensación de que ya nos conocemos. ¿Estoy en lo cierto?

Carolyn tragó saliva.

-Sí -afirmó simplemente, pues no era capaz de pronunciar una palabra.

-Lo suponía -sonrió con satisfacción y luego frunció el ceño-. Y, sin embargo, el apellido Thornton no me resulta familiar. Su padre es la única persona que conozco que se llame así.

-Es mi padrastro -se atragantó-. No me apellido Thornton.

-Ah, sí... Ése fue un error mío. Pero, ¿no le dijo a mi secretaria que así se llamaba usted?

La miró con mayor intensidad y ella se estremeció un poco. Vaughan rodeó el escritorio, retiró unos documentos de una esquina y allí se sentó, acercándose mucho a la joven. Cuando se volvió, con la barbilla en la mano, Carolyn se concentró en sus labios, que le parecieron muy sensuales.

-¿Podría explicarme por qué no reveló su verdadera identidad? -preguntó él.

Carolyn lo miró con turbación y se apoyó contra el respaldo de la silla para no estar tan cerca de ese hombre. Él se tensó y se

irguió, preocupado ante la reacción de la chica.

-¿Acaso no van a gustarme los motivos que ha tenido usted para hacer eso? -intuyó él.

-Así, es, no le parecerán agradables.

-Bueno, dígame la verdad de una vez por todas -volvió a situarse detrás del escritorio con las manos en las caderas-. Dígame la mala noticia de una vez.

-Muy bien -en ese momento ya había recuperado el control de sí misma y sintió asco por su respuesta sexual ante ese hombre. Eso alimentó su deseo de venganza-. Mi apellido es McKensie -anunció con furia controlada-. Me llamo Carolyn McKensie... Si no me recuerdas, estoy segura de que sí recuerdas a mi madre. Ella se llama Isabel McKensie, aunque desde el jueves pasado es la señora Thornton.

Capítulo 3

CAROLYN esperó que él se ruborizara debido al sentimiento de culpa. Pero Vaughan mostró una falta considerable de reacción ante aquel comentario revelador. Tan sólo miró a Carolyn por un momento antes de sentarse.

-Qué situación tan extraña -masculló mientras se frotaba la barbilla.

-¿Eso es lo único que se te ocurre decir? ¿Extraña? -le preguntó la joven, indignada.

Él la observó con tanto detenimiento que la hizo sentirse incómoda.

-¿Qué otra cosa quieres que diga?

Carolyn aspiró profundamente y decidió ir al grano:

-No voy a andarme por las ramas, Vaughan. Conozco lo sucedido entre mi madre y tú. Por supuesto, ella no me lo dijo. Nunca habla de ese episodio de su vida. Pero yo os vi... juntos... aquella noche, antes de que tú te marcharas de nuestra casa. Yo había vuelto más temprano que de costumbre de mis clases de ballet y os vi.

Carolyn tragó saliva una vez más y levantó un poco la voz.

-Bueno, digamos tan sólo que ni ninguno de los dos notó mi presencia en el umbral de la casa. Luego me retiré con rapidez. Al día siguiente, oí que mi madre te decía que te amaba, y que vosotros dos empezabais a discutir. No, por favor, calla. No quiero hablar del pasado ni juzgar ni culpar a nadie. Pero debes entender que no deseo que vuelvas a ver a mi madre bajo ninguna circunstancia. Quiero que me des tu palabra de que cuando Julian y mi madre vuelvan de su luna de miel, dentro de dos meses, tú evitarás verla a toda costa porque yo...

-Vamos, no seas tan melodramática -la interrumpió disgustado-. Eso sucedió hace diez años, por el amor de Dios. Hace una eternidad. Y no pienso huir ni esconderme de Isabel. Está bien, estoy de acuerdo con que la primera vez que nos veamos los dos nos sentiremos un poco incómodos, pero creo que no debemos dar excesiva importancia a eso -Carolyn se quedó muda de asombro-. ¿Por qué me miras de ese modo? -le preguntó impaciente-. ¿Acaso hay algo que yo no sepa?

Por fin Carolyn se convenció de que Vaughan no se sentía culpable con respecto a lo que había sucedido entre él y su madre. Mantener aventuras amorosas debía de ser para él algo tan natural como respirar. Las mujeres entraban y salían continuamente de su

vida. Era obvio que, cuando una aventura terminaba, él no sufría por ello y esperaba lo mismo de la mujer de turno. Vaughan Slater tenía una moral muy distinta de la de Carolyn y eso no cambiaría por nada del mundo.

Sin embargo, la joven se dijo que debía tratar de hacerle entender su punto de vista.

-Mi madre te amaba -le temblaba la voz.

-No, eso no es verdad -replicó con tono firme.

-¿Cómo puedes decir eso? -un intenso sentimiento de frustración invadió a la joven. Ella misma había escuchado a su madre llorar, cuando le suplicaba a ese hombre que no la dejara. Sus sollozos le dolieron tanto a Carolyn que corrió a refugiarse a su habitación y no salió de allí hasta que Vaughan se fue, un par de horas después.

-Lo digo porque es cierto -insistió con dureza-. Y tu madre también lo sabía. Ella sólo quería acostarse conmigo y después intentó convencerse de que estaba enamorada de mí, para acallar sus remordimientos de conciencia.

-¿Sus remordimientos de conciencia?

-Así es. Si crees que fui yo quien la sedujo, estás muy equivocada, Carolyn.

-Pero, pero... -su confusión fue total. Aquel hombre parecía decir la verdad. Además, ¿por qué habría de mentir? ¿Qué razones podía tener para hacer algo semejante?

Miró al suelo y sacudió la cabeza, sin poder asimilar lo que estaba sucediendo.

-Carolyn, mírame...

Lo dijo en un tono tan amable que ella tuvo que alzar la vista. Se encontró con una mirada tan humilde y cálida que se quedó perpleja. Aquella tierna y serena mirada logró hacer desaparecer toda su furia y la hizo derretirse en ese instante.

De pronto, la invadió una sensación de pánico. Se dijo que debía tener mucho cuidado con ese hombre.

-No debí decirlo de esa manera -murmuró Vaughan-. Lo siento. Mira, tu madre era muy atractiva. Mucho. Y también estaba muy sola. Necesitaba estar con un hombre. Yo... estaba allí, disponible. Nunca la seduje ni le dije que la quería. Ella se acercó a mí y no al revés. Yo no la culpo de nada y tú tampoco deberías hacerlo.

-No la juzgo protestó. Mira, no sé si estás diciendo la verdad o no acerca de quién empezó a hacer qué, pero sí estoy segura de que estás mintiendo cuando dices que no le dijiste a mi madre que la querías. Sí lo hiciste y yo lo sé -afirmó con tono categórico.

Reinó un tenso silencio después de esa acusación.

-Entonces, te sugiero que rectifiques la veracidad de los hechos en los que te basas para afirmar eso -replicó Vaughan con voz controlada-. Si tu madre pensó que yo la amaba eso fue tan sólo un producto de su imaginación, porque nunca se debió a nada de lo que yo haya hecho o dicho delante de ella. Y estoy dispuesto a jurártelo sobre una Biblia.

Al escuchar esa rotunda negativa, Carolyn dudó que él fuera culpable. ¿Decía Vaughan la verdad acerca de lo sucedido? ¿Acaso su madre se había quedado tan afectada que empezó a imaginar cosas que él nunca le dijo? Carolyn supuso que eso era posible debido a que Isabel, en aquél entonces, había estado obsesionada con Vaughan.

«¿Cuál es la verdad?», gimió ella para sus adentros. Vaughan le aseguraba que Isabel, en aquella época, estaba sola y frustrada... Carolyn supuso que eso podía ser cierto. De niña, nunca había visto que su madre tuviera amigos ni que saliera con hombres. Isabel siempre había insistido en que amó tanto al padre de Carolyn que nunca pudo volver a mirar a otro hombre. Como la chiquilla inocente que era, Carolyn había aceptado esa explicación con facilidad; sin embargo, en ese momento se daba cuenta de que ser leal a la memoria de un hombre debió de ser algo muy duro para una mujer joven que se encontraba en la flor de la vida.

Pero nada de eso cambiaba el hecho de que Isabel sí había creído que Vaughan la amaba. Nadie que hubiera escuchado su discusión ese día podría ponerlo en duda. Además, ésa era la única razón que explicaba el colapso nervioso de Isabel, que siempre había sido una mujer fuerte, y no una soñadora. Entonces, ¿por qué creyó que Vaughan la quería si él nunca se lo dijo?

Carolyn alzó la vista. Estaba muy pálida. La respuesta debía residir en la habilidad y el atractivo sexual de ese hombre, en su capacidad de hechizar a las mujeres y hacerlas enloquecer por él, sin tener que decirles aquellas palabras que tanto deseaban escuchar de sus labios.

«Te amo... te amo...».

Esas palabras resonaron una y otra vez en la mente de Carolyn y la joven deseó llevarse las manos a los oídos para no escucharlas más. De pronto, se puso blanca como la cera cuando una idea se abrió paso en su cerebro: «¿Y si él logra seducirme a mí también? ¿Qué pasaría...?».

-Pareces muy turbada, Carolyn -se puso de pie-. Le pediré a Nora que nos prepare una taza de café. Luego, trataremos de arreglar este problema para llegar a una solución que te tranquilice. Tal vez, yo

podría llamar por teléfono a tu madre cuando ella volviese y...

-No te atrevas a hacer eso -exclamó con tanta rabia que él se quedó sorprendido-. No... no entiendes -añadió con voz temblorosa. Todo aquello le parecía horrible. Tenía que recuperar la sangre fría.

-Entonces, ¿por qué no me explicas qué sucede? -preguntó él en un susurro.

-Yo... mi madre sufrió un colapso nervioso el día que te fuiste -tartamudeó-. El médico la internó en el hospital durante un tiempo. Cuando le dieron el alta, tardó mucho tiempo en recuperarse. De hecho, aún está muy delicada.

Vaughan la miró como si estuviera loca.

-¿Isabel sufrió un colapso nervioso? ¿Isabel? ¿Por mi culpa?

-Sí.

-No te creo.

-Pues es la verdad -insistió con tristeza, pensando que nunca podría olvidar la patética escena que presenció cuando Vaughan se marchó. Carolyn había encontrado a su madre acurrucada en un rincón de la cocina, hablando sola, sin advertir su presencia.

-Me dijo que me amaba -había repetido Isabel una y otra vez, según recordaba Carolyn-. De lo contrario, ¿por qué creyó que empecé a acostarme con él, a pesar de que yo sabía que eso no estaba bien? ¿Y qué es lo que hizo al final? Me dijo que sólo había sido sexo y que se iría. Todo fue una mentira... mentira... ¡Mentira! Ya no soporto más esto... ¡Ya no!

Por fin, su madre se echó a llorar y ya no pudo contenerse. Fue un llanto incontrolable e histérico que la desgarró. Carolyn llamó de inmediato al médico de la familia y fue entonces cuando la pesadilla comenzó... Cuando la joven evocó lo que en realidad había sucedido, la invadieron nuevas dudas. ¿Estaba mintiendo Vaughan? ¿Acaso había seducido a Isabel y le había dicho que la amaba? Cuando Carolyn miró la expresión aparentemente sincera de Vaughan, ya no supo qué pensar.

-Quizás ella imaginó algunas cosas -concedió confundida-. Tal vez pensó que tú la amabas, pero lo creyó y eso fue lo que la destrozó cuando te fuiste de la casa. No me importa que eso haya ocurrido hace diez años; no tengo intención de volver a arriesgar la salud mental de mi madre. Si tienes algo de decencia, Vaughan, te mantendrás alejado de ella.

Él no dijo nada durante varios segundos. Parecía muy molesto.

-No me gusta la forma en que has dicho eso, aunque supongo que tendré que hacer lo que me pides -dijo al fin. Se frotó la barbilla de nuevo, confundido-. Demonios... todo es absurdo. No

puedo creerlo. Isabel fue siempre una mujer muy fuerte y reservada. Te confieso que ese día me llevé una sorpresa muy grande cuando me dijo que me amaba. Sin embargo, después logramos hablar y me pareció que ella también estuvo de acuerdo en que lo nuestro había sido tan sólo una atracción física que, por desgracia, ninguno de los dos pudo controlar. Yo creí que ambos habíamos llegado a la conclusión de que yo debía irme cuando antes. De todos modos, yo me habría ido una semana más tarde puesto que ya había terminado mis exámenes. Tal vez tu madre fingió que no le importaba que yo me fuera. Ahora recuerdo que estuvo muy callada ese día... Pobre Isabel -añadió con un suspiro-. Y pobre tú también, Carolyn... Sé que no tenías familiares en Sydney. ¿Cómo te las arreglaste para salir adelante?

-Lo logramos -respondió con tono cortante pues no quería contar con la simpatía de Vaughan, que de todos modos había sido muy convincente con su versión de lo sucedido.

-¿Adónde fuisteis? ¿Qué hicisteis?

-Cuando mi madre salió del hospital, un primo suyo se ofreció a darnos alojamiento. Estuvimos en su granja durante un par de años. Por supuesto, no podíamos quedarnos allí para siempre. En esa época hubo muchas inundaciones, así que las cosas no eran fáciles para los granjeros. La mujer del primo de mi madre se quedó embarazada y las dos nos volvimos a Sydney. Isabel tenía una pensión de inválida y yo dejé los estudios para ponerme a trabajar.

-En aquel entonces, tú sólo debías de tener dieciséis años -estaba impresionado-. Qué lástima, Carolyn, siempre fuiste una chiquilla muy inteligente. Debiste terminar tus estudios e ir a la universidad. Maldición, si yo lo hubiera sabido.. tal vez habría podido hacer algo.

«¿Qué habrías podido hacer? ¿Cedernos tu pensión de estudiante?», se dijo la joven.

-Logramos superar esos tiempos difíciles -repuso con tensión-. Ahora tengo un buen empleo. Nunca me he arrepentido de no haber ido a la universidad. Estoy contenta y mi madre también. Sólo quiero asegurarme de que las cosas sigan así.

Lo miró con ira, pero en el fondo Carolyn sospechaba que su propia felicidad estaba en peligro. Con anterioridad se había sentido atraída por algunos hombres, pero nunca había experimentado la clase de turbación que la embargaba cada vez que Vaughan la miraba.

-¿No has pensado que tal vez Julian le mencione mi nombre a Isabel? -susurró él.

-No lo hará hasta que le haya regalado la casa -aspiró profundamente-. Julian quiere darle una sorpresa a mi madre. Creo que yo hablaré con él entonces y le contaré algo sobre ti, sin darle muchos detalles de lo sucedido. Déjame eso a mí.

-Muy bien, aunque no estoy de acuerdo contigo. Creo que sería mejor ser sinceros y honestos. Tu madre ya debe de haberme olvidado hace mucho tiempo. Después de todo, acaba de casarse con otro hombre.

«Pero no lo quiere. Si te ve de nuevo, sobre todo ahora, cuando eres un triunfador, atractivo, elegante y sexy... tal vez vuelva a desearte como antes», pensó Carolyn. Isabel todavía tenía una salud muy delicada y cualquier emoción fuerte podría provocarle una recaída.

-Por favor, deja que sea yo quien juzgue eso -repuso la chica, tensa.

-Muy bien -replicó Vaughan con tono cortante-. Pero ese problema en particular ocurrirá dentro de dos meses. Y ahora a mí me interesa un problema más inmediato: la casa de Julian.

-¿Hay algún problema con ella?

-No, a menos que tú me los des -la recorrió con la mirada-. ¿Vas a hacerlo?

-No lo sé -la joven no sabía por qué él la miraba de esa forma-. Aún no la he visto.

-Dudo que eso cambie las cosas -masculló, confundiéndola todavía más—. Bueno, ¿quieres verla? ¿Esta tarde?

Carolyn consultó su reloj. Casi eran las once y media.

-Tengo una cita a las once y media con la señorita Powers -declaró con tono frío, ocultando la turbación emocional que él le provocaba-. Tal vez, después de hablar con ella, los tres podríamos ir, a ver la casa. ¿Crees que eso sería posible?

-Por desgracia, Maddie tiene que ver a otro cliente a las doce y estará ocupada por lo menos una hora con él -Vaughan negó con la cabeza-. Te diré lo que vamos a hacer. Después de que hayas hablado con ella, te invitaré a comer y luego los tres podremos ir a ver la casa, a eso de las dos de la tarde.

Carolyn apenas logró dominar su reacción de horror. No quería estar con ese hombre y menos comer con él. Ya tendría bastantes dificultades con verlo de vez en cuando durante los próximos dos meses.

-Gracias por la invitación -señaló con tono seco-, pero me temo que no tengo mucho apetito -se puso de pie-. Tal vez podrías llevarme a la casa para que yo la vea mientras tú te vas a comer.

Esa sugerencia hizo que Vaughan la mirara de forma penetrante.

-No puedo hacer eso. La casa aún no está del todo terminada. Mira, no tiene sentido que intentes evitarme, Carolyn. Ésa es una actitud bastante tonta e infantil.

La chica se irritó de inmediato. Le molestaba que la llamara tonta e infantil, cuando además no era verdad. Ella había tenido que convertirse en una adulta a una edad muy temprana, y no había podido disfrutar de una adolescencia normal y divertida como el resto de sus amigas. Y todo debido a ese hombre y a su impulso por acostarse con todas las mujeres que se cruzaran en su camino. Su madre... Madeline Powers... Anthea Maxwell... y, ¿cuántas más?

Carolyn se alegró de haberse vestido de manera muy poco atractiva; de lo contrario quizá Vaughan ya habría intentado seducirla a ella también. Y, dada la innegable atracción sexual que sentía por él, ¿quién sabía qué podía resultar de todo eso?

-Yo no estaba intentando evitarte -mintió con tono frío.

Él sonrió con sarcasmo, haciéndole saber que no la creía.

-Entonces puedes venir conmigo a tomar una copa mientras yo como.

Antes de que Carolyn pudiera decir algo, la tomó del brazo y la acercó a la puerta.

-Así podrás contarme todo lo que has hecho durante estos últimos diez años. Aunque te parezca extraño, pensé en ti con frecuencia durante todo este tiempo -comentó con tono serio-. Me resultó difícil olvidar a la chiquilla de hermosos ojos azules que solía mirarme con tanta desaprobación. Y eso es algo que no ha cambiado mucho, ¿verdad? Sigues pensando que soy una especie de ogro.

-Claro que no -la miró a los ojos-. ¿Y cómo debo pensar yo en ti, Carolyn? ¿Como la hijastra de mi cliente que le está ayudando a terminar su casa para que quede perfecta? ¿O como una chica que sigue guardándome un rencor irracional y que tal vez tenga la intención de sabotearme el trabajo, para vengarse por algo que sucedió hace diez años? -Carolyn estaba sorprendida-. Creo que tengo derecho a albergar esas sospechas -prosiguió él-. Después de todo, le diste un nombre falso a mi secretaria y luego te las arreglaste para entrar en mi despacho. De no ser porque entré con rapidez, sólo Dios sabe qué habrías hecho con mis planos. Me parece que estás demasiado ansiosa por quedarte sola en la casa de tu padrastro... quizá quieras robar o destruir algo...

-Yo nunca haría algo semejante -protestó escandalizada-. ¡Nunca! Admiro mucho el éxito y el trabajo duro, sin importar lo

que pueda opinar de una persona en particular.

-¿Y qué opinas de mí, en este caso?

-Bueno, yo... yo...

-Adelante, dime qué es lo que tienes en mi contra, salvo algo que ya pertenece a la historia y que no fue culpa mía, a pesar de que tuvo consecuencias desastrosas -se cruzó de brazos y la miró con enfado-. ¿Y bien? ¿No tienes nada que decir? ¿No crees que merezco una explicación por tu exagerada hostilidad hacia mí?

Carolyn sentía que el cerebro le daba vueltas. Sabía que él estaba furioso; sus ojos brillaban con un destello de ira que, sin embargo, conseguía aumentar su encanto físico.

Sólo después a Carolyn se le ocurrió que hubiera podido echarle en cara a Vaughan la relación que mantenía con Anthea Maxwell que, después de todo, era una mujer casada, a diferencia de la señorita Powers, que seguía soltera. Pero en ese momento Carolyn se ruborizó mucho, revelando que en realidad era una chica muy sensible.

-Yo... no sé -tartamudeó antes de recobrar la compostura y alzar la barbilla-. Parece que siempre sacas lo peor que hay en mí. Siempre ha sido así. No me caes bien, Vaughan. Lo siento, pero ésa es la verdad.

Esos comentarios tan sinceros lo sorprendieron... al igual que a la propia Carolyn. Pero la joven también experimentó cierta satisfacción por haber podido ser tan sincera.

«Por lo menos me estoy enfrentando a esta absurda atracción que siento por él. Nada enfría más a un hombre que el hecho de que una mujer le diga que no le atrae», se decía Carolyn.

Sin embargo, después pensó con ironía que no necesitaba mantenerlo alejado de ella, ya que no había demostrado el más mínimo interés sexual por su persona.

-Bueno, yo también lo siento. Tú siempre me caíste bien. Siempre tuviste un carácter fuerte, aun cuando sólo eras una chiquilla. No eras una tonta frívola como la mayoría de tus amigas.

-¿Lo dices porque nunca perdí la cabeza por el atractivo Vaughan Slater? -comentó con ironía, sin poder contenerse.

Él entornó los párpados y Carolyn quiso morderse la lengua por haber dicho algo tan estúpido. Ese exceso de hostilidad era mucho más revelador que la ausencia de la misma. La joven sonrió, haciendo un esfuerzo supremo por sobreponerse a su vergüenza.

-¿Lo ves? -rió con tono seco-. Todavía sacas lo peor que hay en mí. Por lo general, no me comporto como una estúpida.

Vaughan la miró con tanto detenimiento que ella se estremeció.

-No, no creí que lo fueras. Para serte franco, creo que si pudieras hacer a un lado tu irracional hostilidad, serías la persona más agradable y sincera que he conocido.

Carolyn sintió un nudo en el estómago. Primero, simpatía. En ese momento, halagos. Vaughan sí que sabía cómo turbar a una mujer.

-Sabes que será muy difícil trabajar juntos si no dejas de atacarme y mirarme de ese modo -continuó Vaughan con tono razonable-. ¿Crees que por el bien de la casa podrías olvidar que te disgusto tanto, al menos durante dos meses? ¿O acaso no puedes controlar tus sentimientos tanto tiempo?

Carolyn tragó saliva.

-Me parece que podré controlarme muy bien durante ese período.

-Vaya, eres un hueso duro de roer-se rió-. Y, ¿quién sabe? Una vez que me conozcas un poco mejor, tal vez descubras que no soy el despiadado sin vergüenza que has creído durante todos estos años. «Eso lo dudo mucho», se dijo la joven con ironía.

-Vamos -sonrió Vaughan, al ver que ella no cedía ni un ápice-. Maddie ya debe de estar preguntándose dónde estás -volvió a tomarla del brazo y cerró la puerta de la oficina al salir.

Vaughan se detuvo al llegar frente al escritorio de su secretaria.

-Voy a llevar a Carolyn a la oficina de Maddie, Nora -anunció-. Volveré dentro de cinco minutos y usted podrá irse a casa. El ogro la hará trabajar menos hoy, porque tuvo que soportar sus malos modales.

-Ay, señor Slater -susurró la secretaria-. Usted nunca es grosero...

-Ésa no es la opinión de la mayor parte de los constructores con quienes trabajo -sonrió Vaughan con sarcasmo.

-Algunos de ellos merecen que se les ponga en su lugar -argumentó la secretaria, siempre leal a su jefe.

-Tuvimos toda clase de problemas con los fontaneros, para hacer las instalaciones sanitarias en la casa de Julian -le confesó Vaughan a Carolyn mientras se dirigían a la oficina de Madeline; aún la llevaba del brazo-. La mayoría de las veces no fueron a hacer su trabajo cuando debían hacerlo. No me sorprende que hoy en día ya nadie pueda tener lista una casa a tiempo con trabajadores como esos.

-Pero, ¿qué pretextos dan? -preguntó Carolyn con curiosidad, a pesar de su incomodidad. Aún estaba temblando por haberse enfrentado a su enemigo y por su propia e inesperada respuesta ante su intenso atractivo masculino. Si tan solo él dejara de

tocarla...

Vaughan simplemente se encogió de hombros.

-A veces dicen que es el tiempo, demasiado caluroso o demasiado frío, lo que les impide trabajar. Pero eso es absurdo, puesto que los tejados y los muros estaban intactos en ese entonces. Después dijeron que tenían que terminar un trabajo anterior, pero cuando yo hablé con el arquitecto, éste me dijo que no habían terminado ese trabajo puesto que tampoco habían ido a trabajar como era debido. Se trata simplemente de un círculo vicioso de apatía y holgazanería. No me asombra que el negocio de la construcción de este país esté hecho un desastre.

-Te importa mucho tu profesión, ¿verdad? -comentó ella.

-Parece que eso te sorprende -la miró con curiosidad-. Ya entiendo -dijo de pronto-. Piensas que soy un hombre sin conciencia, sin... decencia -rezongó, burlándose de ella-. Y, como soy un hombre sin moral, se supone que tampoco tengo integridad, ni siquiera en lo que se refiere a mi trabajo, ¿no es cierto? Recuerda, Carolyn, que algunos de los hombres más inmorales de la historia de la humanidad han sido personas que han logrado hacer mucho, como Napoleón o Hitler.

-Yo nunca te pondría en la misma categoría que Hitler -la joven estaba asombrada debido a su comentario.

Él rió sin diversión y, antes de abrir la puerta de la oficina de la decoradora, miró a Carolyn con cinismo.

-Creo que nuestra tregua ya se está deteriorando. Pero te sugiero que hagas un esfuerzo especial delante de Maddie. Supongo que no quieres que empiece a hacerte toda clase de preguntas indiscretas, ¿verdad?

-Claro que no.

-Entonces, sonríe, Carolyn. Vas a poner a prueba tu habilidad para actuar. Maddie tiene una intuición femenina muy aguda y sé da cuenta de todo, a la menor oportunidad. Sólo la engañarás si finges muy bien. ¿Tienes talento para fingir?

-De hecho, sí -replicó con humor y sonrió de manera deslumbrante. Pensó que si no hubiera sido una buena actriz, él ya se habría dado cuenta de que le parecía el hombre más guapo que había conocido.

-Muy bien. Y me imagino que vas a fingir que acabas de conocerme hoy mismo.

-Así es. Has acertado.

-Lo suponía masculló; luego abrió la puerta de la oficina e hizo pasar a la joven.

Capítulo 4

QUERIDA Maddie -llamó Vaughan cuando entraron en la recepción, que estaba vacía-. ¿En qué habitación te escondes? -en ese momento se abrió una puerta a su izquierda y la mujer más guapa que Carolyn había visto en su vida hizo su aparición. Era muy alta, casi tanto como él. Tenía la piel muy blanca, pero todo lo demás en ella era negro: el cabello, rizado y recogido en una coleta, los ojos que en ese momento brillaban de exasperación, las finas cejas arqueadas, el vestido corto, las medias de encaje, y los zapatos de tacón alto. Sólo los pendientes eran de color rojo.

-Llegas tardes de nuevo -acusó a Vaughan, mirándolo con sus llamativos ojos negros.

Carolyn se tensó.

-Sólo llego unos minutos tarde -sonrió Vaughan-. ¿Te pasa algo malo, cariño? -se acercó y la abrazó-. Siempre te pones de mal humor cuando no estás inspirada.

-No creas que puedes salirte con la tuya con tanta facilidad, malvado -lo regañó la mujer, sin apartarse de él-. Reserva esa clase de trato para tus amigas -de pronto, le guiñó un ojo a Carolyn, por encima del hombro de Vaughan.

La chica dio un respingo. ¿Acaso eso significaba que Vaughan no era el amante de la mujer? Sintió curiosidad y también malestar. ¿Qué le importaba quién fuera la actual compañera de cama de ese hombre? Eso no debía de tener la menor importancia para ella.

Se dijo que debía de haber mostrado su desagrado de manera involuntaria, pues Maddie ya no la miraba con diversión sino con curiosidad. La mujer se alejó de Vaughan y lo miró con reproche.

-¿No habrás estado molestando a esta hermosa joven, verdad?

-No, sólo a Nora.

-Ay, Vaughan, ¿lo dices en serio? Esa pobre mujer...

-Nada de pobre. Le pago muy bien por permanecer sentada delante de ese escritorio y por contestar los teléfonos. De cualquier modo, ya todo está arreglado. Carolyn me miró con ira y me hizo sentir culpable, ¿verdad? -la miró con ironía-. Y, a propósito, ella no se llama Carolyn Thornton, sino McKensie. No tiene el mismo apellido que Julian.

-¿De verdad? Yo pensé...

-Yo también -repuso Vaughan-. Y parece que Nora también supuso que ella era la hija de Julian. Carolyn, ven para que te

presente a Maddie -añadió.

Carolyn se adelantó y le tendió la mano.

-Mucho gusto.

Maddie sonrió y le estrechó la mano mientras la observaba con detenimiento, como si la desnudara con la mirada. Ninguna mujer la había mirado nunca de ese modo y la joven sospechó algo que la hizo

sentirse muy incómoda.

-Vaya, eres una chica muy sensual, ¿verdad? -comentó Maddie-. Me gustaría mucho pintarte. Y, preferentemente, desnuda.

Carolyn intentó disimular su sorpresa.

-Por el amor de Dios, Maddie -comentó Vaughan, exasperado-. ¿Qué va a pensar de ti si empiezas a decirle esas cosas, sin antes darle una explicación? Maddie es una famosa pintora de retratos, Carolyn -explicó con tono cansado-, sobre todo de desnudos y semidesnudos. Ha pintado a varias mujeres célebres y también a muchos hombres. Y créeme cuando te digo que prefiere pintar hombres.

-Lo dices como si fuera una promiscua -se quejó Maddie, aunque no parecía muy molesta-. Mira, tú eres igual, de modo que no me critiques -añadió, fingiendo enfurruñarse.

Carolyn los miró con azoro. Estaba segura de que aquellos dos no eran amantes, sino viejos amigos. Unos amigos que se conocían muy bien y que se querían. A su vez, sintió una punzada de envidia. Ella nunca había tenido un amigo semejante. Sin embargo, al ver a Vaughan, supo que de todos modos no lo quería para amigo. Quería que él fuera... Se estremeció, reprimiendo ese pensamiento.

-Maddie, me parece que estamos molestando a Carolyn -añadió Vaughan con tono seco-. Vamos a hablar de lo que nos interesa, de la casa de Julian.

La conversación se centró en ese tema mientras Vaughan concertaba una serie de citas para esa tarde. Él se marchó después de que Carolyn le prometiese que pasaría a verlo a su oficina cuando terminara de ver las muestras y los colores, con Maddie.

La mujer suspiró de manera expresiva una vez que Vaughan se fue.

-Ese hombre sí que es guapo, ¿no crees?

Carolyn se sonrojó de manera reveladora, algo no escapó a la atención de Maddie.

-Creo que es mejor mantenerse alejada de los hombres atractivos -comentó Carolyn con la esperanza de disimular delante de Maddie-. Son insoportablemente prepotentes. Y también infieles.

-Puedes tener razón, sobre todo, con respecto a Ia infidelidad -rió Maddie-. No obstante, también son muy interesantes.

-No pienso lo mismo.

-¿De verdad? Qué raro. Bueno, al menos así no sufrirás. Claro, también podrías tener una vida muy aburrida, pero ¿quién soy yo para juzgar eso? -rió con ganas-. Tengo treinta años y no he logrado quedarme con un solo hombre guapo en toda mi vida de adulta. Y sin embargo, tampoco me quejo. Me divertí mucho con todos ellos y, para serte sincera, no me interesa casarme. La mayor parte de las mujeres casadas parecen aburrirse mucho, ¿no crees? -sin esperar la respuesta de Carolyn, se puso de pie y le hizo entrar en otra oficina-. Te mostraré los colores que he elegido. Y luego verás las muestras para la alfombra y los muebles. Cuando veas la casa esta tarde, podrás imaginarte muy bien cómo quedará todo.

Carolyn suspiró aliviada cuando Maddie cambió de tema. Así no escucharía más aspectos de su vida íntima... para no hablar de la de Vaughan.

A pesar de que no compartía la actitud de Maddie respecto a los hombres y al sexo, aquella mujer desenvuelta le gustó mucho a Carolyn. Poseía una fuerte personalidad; era alegre, despreocupada y desinhibida. A su lado, Carolyn, se sentía como una niña ingenua e inexperta, de aspecto severo.

Y no obstante... Maddie se había dado cuenta de que la ropa de estilo sobrio y severo de Carolyn era sólo un disfraz; le había dicho que era una mujer sensual y que deseaba pintarla. La joven se sentía halagada y estaba tentada a aceptar la invitación. Pensó que si pudiera desvestirse con la naturalidad con la que sin duda Maddie lo hacía, tal vez se volvería menos puritana y temerosa respecto a los hombres y al sexo.

«No seas ridícula», se regañó. «Posar para una pintura al desnudo seria algo artificial en ti. ¿Qué rayos te pasa hoy? Primero se te doblan las rodillas al ver a un hombre a quien desprecias, sólo porque es guapo, tiene una sonrisa esplendorosa y un cuerpo que cualquier mujer ansiaría acariciar. Y ahora, para rematar, quieres comportarte como una especie de artista bohemia».

Contempló a Maddie, fijándose en su vestido entallado y en sus enormes pendientes rojos. «El día que te pongas una ropa semejante, será el día en que poses desnuda... o sea, ¡nunca!».

-Bueno, ¿qué opinas?

Carolyn salió de su ensimismamiento y se dio cuenta de que Maddie se había estado dirigiendo a ella mientras extendía una serie de tarjetas de distintos colores en el escritorio. Había azules

muy pálidos, violetas vibrantes, un verde oscuro y un precioso tono amarillo. Eran colores fríos y clásicos que nunca ofenderían el gusto de nadie, pero que tampoco darían una apariencia insípida a la casa. A Carolyn no le gustaban las casas que estaban todas pintadas de blanco o de color crema, como si fueran dependencias de hospital. Y su madre compartía su opinión en ese sentido.

-Esto es para las salas de estar -comentó Maddie al señalar los colores amarillo y beige-. Los techos quedarán blancos. El resto de los colores son para los demás dormitorios y para los baños. No habrá papel tapiz, pues eso pasa de moda con demasiada rapidez.

-Me encantan estos colores -sonrió Carolyn con entusiasmo.

-Vaya, me asombras -susurró a modo de broma-. A juzgar por tu apariencia supuse que te gustaría algo menos alegre. ¿O acaso no es ésa la manera en que sueles vestirte?

Carolyn tuvo que reír. Maddie poseía una enorme intuición, tal y como le había señalado Vaughan.

-Creo que tienes razón.

-¿Sólo lo crees?

-Esta es la imagen que tengo para ir a trabajar. No me gusta... llamar la atención de los demás en la oficina.

-Ah... los hombres...

Carolyn asintió.

-¿Y hoy has venido aquí a trabajar?

-Ay, no, yo... -demasiado tarde se mordió la lengua.

-Entiendo... Te vestiste de esta forma para no atraer a Vaughan.

Era demasiado intuitiva, decidió Carolyn.

-Julian me advirtió que era un auténtico donjuán -comentó con tristeza.

-Y tenía razón -asintió Maddie-. Vaughan no es el hombre adecuado para una chica como tú, querida. Es mejor que sigas poniéndote esta clase de ropa de solterona cada vez que estés con él.

-¿Por qué dices eso? -Carolyn estaba intrigada.

-Porque tú eres una buena chica y él es un canalla. Se acuesta con cualquier mujer atractiva que se cruza en su camino. Luego, todas se vuelven locas por él y se esmeran por cuidarlo y atenderlo. Y ¿qué sucede entonces? Vaughan empieza otro proyecto y las olvida. Las deja plantadas sin darse cuenta o llega tarde, varias horas después. Las vuelve locas de inseguridad y de celos hasta que, desesperadas, lo abandonan. Y eso no le importa ni un bledo. Simplemente se encoge de hombros y sigue trabajando hasta que otra tonta se fija en él y todo empieza de nuevo.

-¿Acaso nunca se ha enamorado? -preguntó impresionada.

-Nunca.

-¿No tiene deseos de casarse ni de tener hijos?

-No, que yo sepa, aunque nunca habla de sí mismo. Vaya, estuvimos compartiendo un apartamento en Sydney durante tres años y nunca me enteré de la fecha de su cumpleaños. Y sigo sin saberlo.

-¿Sois... amantes? -preguntó Carolyn, nerviosa.

-No -contestó Maddie, igual de sorprendida que la chica-. Y no me preguntes por qué. Después de todo, él es un hombre muy atractivo y yo no soy una monja. Creo que eso se debe a que yo estaba relacionada con otro hombre cuando conocí a Vaughan y él estaba, en aquella época, particularmente arisco... Para cuando Vaughan salió de su depresión y yo rompí con ese hombre, ya éramos amigos. Es difícil sentir pasión por un viejo amigo, sobre todo por alguien a quien has visto en muy malas condiciones. Además, en esa época a él no le interesaban mucho las mujeres, sólo su trabajo. Tenía tres empleados. Durante el día trabajaba para una compañía de proyectos y por las noches era camarero. Y los fines de semana, socorrista. ¡Cómo trabajaba! Y aún es así.

-¿Y vosotros seguís viviendo juntos?

-No. Después de vivir durante tres años con ese desordenado, acabé harta de él. Ahora tengo mi propia casita, en la playa de Thirroul. Y debo añadir que está decorada y amueblada con muy buen gusto.

-¿Thirroul? ¿En dónde queda eso?

-Al norte de Bulli. Es un lugar muy bonito. Hace mucho viento, pero toda la costa del sur es así.

-¿Y dónde vive Vaughan? - inquirió Carolyn.

-No vive en ninguna parte -se burló Maddie-. Habita en una casa vieja que compró en un acantilado que da al mar, en Austinmere. Eso está al norte de Thirroul. Y no es una playa, sino más bien una caleta. El terreno de Vaughan es magnífico, pues tiene una vista estupenda, pero la casa siempre conserva la apariencia de haber sido bombardeada. Excepto, claro está, cuando una de sus mujeres trata de mimarlo y hace la limpieza por él. Vaughan siempre dice que va a renovar su casa, pero nunca lo hace. Siempre tiene un proyecto nuevo y supongo que prefiere que le paguen por trabajar, a tener que pagar él mismo por la remodelación de su propia casa.

-Claro, eso lo entiendo -murmuró Carolyn-. La gente no cambia, ¿verdad? -sin embargo, al ver que Maddie se sobresaltaba, se mordió la lengua, arrepentida.

-Conoces a Vaughan, ¿no es cierto? -le preguntó Maddie-. Hace mucho que lo conoces... y él, te hizo daño.

-No, no -contestó avergonzada-. Por favor... en realidad, no lo conozco. Yo.... conozco a alguien a quien él hirió, aunque ahora creo que lo hizo sin querer. Mira, no quiero hablar de eso, Maddie. Quiero olvidarme de ese asunto. Y Vaughan también. Por favor, no le digas nada de esto.

-Si eso es lo que quieres...

-Sí.

Maddie suspiró mientras recogía sus tarjetas de colores.

-Muy bien. En ese caso, voy a enseñarte las telas que he escogido para las cortinas y la moqueta, además de los muebles.

A Carolyn le gustó todo lo que vio. Maddie poseía un gusto refinado y elegante; no había escogido los diseños de rayas o de flores que tanto le desagradaban a Isabel. La moqueta de las salas tendría un tono amarillo un poco más oscuro que con el que se pintarían las paredes, y combinaba de maravilla con los colores vibrantes que Maddie había elegido para los dormitorios. El suelo del resto de la casa sería solado con una loza africana que era fácil de limpiar y muy elegante. Carolyn se dijo que, con toda seguridad, Isabel no pondría ninguna objeción.

Por fin vio los catálogos y las fotos de los muebles que iban a encargarse para la casa. Todos eran de un estilo clásico y elegante, sin ser demasiado lujosos. Eran de madera oscura y de cuero.

-Puedes cambiar todo aquello que creas que a tu madre no le gustará -le aseguró Maddie-. Por favor, no supongas que vas a herir mis sentimientos si me das tu opinión.

-Pues no quiero cambiar nada en absoluto.

-Me gustaría que todos mis clientes fueran tan amables como tú -rió Maddie-. Contratan mis servicios y luego se olvidan de que soy una profesional y de que tengo la capacidad de elegir cosas mejores que la mayoría de la gente. Pero las personas siempre tienen ciertos gustos que quieren incluir como sea en la decoración, y que destrozan por completo el efecto que pretendo darle a una casa. Tengo que hacer uso

de miles de sutilezas y artimañas para salirme con la mía.

Se sobresaltaron al oír que alguien llamaba a la puerta de la oficina. Maddie abrió y Carolyn vio a una mujer obesa, vestida con un horrible vestido. Parecía muy impaciente.

-Hace diez minutos que la estoy esperando afuera, señorita Powers. Llegué a las doce en punto y...

-¿Y ya son las doce y diez? Lo lamento mucho, señora

Makepiece -sonrió con mucha amabilidad-. Pierdo la noción del tiempo cuando trabajo. Por favor, entre. Carolyn y yo ya hemos terminado con nuestro asunto -hizo que la mujer se sentara y se acercó a Carolyn-. Te veré en la casa a las dos de la tarde. Ve a comer con Vaughan y no dejes que te seduzca. En realidad, es inofensivo, siempre y cuando te mantengas alejada de él.

-Lo haré -la joven le sonrió con complicidad. Se dijo que Maddie le caía muy bien; era sincera y espontánea. Quizá algún día terminaría por aceptar que la pintara.

Carolyn se dirigió al despacho de Vaughan, consciente de que había tardado más de la cuenta. Esperaba que él no estuviera impaciente, caminando de un lado al otro en el despacho. Al menos, en ese momento se daba cuenta de que Vaughan era sólo uno de esos hombres que seducían a las mujeres de forma involuntaria. Su apariencia física, además de su aire de indiferencia, representaban un irresistible reto. Al parecer, las mujeres eran quienes lo acosaban y no al revés. Y cuando estaba de buen humor las complacía.

Carolyn nunca había conocido a un hombre que poseyera un magnetismo sexual tan poderoso; se dijo que a eso, y a nada más, se debía la atracción que ella misma sentía por él. Una vez que había tenido un poco de tiempo para recuperar la sangre fría y la objetividad, se sentía lo suficientemente segura para hacer frente a la situación.

Vaughan no estaba paseando en su despacho de un lado a otro como un león enjaulado, sino que se encontraba sentado ante su escritorio, trabajando con tanta concentración que ni siquiera oyó a la chica entrar. Durante un largo rato, Carolyn lo observó mientras trazaba unas líneas precisas en un plano.

«Maddie se equivoca», pensó Carolyn. Vaughan sí estaba enamorado... pero de su trabajo. La arquitectura era su verdadera amante. Las mujeres no eran más que un placer pasajero, una relajación momentánea, un descanso y una actividad recreativa. Lo que a él le importaba realmente de la vida eran sus planos y diseños.

Él se sobresaltó violentamente.

-¡Dios mío, no vuelvas a hacer eso! Casi me provocas un infarto.

-Discúlpame.

-¿Qué hora es?

-Las doce y cuarto.

-¿De verdad? Creí que hacía apenas cinco minutos que estaba aquí -se rascó la cabeza con el lápiz-. ¿Puedes esperarme durante cinco minutos más? -le pidió mientras contemplaba su trabajo con

el ceño fruncido.

-Claro -se sentó en una silla y trató de ignorar el hecho de que le gustaba mucho estar en la misma habitación que aquel hombre. El corazón empezó a latirle con fuerza y no pudo apartar la mirada de su atractivo rostro, de su boca sensual, ni de sus elegantes manos.

«Estoy loca, Yo sé quién es y cómo es, y sin embargo...», pensaba la joven.

Conforme transcurrían los minutos empezó a consumirla un sentimiento de culpa. ¿Cómo podía sentir aquello por el hombre que casi había destruido a su madre? ¿Por qué no podía controlar sus propios sentimientos ni sus reacciones corporales? ¿Qué clase de hija era?

Veinte minutos más tarde, Vaughan levantó la vista y vio el turbado rostro de Carolyn. Por fortuna, cuando miró su reloj, interpretó la reacción de la joven como algo muy diferente de lo que en realidad era.

-Demonios -gimió-, ¿por qué no me avisaste que era tan tarde? Siempre me concentro demasiado en mi trabajo -se puso de pie y sacó un par de llaves de debajo de un montón de papeles-. Vámonos. Compraremos algo de comida para llevar y comeremos en la casa, de lo contrario Maddie llegará antes que nosotros.

Vaughan cerró la oficina con llave y los dos salieron del edificio. En ese momento hacía más calor. El mes de febrero en Australia no era lo más adecuado para llevar un traje de lana, pensó Carolyn sin poder reprimir un gemido. Vaughan la miró con curiosidad.

-Estarías más cómoda sin esa chaqueta.

-Tal vez, pero el sol me quema la piel con facilidad -replicó con tono cortante-. ¿Tu coche tiene aire acondicionado?

-Más o menos -sonrió él.

En ese momento Carolyn se preguntó por qué Vaughan tenía que tener una sonrisa tan maravillosa.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Ya lo descubrirás.

Vaughan tenía un descapotable marrón; ésa era la explicación de sus preguntas. Maddie llevaba muy bien trenzado el cabello, de modo que no temió despeinarse. Observó que él era muy buen conductor, aunque se impacientaba mucho con los coches que iban más despacio y con frecuencia cambiaba rápidamente de carril, provocándole más de un par de sustos.

Y Carolyn no necesitaba más adrenalina, pues su corazón ya latía con demasiada violencia. Al fin, resignada, pensó que el

sentimiento de culpa se combinaba de manera funesta con una atracción sexual fatídica.

-No tardaré -comentó él al aparcar frente a un restaurante de comida para llevar-. ¿Quieres un batido o un refresco?

-Batido, por favor.

-¿De fresa o chocolate?

-Me da igual.

-¿Estás segura de que no quieres comer nada?

-Bueno... una pequeña hamburguesa de pollo -a pesar de todo, sí empezaba a tener apetito.

-¿Estás a dieta? -bromeó al tiempo que echaba un vistazo a su cuerpo camuflado bajo el traje, antes de salir del coche.

Regresó cinco minutos después con una bolsa de plástico, una bandeja de cartón y cuatro vasos en las manos.

-Ten... -le dio la bandeja a la joven y puso las bolsas en el asiento posterior. Lleva eso sobre las rodillas para que no se derrame nada.

Carolyn le dio las gracias y observó que había dos batidos de chocolate y dos de fresa. Por lo menos, pensó, no era un hombre avaro.

-¿Estamos lejos de la casa de Julian? -preguntó mientras él se sentaba al volante de un salto.

-No. Es aquélla -señaló las colinas que estaban detrás de ellos—. El edificio de cristal y cemento que se ve allí arriba.

Carolyn contempló el regalo de bodas que Julian le haría a Isabel. Era una casa distinta de cualquiera que hubiera visto. Tenía tres pisos y planta semicircular. Las ventanas eran enormes y lo más espectacular era el hecho de que estaba edificada sobre un acantilado, encaramada a unas rocas.

-¿Cómo lograsteis hacer que no se viniera abajo? -preguntó Carolyn, muy impresionada.

-Gracias a vigas de acero y soportes reforzados.

-Vaya, desde esos balcones la vista debe de ser maravillosa.

-Así es.

-¿Y dónde está la piscina? Julian dijo que había una.

-Está en el piso superior.

-¿De verdad?

Él la miró con una amplia sonrisa, disfrutando de su asombro.

-Ajá. ¿Vamos a comemos esto junto a la piscina?

-¿Ya tiene agua?

-Aún no, pero ya está terminada -rió.

Ella también rió sorprendiendo agradablemente a Vaughan, que

fijó la vista en su boca sonriente. Carolyn recordó quién era él y de inmediato adoptó una expresión seria, a pesar de que nunca había disfrutado tanto de la compañía de un hombre.

-Por el amor de Dios, ¿no puedes ni siquiera reírte conmigo? -le preguntó exasperado-. No soy Barbazul, Carolyn. Y no te entiendo.

-¿No? -preguntó ella con amargura.

-No. ¿Qué rayos crees que sucedió entre tu madre y yo hace diez años? Vaya, cualquiera pensaría que la violé o algo semejante.

Ese comentario acerca de su madre despertó de nuevo la ira en el corazón de la chica. Carolyn lo miró con expresión burlona.

-Bueno, imagino que eso no habría sido necesario,,al menos no para Vaughan Slater. Las mujeres son quienes se arrojan a tus pies, ¿verdad? Lo único que tienes que hacer es ofrecerles esa deslumbrante sonrisa para conseguir tus propósitos. Ya ni siquiera tienes que quitarte la camisa. Bueno, pues déjame decirte una cosa -añadió con voz temblorosa-, puedes sonreír de esa manera cada vez que quieras y no lograrás que me fije en ti. De modo que haz lo que Maddie te sugirió y guárdate esa clase de trato para tus amigas. Después de todo, si no lo haces, perderás tu tiempo conmigo. Yo no tengo dinero ni ninguna otra cosa que puedas desear. Quédate con las mujeres que son como Anthea Maxwell. Para ellas son los hombres como tú.

Vaughan la miró de una manera que la habría intimidado, de no ser porque estaba muy enfadada.

-Te sugiero que me expliques ese último comentario. De lo contrario, bájate de mi coche ahora mismo -le ordenó con voz helada.

Carolyn se quedó boquiabierta; se dio cuenta de que había sido muy grosera con Vaughan. Sin embargo, ya no podía dar marcha atrás, de modo que lo miró con furia.

-Muy bien. Será mejor que sepas lo que pienso de ti. Ya estoy harta de intentar ser amable contigo, cuando lo que deseo hacer en realidad es darte una bofetada por lo que le hiciste a mi madre. Ah, sí, ahora sé que no la forzaste y que no hiciste nada semejante -añadió la joven con desprecio-. Sin embargo, la verdad es que eres un Casanova incorregible, Vaughan. Alientas a las mujeres a que se enamoren de ti, sin que te importe si sufren o no. A ti no te importa lo que siente el resto de la gente. Por eso te dije que las mujeres como Anthea Maxwell son para ti. Ella es igual de egoísta quo tú. E igual de inmoral también. No sufrirá un colapso nervioso cuando dejes de verla. Tan sólo se dedicará a la tarea de encontrar a otro hombre como tú... o de comprarlo. Vaughan se tensó al oír ese

último comentario; estaba lívido de ira y, sin embargo, no se defendió. Carolyn alzó la barbilla y prosiguió-: Ahora que te lo he dicho, estoy dispuesta a bajar de tu coche, si eso es lo que quieres. No obstante, mi problema es contigo, no con Maddie y ella nos estará esperando dentro de poco en la casa. Y no me parece justo mezclarla en nuestros líos personales.

-A mí tampoco -gruñó-. A mí tampoco...

Durante un largo momento, Vaughan simplemente la miró con furia. Después le preguntó:

-¿Eres muy religiosa?

Aquel inesperado cambio de tema la sorprendió.

-¡No! Bueno, sí... Es decir, soy cristiana, aunque no voy a la iglesia con regularidad. ¿Por qué lo preguntas?

-Sólo quería saber...

-¿Qué? -se volvió para mirarlo.

-Quería saber por qué te parece inmoral que dos adultos mantengan relaciones sexuales. Y también me gustaría saber por qué Anthea Maxwell te desagrada tanto.

-¿Acaso te has olvidado de un pequeño detalle? -se echó a reír sin poder dar crédito a lo que estaba oyendo.

-¿A qué te refieres?

-Al señor Maxwell.

Vaughan la miró intrigado.

-¿Arthur?

-Sí, si así es como se llama... ¿No crees que se disgustaría mucho el saber que te acuestas con su mujer?

-No -Vaughan sonrió para escándalo de Carolyn.

-Ah, ya entiendo -murmuró la joven-. Él es tan inmoral como tú, ¿verdad?

Vaughan suspiró profundamente.

-No, Carolyn, aunque él era famoso por sus... aventuras. Pero la razón principal por la que a Arthur Maxwell no le importaría que yo me acostara con su mujer es porque está muerto. Hace dos años que murió.

Capítulo 5

- Ah... -Carolyn bajó la vista y la clavó en los batidos que llevaba sobre las rodillas, ruborizada y muy avergonzada.

-¿Sólo «ah»? -preguntó Vaughan-. ¿No crees que me debes una disculpa?

La chica no contestó. Si Vaughan no había cometido adulterio con la señora Maxwell, eso no quería decir que tampoco lo hubiera hecho con otras clientas suyas. Maddie le había dicho que él se acostaba con todas las mujeres que coqueteaban con él y Carolyn estaba segura de que algunas de ellas debían de estar casadas.

-Me pregunto qué otros pecados me has atribuido -se burló él-. Es decir, además de ser un seductor despiadado y un adúltero.

Ella lo miró a los ojos:

-Como tú mismo le dijiste a Maddie, Vaughan, si la chaqueta te queda bien...

-¿Y cuál es la que te queda a ti, Carolyn? ¿La chaqueta de la intolerancia, la del prejuicio, la de la mojigatería?

—Si te parece que soy mojigata porque no me gustan los hombres que utilizan a las mujeres con egoísmo para satisfacer sus instintos sin preocuparse por ellas, entonces sí lo soy. No voy a negarlo.

-Nunca he utilizado a ninguna mujer que no deseara ser utilizada, eso puedo asegurártelo -gruñó-. Las mujeres no son unas santas, querida. Es una lástima que no te hayas dado cuenta de ello.

-¿Te refieres acaso a mi madre? -preguntó la joven enfadada.

-No -suspiró, resignado y cansado-. Por el amor de Dios, ¿podemos dejar de hablar de tu madre? Siento lo que le sucedió, de verdad, pero ese episodio ya pertenece al pasado y no voy a permitir que me lo eches en cara todo el tiempo. No lo voy a permitir, ¿me oyes?

-Sí, al igual que el resto de Wollongong.

Vaughan se ruborizó al darse cuenta de que varias personas que estaban en el aparcamiento les estaban mirando. Masculló algo mientras ponía en marcha el motor y arrancó a gran velocidad. Carolyn se alegró de que los batidos estuvieran bien tapados; de lo contrario, se habrían derramado salpicándolo todo.

-Me gustaría llegar sana y salva a mi casa -comentó cuando Vaughan viró en una esquina con demasiada rapidez.

-¿Por qué? -preguntó con tono cortante-. No creo que tengas una cita.

Sobresaltada, la joven se molestó por ese comentario.

-¿Y por qué no habría de tener una cita?

Él le devolvió una mirada llena de desprecio.

-Porque eres demasiado estricta y rígida, demasiado «antihombres». Mírate, vas vestida como una tía solterona. La mayor parte del tiempo proyectas una imagen de fría reserva que asusta a cualquiera. En el aparcamiento, te volviste humana por un instante. De hecho, por un momento parecías una mujer joven y atractiva, antes de que volvieras a reprimir tu sexualidad. Cariño, si esta noche tú tienes una cita, entonces yo puedo volar.

-¿Eso crees? Bueno, pues para tu información...

-No me digas nada más, cariño, no me interesa. Vamos a la casa a terminar con este asunto lo antes posible. Y, en el futuro, te sugiero que sólo veas a Maddie. Para cuando termine este día, estoy seguro de que no querré volver a verte nunca más.

El lunes por la mañana Carolyn se dirigía al trabajo con retraso, debido a que había dormido de más. Su reloj biológico se había desajustado, pues no había podido dormir el sábado por la noche, cuando volvió de Wollongong; además, el domingo por la tarde había fracasado en sus intentos por dormir una siesta, de modo que cuando se fue a dormir esa noche, estaba rendida.

Suspiró irritada cuando el semáforo cambió a rojo. Maldijo en silencio.

Desde su apartamento de Ashfield por la carretera Hume hasta la finca Warwick, donde estaba el hospital en el que trabajaba, podía tardar entre veinte minutos y una hora. Esa mañana, el tráfico estaba peor que de costumbre. Además había salido tarde de su casa y debía tener mucho cuidado con el coche de Julian. Ella habría usado su viejo coche de no ser porque no había podido arrancarlo por sus problemas con la batería.

Se detuvo en el siguiente semáforo y por el espejo retrovisor se miró el cabello, gimiendo de horror.

¡Qué desastre! No había tenido tiempo de hacerse una trenza. Casi no había tenido tiempo de bañarse y vestirse antes de salir de su casa a las ocho y media. Por lo general salía a las ocho. Pensó que iría directamente al tocador, nada más pisar la oficina, para peinarse. Tampoco había tenido tiempo de desayunar. De hecho, hacía dos días que no comía gran cosa.

-Maldito seas, Vaughan Slater -murmuró en voz alta-. Maldito.

Recordó la tensa hora que había pasado en compañía de él y de Maddie, en la casa de Julian. Sería una magnífica casa una vez que

quedara terminada. Pero el domingo, cuando Carolyn volvió de Wollongong, no pensó precisamente en la casa, sino en Vaughan.

Él no había ocultado su irritación hacia Carolyn, ni siquiera delante de Maddie, y con voz burlona y dura, le había explicado el diseño de la casa.

Evidentemente, Maddie se había dado cuenta de la tensión que reinaba en el ambiente, mirándolas con curiosidad. Por fin, Vaughan anunció que debía irse pues tenía muchas cosas que hacer antes de asistir a la fiesta que Anthea ofrecería esa noche en su casa. Al oír aquello, Maddie se volvió hacia él, atónita.

-¿Vas a ir a una fiesta?

Vaughan sonrió con ironía.

-No se trata de cualquier fiesta, Maddie. Es la fiesta de Anthea. No te preocupes, ella sabrá compensar mi sacrificio -y miró a Carolyn con un gesto desafiante-. ¿Ya viste suficiente por hoy?

-Ha sido más que suficiente -contestó Carolyn, haciendo un esfuerzo supremo por mirarlo a los ojos con un gesto de desprecio.

La joven se tensó cuando él la miró con ira. Carolyn se dijo que debió saber que no era nada prudente desafiar a un hombre que carecía de conciencia. Él la recorrió con la mirada, de manera brutal.

-No puedo decir lo mismo -susurró para que Maddie no lo oyera-. Pero un día, Carolyn un día...

La chica se alarmó. Sin embargo, además del miedo, sintió otra cosa... Deseo. Lo deseó, acuciada por su dura mirada y por la amenaza sexual que encerraban sus palabras. Pero Vaughan no la deseaba. Lo que él quería era darle una lección, obligarla a hacer a un lado sus reservas morales para que se acostara con él.

Esa promesa de venganza y seducción fue precisamente lo que le impidió conciliar el sueño el sábado por la noche y probar bocado durante el domingo. Aquello había destruido su apetito y su tranquilidad mental, pues Carolyn sabía que Vaughan podría seducirla con gran facilidad.

En ese momento el semáforo cambió a verde y Carolyn aceleró, agarrando el volante con manos temblorosas. Si no dejaba de preocuparse, tampoco podría dormir esa noche.

A las nueve y veinte aparcó el coche y apagó el motor. Como estaba muy agitada por haber aceptado al fin que sería una presa fácil para Vaughan, bajó el coche con torpeza y dejó caer las llaves y todas sus cosas al suelo. Maldijo en voz baja y se inclinó para recogerlo todo. En ese momento, su largo cabello le cayó sobre los ojos y la boca. Entonces volvió a maldecir y esa vez lo hizo en voz

alta.

Se volvió al oír una risa masculina. Un hombre se detuvo a su lado y se inclinó para ayudarla a recoger sus cosas.

-Gracias -dijo ella, nerviosa.

Se pusieron de pie al mismo tiempo y Carolyn se encontró frente a frente con Maurice Jenkins.

-Santo Dios -exclamó él al reconocerla-. Eres Carolyn McKensie, del departamento de admisiones -miró con sorpresa su rubio cabello que le caía como una cascada sobre los hombros-. ¿Quién habría pensado que un cabello tan hermoso y atractivo se ocultaba detrás de esa trenza que sueles hacerte?

Carolyn se irritó para su propia sorpresa, pues no solía ser tan susceptible.

-Es sorprendente, ¿verdad? -replicó con los dientes apretados.

-Deberías dejártelo suelto con más frecuencia.

-Me temo que eso no es muy práctico. Bueno, debo irme...

-Creí que tenías un viejo Datsun -comentó Maurice al ver el BMW.

-Así es.

-¿Hoy estás utilizando el coche de tu novio? -bromeó.

-Así es -mintió Carolyn. Era capaz de hacer lo que fuera para que ese hombre tan desagradable la dejara en paz. Ya la estaba devorando y desnudando con la mirada. No entendía por qué las enfermeras estaban enamoradas de él. Por lo menos, cuando Vaughan la miró no lo hizo de una manera tan morbosa.

La sorpresa que mostró el médico al oír la respuesta de Carolyn la molestó mucho más.

-Mi coche se negó a funcionar esta mañana, de manera que él me prestó el suyo. Por eso hoy he llegado tarde a trabajar -rió de forma seductora, gozando del azoro de ese hombre-. Bueno, ésa no es la verdad. Nosotros... esto.. yo me quedé dormida. Tuve un fin de semana agotador -añadió deleitándose con su propio tono malicioso. Maurice Jenkins estaba atónito. En comparación con el atractivo Vaughan, aquel hombre era bastante insípido, decidió Carolyn.

La joven se dio cuenta de que ésa era la segunda vez en el espacio de unos cuantos segundos que pensaba bien de Vaughan. «Por el amor del cielo, prometiste que olvidarías a ese hombre», se regañó.

-Por favor, discúlpeme, doctor, debo ir a trabajar. Ya se me ha hecho demasiado tare.

Sin embargo, él la tomó del brazo. Carolyn le dirigió una fría

mirada. Jenkins intentó ganársela con una sonrisa, pero su fracaso fue rotundo.

-Sólo quería decirte que siempre me has caído muy bien, Carolyn -susurró con voz sedosa-. Si alguna vez necesitas algo, alguien que te escuche, entonces sólo tienes que llamarme. Mi número de teléfono está en el archivo del personal. ¿Me prometes que lo harás? -concluyó con una sonrisa estúpida y la soltó.

Aquel hombre le daba asco y se contuvo para no estremecerse de horror. Tan sólo sonrió de manera forzada y se alejó sin decir más.

Todas las empleadas de la oficina la miraron con asombro cuando entró. Y todas se fijaron en su hermoso cabello rubio y rizado.

-Ni una sola palabra -les advirtió Carolyn-. No digáis nada, ni siquiera os atreváis a hacerlo. Me peinaré dentro de cinco segundos y nunca más me lo dejaré así -y a continuación, salió de la oficina.

Esa semana fue demasiado larga. Y muy solitaria. Sobre todo cuando llegó el fin de semana y Carolyn no tuvo nada que hacer. No logró dormir bien, de manera que se levantó temprano el sábado por la mañana. Después de ir de compras, se dedicó a hacer una limpieza en el apartamento para distraerse.

-Dios mío, ¿qué es lo que me está, pasando? - se preguntó cuando empezó a arreglar la ropa de los cajones, que ya estaba ordenada. Sacudió la cabeza y se dio cuenta de que su madre le había hecho una gran compañía y de que no tenía amigas con quienes divertirse en momentos como ése.

Solía jugar al tenis en invierno y salir a tomar una copa con el resto de las chicas del club una vez por semana, después de cada partido. Pero no las veía durante el verano. A veces salía con sus colegas de la oficina, sobre todo, cuando se acercaban las fiestas navideñas. Y de vez en cuando un hombre la invitaba a salir. No obstante, en fechas recientes, Carolyn había pasado los fines de semana con su madre. Solía salir de compras con ella o ir al cine. Los sábados acompañaba a su madre y a Julian a cenar al club. Ese club había sido el núcleo de la limitada vida social de Carolyn y su madre a través de los años.

Fue allí donde Isabel conoció a Julian, durante una fiesta. También allí Carolyn había conocido a los hombres con quienes había salido, aunque hacía casi seis meses que nadie la invitaba. De alguna manera estaba convencida de que los hombres que invitaban a las mujeres a salir, en un club, sólo estaban interesados en aventuras de una noche.

Y, por muy sola que se sintiera, no tenía la intención de quedar

reducida a esa clase de vida.

Se sobresaltó al oír el timbre del teléfono. «¿Quién podrá ser?», se preguntó al levantarse para contestar. Preocupada, temió que algo malo les hubiese ocurrido a Julian y a Isabel.

-¿Sí?

-Soy Vaughan, Carolyn -al oírlo, la joven jadeó asombrada, de modo audible-. Por favor, no me cuelgues -dijo él con rapidez-. Tengo que hablar contigo.

-¿Por... qué? -preguntó tartamudeando al sentir un nudo en el estómago. ¿Pasa algo malo con la casa?

-Claro que no -rió con tono seco-. Las cosas nunca han ido mejor en ese sentido. Los albañiles y los pintores llegaron a tiempo para empezar a trabajar.

-Bueno, ¿entonces de qué quieres hablarme? -la tensión la hacía adoptar un tono cortante.

Él suspiró con tristeza.

-He estado pensando en lo que sucedió entre tú y yo, Carolyn...

-Nada sucedió entre tú y yo. Y tampoco va a suceder nada -sin embargo, se dio cuenta de que estaba exagerando su enfado.

-Si me cuelgas, iré a verte a tu casa -le advirtió él con tono tranquilo.

Carolyn miró al techo. Una llamada telefónica era preferible a tener a Vaughan, en persona, en su casa. Hizo un esfuerzo por recobrar la compostura.

-No tengo la menor intención de colgarte, Vaughan. No, mientras tú no me obligues a ello.

-¿Y por qué rayos voy a hacer algo semejante? -preguntó impaciente-. Mira, yo sólo quería decirte que siento mucho lo que sucedió el sábado pasado. Es algo que me ha estado molestando y preocupando durante toda la sentina. He intentado ver las cosas desde tu punto de vista y en parte entiendo por qué te comportas así conmigo. Es obvio que de niña sufriste una experiencia traumática, cuando Isabel sufrió ese colapso nervioso, y es lógico que yo sea el objeto de gran parte de la ira que debes de sentir aún por ello. Sólo te pido que seas justa y que no me juzgues con tanta dureza ni con tanta precipitación, cuando pienses en el estilo de vida que llevo ahora.

Tal vez yo no sea un dechado de virtudes de acuerdo con tus anticuados patrones morales, pero tampoco soy un sinvergüenza como piensas. Me atrevo a decir que la verdad se encuentra en alguna parte entre esos dos extremos -concluyó y volvió a suspirar. Reinó un tenso silencio-. ¿Carolyn? -preguntó él al fin-. ¿Estás allí?

-Sí.

-¿Y bien?

-Y bien, ¿qué?

Él se impacientó.

-Bueno, ¿estás de acuerdo con que te has precipitado al formarte una opinión de mí? -preguntó.

-No.

-¡Por el amor de Dios!

-Admito que las cosas quedaron fuera de control. Y me siento mal por haber sido tan grosera contigo. Te prometo que eso no volverá a suceder en el futuro.

-¿Crees que eso es lo que quiero de ti? ¿Una excusa fríamente cortés?

Carolyn se emocionó mucho al oír esas palabras, pero se contuvo.

«Estás hablando con Vaughan Slater, con el ex amante de tu madre y con el actual amante de Anthea Maxwell. Y también con el hombre que, el sábado pasado, te amenazó con hacerte suya.»

-No deseo que quieras nada de mí, Vaughan -afirmó con una voz que, por desgracia para ella, empezó a temblar.

-Siempre interpretas mal todo lo que digo -protestó él.

-¿Eso crees? Tendría que estar sorda, ciega y estúpida para no entender que me amenazaste el otro día.

-Dije todo eso porque estaba furioso -gruñó-. En realidad, no pienso seducirte.

-De todas formas, no tendrías ninguna posibilidad de éxito.

-Créeme, ya me di cuenta de ello.

A Carolyn le molestó mucho el tono burlón de Vaughan.

-Mira, Vaughan Slater, te informo de que no siempre me comporto como lo hice el sábado.

-Si tú lo dices... Maddie sí pensó que había otra faceta en tu personalidad.

-Y tú no compartes su opinión -declaró con sarcasmo.

-Y tan sólo pienso que es una lástima que una joven tan encantadora como tú se haya vuelto tan amargada y suspicaz en lo que se refiere al sexo y a los hombres.

-No estoy amargada ni soy suspicaz con respecto a nada de eso.

-¿Ah, no? -murmuró casi con tristeza-. Mira, de nuevo nos estamos desviando del propósito de esta llamada. Mi única intención al llamarte fue pedirte una disculpa y tratar de conseguir que trabajemos juntos, sin desear asesinarnos cada vez que nos veamos, y también quería decirte que el próximo fin de semana

podrás ver todo el interior de la casa. Dime a qué hora puedes ir y Maddie y yo te veremos allí, en la casa.

-Ay, pero no sé si... -a Carolyn le dio vueltas la cabeza-. No estoy segura...

-¿Por qué no consultas tu agenda para ver si no tienes otros compromisos?

Carolyn pensó que él se estaba mostrando sarcástico, a pesar de que tal vez no fuera ese el caso. Todas las palabras de Vaughari parecían desafiarla, burlarse de ella.

-Eso no será necesario -su respuesta fue brusca-. Nos veremos el sábado a las dos.

-Muy bien. Y, si hace calor -añadió Vaughan antes de colgar-, trae tu traje de baño. Esta semana van a llenar la piscina.

Capítulo 6

FUE un día muy caluroso; tanto que haberse puesto algo parecido al traje de lana, habría sido sencillamente absurdo. Al final, Carolyn se puso un conjunto de playa y se calzó unas sandalias. Se dijo que, si no actuaba con naturalidad, Vaughan empezaría a sospechar que ella tenía algo que esconder, además de su cuerpo.

No obstante, se puso muy nerviosa durante el trayecto a Wollongong. ¿Insistiría Vaughan en que nadaran, después de inspeccionar la casa? ¿Aceptaría ella? Después de todo, tendría que ponerse el traje de baño que llevaba en una bolsa de playa en el asiento de los pasajeros. A pesar de que era un bañador negro, de una sola pieza, era una prenda que evidentemente no ocultaba sus curvas.

Carolyn nunca había logrado entender por qué su cuerpo le parecía tan deseable a los hombres. No era alta ni tenía las piernas largas; sus senos eran pequeños y sus caderas no eran muy redondeadas. Tenía un cuerpo delgado, tal vez un poco semejante al de una niña debido a su esbeltez.

Tenía una cintura extraordinariamente estrecha, así que supuso que eso creaba una ilusión óptica exagerándole las curvas. Y su piel siempre adquiría un brillo dorado durante el verano, lo cual hacía que los hombres ansiaran acariciarla.

A través de los años, Carolyn había aprendido a tener cuidado con su ropa. Se vestía para desviar la atención de su cuerpo, pues odiaba que le silbaran por la calle o que la miraran con lujuria. Por eso, su ropa no favorecía su apariencia física. Las únicas excepciones eran los vestidos que su madre le compraba.

El conjunto de playa que llevaba puesto era un caso excepcional. Julian se lo había regalado esa Navidad, y sin duda Isabel lo había escogido. Consistían en unos pantalones cortos blancos de corte sencillo y una blusa blanca y con flores rosas. No era un atuendo atrevido, pero los pantalones tenían un ancho cinturón que acentuaba la delgada cintura de Carolyn y la blusa dejaba al descubierto los brazos y parte de los hombros. Se había cepillado el cabello en una trenza pero no se había hecho un moño con ella. También se había pintado los labios de rosa. Sabía que tenía una apariencia muy femenina, diferente de la imagen de solterona amargada con la que se había presentado ante Vaughan hacía quince días.

«¿Y de qué me preocupo?», se preguntó. «Él no se siente atraído

por mí. Piensa que soy una mujer amargada y nada sensual. Es probable que haga algún comentario sarcástico con respecto al cambio de mi apariencia y que luego se dedique a burlarse de mí».

Eso la hizo pensar de nuevo en la invitación a nadar. Por enésima vez se preguntó por qué la había invitado. ¿Tenía algún motivo oculto? ¿O acaso quería hacerse amigo suyo?

El sendero que llevaba a la casa de Julian era muy empinado, pues atravesaba las colinas situadas detrás de Wollongong. El tercer piso de la casa estaba justo al nivel del sendero. Allí había espacio para aparcar

cuatro coches, un patio, una piscina y un pequeño jardín. Una amplia escalera llevaba al siguiente piso a donde se situaba la sala, el comedor y la cocina. Otra escalera llevaba hacia el nivel donde había cuatro dormitorios con baño propio. Cada nivel inferior tenía un amplio balcón semicircular con una magnífica vista al mar.

Cuando Carolyn llegó, vio el vehículo de Vaughan. El simple hecho de ver su coche, la hizo sentirse nerviosa. Y eso la molestó. ¿Cómo podía aparentar naturalidad cuando estaba tan tensa?

Buscó con la mirada el coche de Maddie, pero no lo vio. Esperó que Vaughan hubiera llevado consigo a la decoradora.

Pero no fue así, pues Vaughan salió solo de la casa en cuanto Carolyn apagó el motor de su coche. La joven sintió que el corazón le daba un vuelco al ver que ya solamente vestía unos pantalones cortos blancos y nada más. Al parecer acababa de nadar, pues tenía el cabello húmedo y le brillaba la piel.

A Carolyn se le hizo un nudo en la garganta al ver que se acercaba al coche para abrirle la puerta. Estaba tan irritada por la forma en que había reaccionado ante él que no se preparó para la respuesta de Vaughan cuando la vio salir del coche.

Vaughan se quedó quieto, mirándola fijamente como si se hubiera quedado sin aliento; sólo sus ojos se movían. Sometió a Carolyn al escrutinio más intenso que la joven había sufrido en toda su vida.

«Dios mío», se dijo la joven, asustada. Pero justo cuando empezó a sentirse verdaderamente aterrada, él se relajó y sonrió.

-Veo que estás dispuesta a hacerme tragar mis palabras -cerró la puerta del coche-. No sólo ahora sé que posees una figura tan delicada y esbelta como la de una estatuilla de porcelana, sino que te has quitado ese horrible moño de la cabeza -la tomó de los hombros y la hizo volverse para verle la trenza-. Veo que aún no te has soltado el cabello. Claro que supongo que uno no puede pedir demasiados milagros de una sola vez.

Carolyn dominó un estremecimiento al sentir el contacto de sus manos. Sabía que la actitud de Vaughan no era de coquetería sexual, sino que se estaba burlando de ella. Y decidió no darle la satisfacción de enfadarse y morder el anzuelo. Vaughan la hizo volverse de nuevo y Carolyn se dio cuenta de que se estaba divirtiendo realmente.

-Y te advierto que si haces otras mejoras, me sentiré obligado a intentar seducirte.

-Si lo prefieres -replicó con tono seco-, de ahora en adelante me vestiré con una gabardina que sólo deje al descubierto mi cabeza y mis pies. No me gustaría que tu «ego» masculino sufriera la innecesaria tensión de tener que seducir a una mujer que está amargada y que es una mojigata.

El le apretó los brazos con fuerza y su mirada se oscureció.

-Vaya, desearía...

-¿Qué? -preguntó ella desafiándolo con frialdad, a pesar de que el corazón le latía con fuerza-. ¿Demostrarme que tengo razón con respecto a ti? ¿Probarme que no eres más que un seductor egoísta, que nunca has querido a ninguna mujer más que para acostarte con ella?

Él abrió mucho los ojos y la soltó como si se hubiera quemado ante su contacto. Carolyn se deprimió al darse cuenta de que, una vez más, no había podido controlarse. No se sorprendía de que Vaughan la mirara en ese momento con una expresión tan escandalizada. Ella no dejaba de retarlo como él la retaba, sin saberlo, con su desinhibida sexualidad masculina. Incluso en ese momento, no podría apartar la mirada de su pecho desnudo. Quería acariciarlo. Quería...

Recordó que ya había visto ese pecho desnudo, hacía diez años. Pero entonces ella no fue quien acarició con pasión esos músculos, sino otra mujer, una mujer que quedó destruida por ese hombre.

Carolyn sollozó con desesperación. Se alejó de Vaughan, hundió el rostro entre las manos, invadida por la vergüenza, y continuó sollozando. Cuando él la tomó de nuevo por los hombros, Carolyn intentó apartarse en vano. Vaughan la abrazó con fuerza, haciéndola apoyarse contra su cuerpo.

-No llores -le pidió-. Por el amor de Dios, no llores. Todo está bien... de verdad. Yo empecé todo esto con mis estúpidos comentarios. Lo siento... no quería hacerte daño. Lo que pasa es que tú... me turbas mucho.

Carolyn dejó de sollozar al sentir la intimidad de aquel abrazo. Podía sentir los duros muslos de Vaughan detrás de ella; su cálido

aliento contra la nuca, su corazón latiendo contra su espalda.

-No, te has metido en mi corazón -murmuró Vaughan. Le besó el cabello y luego una oreja.

Ella se estremeció como si una corriente eléctrica la hubiera atravesado. Durante un segundo, sucumbió al placer sensual de derretirse contra su cuerpo, pero cuando sintió su excitación contra su trasero, experimentó una fuerte impresión.

-No he podido dejar de pensar en ti desde hace dos semanas. Te deseo, Carolyn, como nunca antes he deseado a una mujer...

La joven se alejó con rapidez y lo miró horrorizada debido a todo lo que él le había hecho sentir con tanta facilidad. Había estado a punto de rendirse a él.

-No -gritó-. No, aléjate de mí. No me toques. Te odio.

-¿Hablas en serio? -gruñó, dándose cuenta de que estaba temblando de manera incontrolable-. No lo creo, Carolyn. No me odias en absoluto. Estás luchando contra lo que está naciendo entre nosotros, debido a tu madre. Te equivocas al pensar que a ella le importaría que...

En ese momento, oyeron que el coche de Maddie se acercaba y Vaughan lanzó una imprecación.

-Vaya, qué momento tan poco oportuno.

-Pues a mí me parece que la llegada de Maddie es muy oportuna -declaró la chica alisándose el cabello, al ver que el coche negro se acercaba.

-Más tarde continuaremos con esta conversación -dijo Vaughan con tono decidido-. Cuando nadie nos interrumpa. Mientras tanto, te sugiero que dejes de parecer una jovencita recién seducida. A menos, por supuesto, que quieras que Maddie se entere de toda la verdad acerca de nosotros... Aunque te aseguro que a mí no me importaría que supiese lo que siento por ti.

-Entre tú y yo no hay nada -protestó Carolyn.

-Claro que sí -la miró con dureza-. Y un día te obligaré a que lo confieses.

-Primero muerta.

-Oh, no, estarás muy viva, Carolyn -le prometió con expresión sombría.

Maddie salió de su coche; iba vestida con un traje de algodón negro, con flores rojas. Llevaba un amplio escote y unas aberturas a los lados descubrían sus largas y delgadas piernas. Calzaba unas sandalias rojas y llevaba unos pendientes rojos.

-Sí, ya sé que he llegado tarde -saludó con una amplia sonrisa-. Pero no fue culpa mía. La señora Makepiece no se decidía por la

tela que quería en los dormitorios. No te preocupes, Vaughan. Al final optó por algo de muy buen gusto. Vaya, Carolyn, estás muy guapa. ¡Qué calor hace! -exclamó, y miró con severidad el pecho desnudo de Vaughan-. ¿No sabes que te estás arriesgando a contraer cáncer de piel? Deberías ponerte una camiseta a esta hora del día.

-Claro. Ya he visto lo cubierta que vas tú -le espetó él.

-Yo me he puesto una crema contra el sol en todo mi hermoso cuerpo. Y, hablando de cuerpos hermosos, espero que hayas dejado en paz a Carolyn, malvado. Parece que ella está bastante molesta. Te acusaré delante de Anthea si has hecho algo indebido.

En ese momento, Vaughan la miró con rabia.

-Anthea me importa un comino -gritó y se metió en la casa.

Maddie miró al cielo.

-Vaya, creo que hoy no está de muy buen humor -se acercó a Carolyn y la tomó del brazo con un gesto amistoso-. Hace dos semanas que está así. Tal vez se haya peleado con Anthea. Ya sabes cómo se ponen los hombres como Vaughan cuando no reciben su dosis acostumbrada de sexo. Se irritan con mucha facilidad. Bueno, al menos tú nunca cometerás el error de relacionarte con alguien como él, ¿verdad? Vamos, veamos cómo va la casa antes de que este energúmeno empiece a darse de cabezazos contra las paredes.

Carolyn sintió ganas de reír, aunque se dijo que debería sentirse abrumada, y no divertida. Cuando vio a Vaughan, éste estaba enfurruñado, como un niño de dos años a punto de montar una escena. Además se había puesto una camiseta que decía: Antes era masoquista. Ahora, ¡sólo me dedico a construir casas!. Aquello era ya demasiado, y Carolyn empezó a reír de manera incontrolable.

Por unos segundos él se molestó, ofendido, pero luego también se echó a reír.

-Creo que me he perdido algo muy interesante -Maddie frunció el ceño y los miró con suspicacia.

Entonces Vaughan hizo algo que dejó atónita a Carolyn. Se acercó y la besó. Fue sólo un delicado roce de sus labios, pero la joven se quedó paralizada por la impresión. Luego la miró con expresión burlona.

-¿Es una tregua? -susurró él. La chica asintió.

-Hay algo que tenéis que explicarme -comentó Maddie en tono seco.

-Es un beso de paz, Maddie -explicó él-. Eso es todo. Tuvimos una pequeña diferencia de opinión antes de que llegaras.

-¿Ah, sí? ¿Sobre qué?

-No fue nada importante -intervino Carolyn, ganándose una

mirada de aprobación por parte de Vaughan.

-En ese caso, será mejor que lo inspeccionemos todo -indicó Maddie-. Esta noche tengo una cita muy importante y debo estar en la peluquería dentro de menos de una hora.

-Vamos, Maddie, no me digas que se trata de otro hombre -gruñó Vaughan.

-Sólo es una cita -replicó Maddie-. Además, yo no critico tu vida amorosa, así que por favor, no me des tu opinión acerca de la mía.

Media hora después Maddie se fue y Carolyn volvió a quedarse sola como Vaughan. El la miró con cierta aprensión y de inmediato la chica se tensó. Se dijo que debía alejarse de él cuanto antes.

-Yo también... tengo que irme -susurró.

-¿Tienes que hacerlo? -preguntó con burla.

-Sí -declaró con una decisión que no sentía. Ansiaba quedarse. Lo deseaba muchísimo.

Él, molesto, se limitó a encogerse de hombros.

-¿No íbamos a nadar? -se dirigió hacia donde estaba ella, cerca de la piscina que ya estaba llena de agua.

-Vamos, ve a por tus cosas -le urgió él-. El agua está deliciosa. Te refrescará antes de emprender el largo trayecto de regreso a tu casa.

Se quitó la camiseta de un tirón y se bajó los pantalones cortos. Carolyn trató de no fijarse en la forma en que el pequeño traje de baño blanco se amoldaba al cuerpo de Vaughan, pero no pudo evitar observarlo con mucho detenimiento. El descubrió su mirada ávida y experimentó una grata sorpresa y una gran satisfacción. Luego se lanzó a la piscina con agilidad.

-¿Qué puedo hacer? -se preguntó Carolyn en voz baja.

Se contestó que si quería ser sensata, debía meterse en el coche y marcharse de allí. Pero una vocecita interior le sugería que hiciera lo que Vaughan le pedía, que se pusiera su traje de baño y se quedara a nadar con él.

Vaughan emergió del agua en ese momento.

-¿Todavía no has ido por tus cosas? -la miró con el ceño fruncido.

-No... Sí... Quiero decir... Vaughan, no me parece que sea una buena idea.

Él se acercó nadando y salió del agua. Luego se dirigió hacia Carolyn, secándose con una toalla y sin dejar de mirarla por un instante. Dejó la toalla junto a una silla y tomó a la chica de un brazo, para acercarla con lentitud deliberada. Ella se dejó abrazar sin ofrecer ninguna resistencia, aunque abrió mucho los ojos al sentir el duro y húmedo cuerpo de Vaughan apretado contra el

suyo.

-¿Quieres quedarte? -murmuró él con voz ronca.

Ella parpadeó y abrió la boca para decir algo, pero no logró pronunciar una sola palabra. Él la miró fijamente durante un momento.

-Veamos si te puedo hacer que cambies de opinión -susurró y acercó su boca con lentitud.

La joven se preguntó cuánto tiempo pasó antes de que sus labios se separaran. ¿Un minuto, dos? No tenía ni la menor idea, pues en el instante en que aquellos suaves labios rozaron los suyos, se sintió transportada a un mundo tan erótico y emocionante que ya no fue capaz de pensar en nada más. Se aferró a él y entreabrió los labios bajo la suave presión de los de Vaughan, dejando que él saboreara el interior de su boca, excitándola hasta un punto que ella nunca había imaginado que fuera posible, con un besó simplemente. La sangre empezó a golpearse en su cabeza y una oleada de calor recorrió todo su cuerpo. Le echó los brazos al cuello cuando le flaqueaban las piernas y sus pequeños senos se apretaron contra su duro pecho. Sin embargo, cuando Carolyn profirió un gemido gutural, el beso terminó.

Abrió los ojos y se dio cuenta de que Vaughan también tenía dificultades para controlarse. Le brillaban mucho los ojos y jadeaba con fuerza.

-Dios mío, Carolyn -gruñó muy impresionado por la desinhibida respuesta de la joven.

-No te detengas -tartamudeó la chica y volvió a apoyarse contra él.

El gimió y volvió a besarla con ansia, acercándose a un punto en el que ya no podrían dar marcha atrás. Una vez más, Vaughan fue quien terminó el beso y se alejó de Carolyn.

-Creo que ambos necesitamos enfriarnos un poco -murmuró con voz ronca-. O tal vez yo acabe haciendo algo que tú lamentarás después, sin duda alguna. Tu cuerpo me desea, Carolyn, pero tu mente necesita un poco más de tiempo. Y cuando eso suceda, y no dudes que así será, ya no podrás detenerme, cariño. ¡Te lo prometo! Y ahora, sé una buena chica y ve a buscar tu traje de baño -la hizo volverse y le dio una ligera palmada en el trasero-. Quiero verte con menos ropa de la que ahora llevas puesta.

Y a continuación volvió a lanzarse al agua. Carolyn se quedó de pie, tratando de asimilar lo que acababa de suceder. Sin embargo, no logró hacerlo y, como un autómata, se dirigió a su coche, abrió la puerta y sacó una bolsa de playa donde llevaba su traje de baño.

Tembló al pensar en lo vulnerable que se volvería su cuerpo cuando se lo pusiera.

Poco a poco, fue recuperando la sensatez y la capacidad de raciocinio.

No merecía la pena fingir que no sabía lo que sucedería cuando estuviera medio desnuda en la piscina, con Vaughan. Un hombre como él… tan sensual, a pesar de sus nobles palabras… no podría contenerse. Carolyn se lo imaginó besándola, acariciándola por entero, retirándole el bañador y descubriéndole los senos para besar y lamer los excitados pezones…

Carolyn tembló ante la fuerza de sus atrevidas fantasías. Ningún hombre le había visto los senos, y mucho menos se los había acariciado. Pero ella también quería tocar a Vaughan, probar su piel y…

«No puedo permitir que algo parecido suceda», decidió. «No importa lo que desee mi cuerpo, Vaughan es el único hombre del mundo con quien no debo mezclarme puesto que, de hacerlo, pondría en peligro la relación que tengo con mi madre».

Carolyn gruñó, desgarrada por el deseo y la frustración. Se estaba dando cuenta 'de lo fuerte que podría ser el deseo sexual. Y se sentía tentada a ceder y buscar satisfacción…

Nunca imaginó que algún día sería capaz de desear acostarse con un hombre y nada más. Tuvo que aceptar que, por lo que se refería a los placeres carnales, era muy débil. Incluso en ese momento quería volver con Vaughan y desnudarse delante de él, para que hiciera lo que se le antojara con ella.

Carolyn empezó a luchar contra la tensión, tratando de conservar la cordura. Seguramente, un día encontraría a su hombre. Alguien que la hiciera sentirse de esa forma, un hombre a quien amara y deseara, un hombre que no fuera un canalla.

Poco a poco, su intenso deseo fue disminuyendo. Volvió a pensar con fría objetividad en el hombre al que por un momento había considerado como su posible primer amante. ¿Cómo se atrevía Vaughan a seducirla, cuando ya tenía una aventura con Anthea Maxwell? ¿Y cómo se atrevía a pensar que podría sustituir a la madre por la hija con tan facilidad? Ese hombre era un irresponsable egoísta por lo que se refería a las mujeres.

Y no obstante, Carolyn casi había cedido a él gracias a unas cuantas palabras suaves y a unos cuantos besos apasionados. Pero Vaughan también, lo era, esperando en ese momento que ella se reuniera con él, seguro de que sucumbiría a sus encantos y se entregaría.

Carolyn dejó su bolsa de playa en el coche, alzó la barbilla y caminó con decisión de vuelta a la piscina. Se quedó de pie, en la orilla, cruzada de brazos con gesto altivo. Vaughan dejó de nadar y la miró a los ojos. Su expresión se tornó sombría al verla tan fría y tensa.

-Déjame adivinar -comentó con amargura-. Ya no quieres venir a nadar conmigo.

-Así es -afirmó con tono cortante-. Y creo que ya sabes por qué. Me alegro de haber recuperado la sensatez a tiempo. Te sugiero que sigas acostándote con viudas, Vaughan. Ellas sí pueden hacer frente a tu conducta sexual, pero yo no.

Molesto e irritado, Vaughan se irguió. El agua escurría de su hermoso cuerpo y bronceado pecho.

-Nunca me he acostado con una viuda. No desde que te conocí. Ahora, deja de portarte como una tonta -gruñó-, y métete en la piscina. Este tiempo no es el más adecuado para participar en juegos absurdos.

Carolyn no se movió, pues se quedó paralizada al ver el cuerpo húmedo y casi desnudo de Vaughan. Él se impacientó y empezó a subir los escalones de la piscina. A la joven le invadió el pánico al darse cuenta de que iba a intentar convencerla por la fuerza para que se quedara. Empezó a correr, consciente de lo que era capaz de lograr con sus artimañas de seductor.

Vaughan la alcanzó cuando Carolyn llegó junto al coche. La tomó del brazo y la hizo apoyarse contra la puerta.

-¿Por qué haces esto, Carolyn? ¿Por qué? ¿Es ésta tu manera de vengarte? ¿Quieres atormentarme al hacerme ver que realmente eres una mujer muy deseable, despertar mi apetito, mi deseo, y luego huir y abandonarme a mi tormento?

-Estás loco -gritó mientras trataba en vano de apartarse de él-. No he hecho nada semejante.

-¿Ah, no? Bueno, en ese caso lo que veo y siento debe de ser auténtico. ¿Quieres que lo pongamos a prueba? ¿Quieres que comprobemos si tu deseo es sólo una actuación o si es real?

-No lo hagas -gimió.

Sus forcejeos no la llevaron a ninguna parte. El cuerpo mojado de Vaughan hizo contacto con el suyo, enviando miles de mensajes a su cerebro. Sintió que sus pezones se endurecían y que una oleada de calor le invadía todo el cuerpo.

-No -volvió a gemir antes de que él la besara en la boca.

Vaughan la obligó a abrir los labios con la lengua. A Carolyn jamás le habían besado de esa manera, con esa crueldad y ese

salvajismo. Él le tomó el rostro entre sus manos, manteniéndola quieta mientras la besaba. Carolyn empezó a gemir de miedo y, cuando Vaughan se apartó de ella, cayó al suelo, semiconsciente.

-Dios mío -exclamó Vaughan y la alzó en brazos, apretándola contra su cuerpo. La llevó a la orilla de la piscina y la depositó en el suelo. Metió una mano en el agua y le humedeció la frente.

-Carolyn, abre los ojos. Dime algo. Por el amor de Dios, dime algo.

La joven mantuvo los ojos cerrados, pero un par de lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas.

-No -sollozó ella-. No lo hagas... -y rodó lejos de él abrazándose con tristeza.

-No haré nada -le aseguró Vaughan, tenso-. Créeme que no te haré nada. No sé... qué fue lo que me pasó. Nunca me había comportado de esa manera con una mujer.

«Porque nunca has necesitado hacerlo», pensó Carolyn con pesadumbre, mientras yacía allí, hecha un ovillo. «Ninguna mujer se te ha resistido nunca. Y si ahora mismo me quedo contigo, yo tampoco podré rechazarte».

Tuvo que aceptar que incluso aquel beso salvaje la había excitado, la había hecho ansiarlo...

-Yo... yo debo irme a casa -lentamente se incorporó y se sentó.

-No puedes conducir de vuelta a Sydney en el estado en el que te encuentras -comentó él.

-Sí que puedo. Tengo que hacerlo.

-Carolyn, por favor, sé sensata.

-Lo soy -declaró con tono frío e inexpresivo, sin mirarlo a los ojos. Sabía que no debió haberse quedado con Vaughan y lo hizo. En ese momento, tenía que alejarse cuanto antes de la tentación. Cuanto antes...

-Por favor, no te preocupes por mí -añadió y se puso de pie-. Hace mucho tiempo que soy responsable de mí misma. Y no pienso cometer ninguna tontería. Estaré bien.

-Sí -masculló él-. Estoy seguro de que lo estarás. Eres una chica muy fuerte y sensata.

En ese momento Carolyn se volvió hacia él y se echó a reír con amargura.

-No, no lo soy -indicó con vehemencia-. Soy estúpida y débil. ¿Sabes por qué? Porque es cierto que te deseo. Te deseo de la manera más cruda posible. Lo cual es algo bastante irrisorio, puesto que sólo soy una chiquilla tonta, mojigata y virgen que siempre pensó que esperaría encontrar al hombre de su vida. Y no obstante,

heme aquí, ansiando a un hombre que ha poseído a tantas mujeres que ya ha perdido la cuenta de cuántas han sido. ¿No crees que soy muy tonta y débil?

-Carolyn... -esbozó una mueca de angustia-. Yo... -alargó una mano.

-No me toques -gritó y le dio un manotazo para alejarlo-. No vuelvas a tocarme, nunca más. Si lo haces... ¡te mataré!

Él retrocedió, muy sorprendido e impresionado.

-No hablas en serio.

-Averígualo -apretó la mandíbula con fuerza.

-Estás diciendo tonterías debido a que te sientes muy mal -sacudió la cabeza.

-Tienes razón, así es como me siento.

-No puedo dejar que conduzcas en ese estado. Deja que llame a Maddie.

-Maddie se está arreglando para salir. Y yo estoy... bien -concluyó-. Ahora, hazte a un lado y deja que me vaya. Y tampoco intentes volver a llamarme por teléfono. En el futuro, trataré sólo con Maddie.

Vaughan se situó frente a ella y la miró con dureza.

-Estás equivocada con respecto a mí, Carolyn. No me he acostado con tantas mujeres... Y también te equivocas en lo que a ti se refiere. Lo que hay entre nosotros no es solamente físico. Es algo más...

Ella se echó a reír.

-Quizá sí. Y quizá no. Pero aunque tuvieras razón, eso no cambiaría las cosas, porque la cuestión es que ha habido demasiadas mujeres en tu vida, Vaughan. Demasiadas...

Lo empujó y corrió al coche. Y él ya no intentó impedírselo.

Capítulo 7

EL mes que siguió fue el peor de la vida de Carolyn. Ni siquiera cuando Isabel sufrió aquel colapso nervioso, la joven había sentido esa desesperación y esa angustia que la embargaban por luchar contra la atracción que sentía por Vaughan. Él era un hombre que ella no podía o no debía tener. Y lo peor era saber que sólo tenía que llamarlo por teléfono, pedirle una disculpa y confesarle que lo deseaba con locura para que él estuviera en su casa en un abrir y cerrar de ojos. A Vaughan Slater no le costaba ningún trabajo dar marcha atrás y entrar en acción, por lo que se refería a las mujeres.

¿Cuántas veces estuvo Carolyn a punto de llamarlo, de levantar el auricular mientras su corazón latía con fuerza? ¿Cuántas justificaciones se había inventado para defenderse y satisfacer su deseo?

«Vamos, no es para tanto... Es algo que hoy en día todo el mundo hace... Además, no vas a casarte con él... Y tu madre no tiene por qué saberlo... Una breve aventura y así se te quitará esta fiebre que te consume...», se decía.

Carolyn se alegraba de haber tenido el valor de no llamar a Vaughan y de no caer en la tentación. No obstante, sufría por ello. No dormía bien y empezó a comer en exceso. Se sintió mucho peor cuando sus colegas empezaron a decirle que tenía mejor aspecto una vez que había aumentado de peso. Incluso había adquirido un busto envidiable, y eso era lo último que quería.

Terminó por dominar su apetito y empezó a hacer mucho ejercicio, pero no logró deshacerse de las curvas de su cuerpo. Sus senos eran en ese momento más grandes y sus caderas redondeadas le daban una apariencia muy sensual.

Con un cierto sentimiento de culpa, pero también con emoción, la joven se compró un par de sostenes de encaje negro, además de una ropa interior de estilo atrevido. Esa noche, cuando volvió a casa con sus compras, comprendió que no había comprado esa ropa íntima por ella sino porque aún ansiaba llamar a Vaughan, aún soñaba con la forma en que él la miraría cuando la desnudara con lentitud, para luego poseerla.

No obstante, Carolyn seguía vistiendo como de costumbre. Pero siempre era muy consciente de la ropa íntima de encaje transparente, que llevaba puesta y, más de una vez, se sorprendió a sí misma soñando despierta con fantasías sexuales.

En momentos como ése, estaba contenta por haber decidido que

ya no inspeccionaría más la casa de Julián. Ignoraba cómo habría logrado hacer frente a la perturbadora presencia de Vaughan. Carolyn ya tenía suficiente con soñar con él todas las noches. Y verlo de nuevo en persona.

Maddie no pareció convencida cuando un día Carolyn la llamó por teléfono para avisarle que ya no podría ir a Wollongong todos los fines de semana y que dejaría que ella tomara todas las decisiones pertinentes. La decoradora sabía que no debía discutir con un cliente, sin embargo, sí le pidió a Carolyn que fuera a inspeccionar la llegada de los muebles, al cabo de dos o tres semanas. Y la joven no tuvo más remedio que aceptar.

Mientras tanto, los días transcurrían con una lentitud mortal. Un viernes, después del episodio de la piscina con Vaughan, Carolyn estaba sacando copias en la habitación de las fotocopiadoras de la oficina. Estaba cansada, ya que no había dormido bien la noche anterior. De repente, una mano le acarició el trasero de manera sugerente y se sobresaltó. La chica jadeó y se volvió para encontrarse con Maurice Jenkins, que la miraba con expresión lasciva.

-¿Qué le sucede, sinvergüenza? -preguntó irritada.

El médico sonrió simplemente y extendió los brazos a cada lado de la fotocopiadora, aprisionando a la joven.

-Vamos, Carolyn -susurró-. Sé que las chicas modernas fingen ofenderse cuando un hombre les dice algo, pero en el fondo los dos sabemos que eso a ti no te importa. Te he estado observando con discreción, cariño, y creo que eres la mujer más sexy de todo el hospital. No sé por qué no me di cuenta antes -sonrió con presunción y añadió-: Además, el otro día hablé con una de tus amigas y me dijo que el coche que estás utilizando ahora pertenece a tu nuevo y rico padrastro, que está de viaje de luna de miel. Entonces, me pregunté por qué el otro día diste a entender que habías pasado un fin de semana muy excitante con un acaudalado novio. La única respuesta lógica que se me ocurrió fue que quisiste decirme que te gusta divertirte y que estabas disponible para jugar con el hombre indicado -en ese momento empezó a acariciarle los brazos-. Bueno, pues aquí estoy, cariño -susurró roncó-. Listo, ansioso y dispuesto. Sólo dime por dónde quieres que empiece. ¿Aquí? -le rozó la boca con los dedos. Carolyn estaba paralizada de asombro-. ¿O tal vez aquí...? -le cubrió los senos con las manos y le frotó los pezones con los pulgares, a través de la tela de la blusa.

Carolyn creyó que iba a vomitar. No obstante, se dio cuenta de que el ardor de su estómago se debía a la rabia que la inundaba.

Con una fuerza que surgió de una furia inmensa, la empujó y le propinó una sonora bofetada.

-¡Hija de perra! -se llevó una mano temblorosa a la mejilla enrojecida-. Haré que te despidan por esto. No sólo te despedirán sino que yo... yo...

-Cállese ya, sinvergüenza -exclamó ella con desprecio-. Yo dimito -y con eso, le dio otro empujón que lo hizo caer al suelo-. Usted debería saber que no debe mezclarse con una Mckensie -declaró y salió con indignación del cuarto.

Carolyn dimitió de inmediato y sin lamentarlo mucho. Se dio cuenta de que hacía ya mucho tiempo que le aburría su trabajo. Estaba harta de rellenar solicitudes, de archivar documentos, de escribir a máquina y de contestar el teléfono. Pensó que Vaughan había tenido razón en ese sentido. Cuando era una adolescente, Carolyn había sido una alumna brillante y necesitaba potenciar su inteligencia. Un trabajo rutinario de oficina no era lo más indicado.

Decidió que su madre ya no representaba una carga económica, de modo que podía buscar otro empleo, tal vez cambiar de profesión. Sin embargo, al vaciar su escritorio y ver que sus compañeras la miraban con tristeza, Carolyn sintió una pena momentánea. A través de los años, había aprendido a conocer a sus colegas y su compañía le resultaba muy importante. Sin duda, las echaría de menos.

Por supuesto, antes de irse, Carolyn tuvo que hablar con su jefa y con el gerente administrativo, quienes le preguntaron la razón de aquella dimisión tan precipitada. Y Carolyn se lo contó todo, tal y como sucedió.

Ellos no parecieron sorprenderse mucho; se mostraron acongojados y comprensivos. Tampoco intentaron convencerla de que se quedara, ni le aseguraron que le llamarían la atención al doctor Jenkins. Era obvio que él no se iría en lugar de Carolyn. El mundo no funcionaba de esa manera.

Para cuando Carolyn llegó a su coche, poco después de las cuatro, las dudas y la depresión la embargaron. En ese momento, ni siquiera el trabajo la ayudaría a no pensar en Vaughan y aún faltaban tres semanas para que Julián y su madre volvieran de su viaje por Europa.

De vuelta a Ashfield, Carolyn se dio cuenta de que no le resultaría fácil encontrar otro empleo con rapidez. Tenía algunos ahorros, pero no era mucho dinero. Y, a partir de ese momento, ya no contaría con que su madre pagaría la mitad del alquiler del apartamento.

Al ver un par de tarjetas postales en el buzón, Carolyn se animó. No eran las primeras que recibía, pues su madre y Julian le habían escrito desde Londres, Amsterdam y Colonia. Sin embargo, en esos momento, necesitaba saber algo de su madre, necesitaba que le dijera que la quería y que la echaba de menos.

Más contenta, sacó las postales del buzón, miró las imágenes de París y se apresuró a entrar en su apartamento. Arrojó sus cosas sobre la cama y se sentó en un sofá. Miró una postal de la Torre Eiffel, antes de leer lo que su madre le había escrito:

Querida, me estoy divirtiendo mucho. París es tan romántico…

Te he comprado un perfume y otras cosas que espero que te gusten.

Te echo mucho de menos. Julian tiene una buena noticia para ti. Por lo menos, ésa su mi opinión y espero que tú la compartas. Por, favór, no te niegues.

Es lo que los dos queremos.

Muchos besos y abrazos. Mamá.

A Carolyn se le llenaron los ojos de lágrimas, ya que su madre parecía muy contenta. Se preguntó de qué se trataría esa buena noticia; tomó la tarjeta más grande, la que le enviaba Julian.

Mi querida Carolyn. Nunca podrás adivinar lo que he hecho. ¡Le he contado a Isabel todo acerca de la casa! Anoche, ya no pude seguir guardando el secreto por más tiempo. Habíamos tomado unas copas de champán y nos estábamos contando nuestros secretos más íntimos, como suelen hacerlo las personas que han bebido de más, y se lo dije. ¿Verdad que soy un estúpido? Bueno, Isabel estaba muy contenta, aunque, cuando le expliqué dónde estaba la casa y que no estaba cerca de Ashfield, se entristeció mucho. «¿Y Carolyn?», exclamó con pesar. «¡Ahora ya nunca la veré!», me decía Yo le dije que tú podrías venirte a vivir con nosotros. Nunca había visto a mi adorada esposa tan radiante. Estaba embargada por la felicidad. Así, que tuve que prometerle que renunciarías a tu horrible trabajo y que te irías a vivir con nosotros a Wollongong. No te preocupes por buscar otro empleo. Tengo tantos contactos en esa parte de la costa, que eso no será ningún problema, te lo aseguro. De modo que, si estás de acuerdo, presenta tu renuncia, avisa al casero que dejarás el

apartamento y... ¡empieza a hacer las maletas!

De hecho, puedes mudarte a la nueva casa, en cuanto esté habitable, lo cual, si las cosas están en orden, debería ser a finales de la próxima semana. Para serte sincero, me parecería. estupendo que te mudaras cuanto antes. No me gustaría llegar y descubrir que, por falta de seguridad, me han robado el horno microondas. No dejes que tu carácter conservador obstaculice estos nuevos y maravillosos planes. No te van a echar de menos en el hospital, puesto que nadie es indispensable. Tú lo eres sólo para la felicidad de tu madre. No protestes. Por una vez en la vida, haz algo divertido y loco. Te veremos en la primera semana de abril.

Tu padrastro, que te quiere mucho, Julian.

Una mezcla de emociones invadió a Carolyn al leer esas líneas. Alegría... pues le encantaba la idea de vivir con su madre y Julian en aquella hermosa casa. Alivio... pues ya no tendría que preocuparse por buscar un empleo, ni por pagar el alquiler del apartamento.

Pero también sintió tristeza. Vaughan vivía en Wollongong...

Y experimentó una mezcla de confusión y pánico. Si Julian le había contado a Isabel lo de la casa, ¿le había mencionado también el nombre del arquitecto? Pero, en ese caso, Isabel no habría estado tan contenta al escribirle a Carolyn...

La chica suspiró y comprendió que Julian no le había mencionado a su mujer el nombre de Vaughan, por el momento. Era obvio que Isabel aún no sabía quién había diseñado su nuevo hogar. La joven se preguntó cuánto duraría esa situación. Tal vez, si Carolyn tenía suerte, cuando Isabel lo supiera, le contaría una mentira piadosa a Julian para evitar el desastre.

Pero ¿qué mentira sería ésa?, gimió la chica para sus adentros. Carolyn estaba pensando en una historia plausible cuando sonó el teléfono. De inmediato, se puso alerta. Recibía pocas llamadas, y la última había sido de Vaughan...

Con enfado se acercó al teléfono y contestó, después de vacilar por un momento.

-¿Sí? -preguntó bruscamente.

-¡Santo cielo! -suspiró Maddie-. Al parecer, estás de mal humor, igual que Vaughan.

-¡Maddie!

Carolyn sonrió aliviada.

-Ah, eso está mucho mejor. Casi me alegro de haberte llamado.

-¿Acaso los muebles han llegado antes de lo que esperabas?

-Eso es poco probable. Esta semana fueron colocadas las alfombras y el suelo, y, también todas las lámparas. Así que notarás un gran cambio, si es que decides venir a inspeccionar la casa. Además, mañana por la noche vendrán unos amigos a tomar una copa y a bailar. Como siempre estoy buscando caras nuevas, pensé que quizá te gustaría venir. ¿Qué me dices?

-Claro —sonrió Carolyn y luego añadió-: Pero no iré si Vaughan va a estar presente.

-¿El señor antifiestas? Vaya, nunca ha asistido a las reuniones que he organizado. Siempre lo invito, pero sólo para ver qué nuevo pretexto se inventa para no ir. ¿Sabes qué me ha dicho esta vez? Que tiene que trabajar. ¿No te parece algo muy original? No, querida, estás a salvo de las garras del desalmado guerrero de la arquitectura. Este fin de semana, él no piensa ir de cacería. ¿Aceptas entonces? Puedes quedarte a pasar la noche en mi casa, para que de esa manera, puedas beber todo lo que quieras.

Carolyn se echó a reír. Maddie sí que la hacía sentirse bien.

-Bueno, me has convencido.

-Bien. ¿Nos vemos al mediodía en la casa?

-¿No crees que es demasiado temprano?

-No te preocupes por eso -comentó Maddie-. Ya pensaré en algo para que estemos ocupadas. Entonces, nos vemos mañana. Y tráete algo muy elegante para la fiesta. A mis reuniones no vienen personas vestidas con vaqueros y camiseta. Hasta pronto.

Colgó y Carolyn se quedó pensando qué vestido se pondría para la fiesta. Se dijo que podía usar cualquier cosa, puesto que Vaughan no estaría allí. Se decidió por el vestido rojo y ceñido que había utilizado para la boda de su madre.

El sábado amaneció nublado en Sydney. Sin embargo, mientras Carolyn se dirigía al sur, las nubes fueron disipándose y empezó a asomar el sol. Hacía un calor templado, típico del mes de marzo. Maddie ya estaba esperando a Carolyn en la casa, cuando la chica llegó. Terminaron de revisarlo todo a las doce y media.

-Va a ser una casa fantástica -comentó Carolyn cuando las dos se dirigían a sus coches.

-Sí. Vaughan se ha esmerado esta vez. Todas sus casas son muy especiales, pero creo que ésta lo es más aún. Claro, Julian le cayó muy bien y eso siempre hace que uno trate de complacer al cliente.

-Julian es un hombre muy bueno -asintió Carolyn-. Pero no solamente el trabajo de Vaughan es maravilloso. Tú también eres toda una profesional, Maddie. Esas lámparas estilo colonial son preciosas y, no obstante, el resto de la decoración es muy moderna.

Yo jamás habría imaginado que estilos tan variados pudieran combinarse de una manera tan elegante. Y tú lo has logrado a la perfección.

-Sí, yo también lo creo -comentó con orgullo, aunque sin vanidad.

-Me va a encantar vivir aquí -declaró Carolyn y Maddie la atacó con una serie de preguntas.

-Eso es increíble -exclamó Maddie al fin-. Podremos convertirnos en buenas amigas, si vives aquí también. Te ayudaré a mudarte en cuanto lleguen los muebles. Y, si no encuentras empleo, puedes trabajar como recepcionista para mí. Necesito contratar a alguien. Ya no puedo seguir trabajando con empleadas temporales —Carolyn vaciló, y la intuitiva Maddie no requirió de ninguna explicación-. Ah... estarías demasiado cerca del temible Vaughan -suspiro-. Uno de estos días, vas a tener que contarme qué sucedió entre vosotros dos. Si no lo haces, me moriré de curiosidad.

-Yo creo que tú nunca vas a morir de nada -rió Carolyn.

-Tal vez el aburrimiento termine conmigo. Detesto no estar ocupada. Bueno, ¿entonces vas a hacer lo que te pedí o no?

-¿A qué te refieres? -Carolyn pensó que, si se refería a lo sucedido entre ella y Vaughan, Maddie recibiría una gran desilusión. Maddie era una mujer abierta y cálida y la joven valoraba su creciente amistad, pero aún no estaba preparada para confiarle muchas cosas. Tal vez un día...

-Pues a posar para mí -contestó Maddie, exasperada-. Debiste imaginar que volvería a pedírtelo, tarde o temprano, y esta tarde tenemos todo el tiempo del mundo para empezar. La luz está muy bien y tú te estás... -recorrió a Carolyn con la mirada. La chica iba vestida con unos holgados pantalones blanco y una amplia blusa floreada.

Maddie frunció el ceño.

-Carolyn, no estarás embarazada, ¿verdad? -susurró con preocupación-. Tú y Vaughan no habéis... -hizo un gesto muy expresivo con las cejas.

-No -negó Carolyn, sintiéndose indignada y también un poco culpable-. Pero he estado comiendo mucho últimamente -concedió con un gemido-. Supongo que me siento muy sola, ahora que mi madre lleva fuera tanto tiempo. ¿Me ves muy mal?

-Claro que no. Has engordado de aquí y de aquí -Maddie se tocó los senos y se palmeó las caderas-. Lo cual está muy bien, puesto que me gustaría pintarte por detrás.

-¿Por detrás?

-Ah, sí. Eso les parece muy erótico a los hombres. Y ellos son los que compran mis pinturas de desnudos. Créeme, no me costará trabajo vender tu cuadro. Y a ti eso no te importará, porque nadie sabrá nunca que tú eres la modelo.

-Sí, pero...

-Te pagaré, por supuesto. Te daré lo que cobra una modelo profesional -aseguró.

-No es por el dinero, Maddie. Lo que pasa es que no sé si podré quitarme la ropa y posar así...

-Estarás acostada -la interrumpió Maddie-. De lado, sobre una sábana de satén rojo -añadió con una sonrisa maliciosa y un estremecimiento de obvia emoción-... y con el cabello suelto. Ay, se me pone la carne de gallina de sólo imaginar el efecto que voy a crear contigo. Apuesto a que será el mejor cuadro que haya hecho. Lo venderé en una fortuna.

Vamos, por favor, dime que lo harás. Por favor, por favor...

El primer impulso de Carolyn fue negarse, pero no pudo hacerlo al ver la suplicante mirada de Maddie.

-Está bien -sonrió sacudiendo la cabeza-. Me has obligado a aceptar. Pero no me pagues, por favor. Lo haré por nuestra amistad, aunque te aseguro que no lo repetiré por la parte del frente.

-Trato hecho. Bueno, ahora sígueme en tu coche. No puedo permitir que mi mejor modelo se pierda en la ciudad.

La casa de Maddie era antigua y estaba decorada con su inimitable estilo, con colores brillantes y mucho negro. Si alguien le hubiera dicho a Carolyn que un baño en colores rojo y negro seria estupendo, la chica habría pensado que esa persona estaba loca. Pero ésa era la verdad. O al menos así sucedía en la casa de Maddie. No obstante, cuando Maddie terminó de mostrarle su hogar a Carolyn, ésta se alegró de que su amiga no tratara de imponer su propio gusto a los demás.

Después de felicitar a Maddie por la decoración de las habitaciones, Carolyn fue conducida a la parte posterior de la casa, donde un pórtico con cristaleras había sido convertido en estudio. La playa estaba a menos de cincuenta metros de allí y, en efecto, la luz era muy buena.

Carolyn tragó saliva cuando vio el diván que estaba en un extremo de la varanda. Sin duda, allí se acostaría. Trató de imaginarlo cubierto con una sábana de satén rojo y con ella acostada en una sugerente pose, totalmente desnuda. Sintió un nudo en el estómago y se mordió el labio, mientras se preguntaba, arrepentida, por qué habría aceptado.

-Primero comeremos algo -anunció Maddie-. Y luego pondremos manos a la obra.

A pesar de todo, a Carolyn no le costó trabajo desnudarse. Cuando de modelos se trataba, Maddie era toda una profesional y trató a Carolyn con eficiente impersonalidad. Le puso una bata al alcance de la mano para que pudiera cubrirse cuando así lo deseara. Y, por supuesto, a la joven le resultó mucho más fácil que Maddie la mirara desnuda por detrás, y no por delante.

Una vez que Maddie colocó a Carolyn en la posición deseada, con un brazo estirado debajo de la cabeza y el otro colocado sobre la cadera, y con el cabello suelto y extendido, empezó a trabajar. Carolyn pudo cerrar los ojos y relajarse. No tenía sentido mantenerlos abiertos, pues delante tenía una pared tapizada de negro. Después de un rato, Carolyn sintió que empezaba a dormirse, y tal vez lo habría hecho de no ser porque Maddie hizo un comentario.

-¿Ya le has dicho a Vaughan que te irás a vivir a la casa? -preguntó-. No, ¡no te muevas! Maldición. Olvida que he dicho eso. Qué tonta soy. Relájate de nuevo, por favor. Después hablaremos de Vaughan. Mientras tanto, piensa en algo agradable, en algo suave y cálido.

Carolyn hizo un gran esfuerzo y debió de tranquilizarse, pues Maddie ya no volvió a quejarse. Pero, si bien aparentemente estaba relajada, la realidad era muy diferente.

Carolyn empezó a preocuparse de nuevo por todo lo que podría suceder, una vez que había decidido mudarse a la misma ciudad que Vaughan. No obstante, pensó que Maddie tenía razón; Vaughan debería

saber que ella tenía el permiso de Julian para cambiarse a esa casa. Y ella misma debía decírselo.

La idea de encontrarse con Vaughan le producía una gran angustia. Lo único que la consolaba un poco era el pensamiento de que tal vez Vaughan ya no estuviese interesado en ella, pues había pasado mucho tiempo desde la última vez que se vieron. Tal vez él había reanudado su relación con Anthea Maxwell. A pesar de que Vaughan decía sentía por Carolyn algo más que deseo, la chica estaba convencida de que sus sentimientos eran sólo una mezcla de deseo sexual y orgullo masculino... Era probable que la resistencia de Carolyn significara simplemente un desafío para él. Ellos no se conocían lo suficientemente bien como para que pudiera existir algo más profundo. Y, lo poco que sabían uno acerca del otro, ¡les desagradaba mucho!

Sin embargo, Carolyn tardó mucho tiempo en reconocer el deseo que sentía por Vaughan, así como también los sentimientos ambivalentes que derivaban de ello. Sabía que las emociones que Vaughan provocaba en su interior eran innegables; además tenían consecuencias muy reales, muy poderosas. De lo contrario, ¿cuál podría ser la explicación de que en ese momento le gustara usar ropa íntima sexy? ¿O qué motivos habría para que se despertara todas las mañanas muy acalorada después de haber tenido sueños plagados de fantasías sexuales?

Tampoco podía negar que experimentaba asco y excitación al mismo tiempo. Asco por sí misma, pero también una tentación increíble. Era una batalla constante entre lo que sabía que era correcto… y lo que ansiaba tan desesperadamente…

Deseaba que Vaughan la mirara una vez más con deseo, que volviera a tocarla, a besarla. Carolyn contuvo un gemido y trató de hacer desaparecer aquellas molestas imágenes de su mente. Sabía que si Vaughan fuera otro hombre, tal vez ella habría cedido a sus instintos y satisfecho su deseo con la clase de abandono salvaje que sospechaba que yacía en su interior, a pesar de su virginidad. Entonces, no le habría importado que no hubiera amor, ni un fuerte compromiso.

Pero no se trataba de otro hombre, sino de Vaughan Slater. Eso significaba que el amor y el compromiso ya estaban mezclados en ello. No los de Carolyn, sino los de su madre.

«No te olvides de eso. Si lo haces, lo lamentarás el resto de tu vida», le decía la voz de la conciencia, y se prometió que no lo olvidaría. Aspiró profundamente varias veces e intentó tranquilizarse.

Transcurrió una hora de relativa calma. Los únicos sonidos que se escuchaban eran algunos carraspeos ocasionales de Maddie. Carolyn se encontraba bastante serena, cuando de pronto se le erizó el cabello de la nuca, como si percibiera que alguien la estuviera observando con disimulo. Intentó decirse que se estaba portando de manera paranoica puesto que era la primera vez que posaba desnuda y a plena luz del día. Tal vez sólo era Maddie quien la observaba, tratando de captar una línea difícil.

Pero Carolyn estaba segura de que no era así. Por más que lo intentó, no logró convencerse de que solamente Maddie la estaba mirando. Sabía que, un hombre la estaba devorando con la mirada en ese preciso momento.

Era algo muy turbador. Carolyn empezó a respirar con dificultad y a sudar un poco. Estaba tentada a volverse y mirar por encima del

hombro, pero no podía hacerlo. Los segundos transcurrieron con agonizante lentitud. Ya no podía soportar la tensión por más tiempo. ¡No podía!

-Ay, no -exclamó Maddie cuando de repente Carolyn se sentó y cogió la bata con rapidez para cubrirse.

Carolyn se volvió, abriendo mucho los ojos. Miró las enormes cristaleras que corrían a lo largo del pórtico. No había nadie allí: nadie en absoluto. Carolyn frunció el ceño. Ni siquiera había una casa cercana desde donde alguien la estuviera mirando con prismáticos.

Maddie dejó a un lado su pincel y suspiró con resignación.

-Yo... creí que alguien me estaba mirando.

Maddie frunció el ceño y se volvió.

-Pues como puedes darte cuenta, te equivocas.

-Sí... -su corazón aún latía con fuerza-. Supongo que sí -asintió.

-¿Quieres ver lo que he hecho hasta ahora?

Carolyn se puso la bata y se levantó.

-Sí, claro.

La chica recibió una fuerte impresión debido a la rapidez con la que Maddie trabajaba, pues al principio le pareció que la pintura ya estaba terminada. Y también le sorprendió la increíble sensualidad que estaba plasmada en el lienzo; había una languidez en la pose que sugería los momentos posteriores a una apasionada sesión de amor. El espectador podía imaginar que había una sonrisa de satisfacción en los labios invisibles de la modelo.

¡Y la modelo era ella!, recordó Carolyn con un jadeo. Y no tenía la menor idea de lo que se sentía después de hacer el amor apasionadamente.

-No te gusta -declaró Maddie, enfurruñada.

-No, te aseguro que es grandiosa -se irguió-. Pero… ésa no soy yo.

-Claro que sí, Carolyn. Es la parte que escondes de ti misma, así como de todos los demás. Aunque te advierto que no por mucho tiempo.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Vamos, Carolyn -sonrió su amiga-. Tú y yo sabemos muy bien que vas a tener una aventura con Vaughan, tarde o temprano. Sólo es cuestión de tiempo.

Capítulo 8

ESA noche Carolyn se estaba divirtiendo mucho en la fiesta, de lo cual ella misma era la primera sorprendida. La sombría predicción de Maddie la había preocupado durante toda la tarde, a pesar de que había fingido indiferencia.

Sin embargo, Maddie le sirvió varios cócteles de fantásticos efectos que consiguieron relajarla. Incluso se dejó maquillar por su amiga.

En ese momento eran las diez de la noche y la fiesta estaba en todo su apogeo. Carolyn se encontraba bailando con un hombre joven y alto. Era un dentista de Wollongong y un muy buen bailarín. Como era muy simpático y agradable, había logrado que Carolyn perdiera su acostumbrada reserva. Por supuesto, la desenvoltura de la joven se debía también a las dos copas de vino blanco que había tomado después de los cócteles.

La música se volvió de pronto mucho más rápida y más personas empezaron a bailar. La sala se llenó de gente, de modo que Carolyn, el dentista y otras parejas fueron a bailar al pórtico donde, afortunadamente, Maddie había guardado todo su equipo de pintura y sus cuadros de semidesnudos.

-Oye, eres fantástica -le dijo el dentista cuando Carolyn ejecutó un par de pasos complicados que había visto en la televisión.

-Tú tampoco bailas mal -repuso ella.

-Nunca antes te había visto en las fiestas de Maddie.

-Es la primera vez que vengo.

-¿Estás casada?

-No.

-¿Comprometida?

-No por el momento.

-¿Estás relacionada con otro hombre?

Carolyn abrió la boca para contestar. Y en ese mismo instante se quedó helada.

Vaughan estaba de pie en el umbral del pórtico, mirándola con firmeza y tensión. La chica tragó saliva y se apartó un mechón de cabello de la frente. Era consciente de que Vaughan la recorría con la mirada. Sus fulgurantes ojos contemplaron el cabello suelto, el rostro maquillado, las nuevas y sensuales curvas que el ceñido vestido de seda roja se encargaba de resaltar.

-¿Qué sucede? -el compañero de Carolyn se volvió para descubrir el rostro enfadado de Vaughan-. Oh, oh -masculló-. Era

demasiado, bueno como para ser cierto. Supongo que ése es tu novio.

Carolyn parpadeó asombrada; luego la invadió un sentimiento de rebeldía. No podía permitir que Vaughan le estropeara la velada de esa forma. No obstante, ya no podía seguir bailando mientras Vaughan la observaba.

Dejó escapar un sonido de irritación. Se dijo que tal vez sería mejor que fuera a hablar con él y que le anunciara que se iría a vivir a la casa de Julian. Después de todo, tendría, que hacerlo algún día, y sería mejor decírselo en ese momento, en un salón lleno de gente.

-No es mi novio -le dijo a su pareja-. Sólo es un conocido a quien no esperaba ver aquí esta noche. Lo siento, pero tengo que hablar con él. ¿Podemos seguir bailando después?

-¿Por qué tengo el presentimiento de que eso nunca sucederá? -suspiró resignado.

-Pesimista -rió Carolyn.

-No, realista. Bueno... -empezó a buscar con la mirada a otras mujeres que estuvieran solas.

Carolyn alzó la barbilla y se acercó a Vaughan. A pesar de que Maddie había afirmado que nadie asistía a sus fiestas con vaqueros y camiseta, eso era precisamente lo que Vaughan llevaba puesto. Y las dos prendas se amoldaban a su cuerpo a la perfección.

Carolyn tragó saliva. En ese momento se daba cuenta de lo que sus amigas solían ver en Vaughan, diez años atrás. No obstante, estaba decidida a dominar la debilidad que experimentaba por el cuerpo de ese hombre.

-Vaughan -dijo con una frialdad admirable-, ¿qué te trae por aquí? Maddie me dijo que esta noche ibas a trabajar.

Él metió las manos en los bolsillos.

-Así es, pero no podía concentrarme.

-¿Puedo traerte algo de beber? -preguntó con distante cortesía. Por desgracia, no pudo evitar que sus mejillas se ruborizaran, aunque imaginó que Vaughan pensaría que se debía al ejercicio del baile y no al deseo que la embargaba.

-Vaughan, ¡has venido! -exclamó Maddie de pronto. Tenía una cerveza en una mano y una bebida de color azul en la otra. Vestía un largo caftán negro de estilo indio que, a primera vista, parecía demasiado discreto para Maddie, hasta que una segunda mirada revelaba que los laterales eran de encaje y no llevaba ropa íntima-. ¿Cómo te atreves a entrar en esta casa sin avisarme antes? -bromeó con una sonrisa. No obstante miró con preocupación a Carolyn, que

se encogió de hombros con indiferencia. Eso tranquilizó a Maddie.

-Llamé a la puerta -,explicó Vaughan sin dejar de mirar a Carolyn-. Pero tú no fuiste a abrir.

-Ten esta cerveza. Perdóname, pero no suelo oír el timbre cuando estoy en la parte posterior de la casa.

-Eso imaginé -murmuró. Sacó las manos de los bolsillos y tomó la cerveza. Dio un largo sorbo y un poco de espuma permaneció en su labio superior, llamando la atención de Carolyn, que lo contempló con firmeza. Cuando Vaughan se lo limpió con lentitud con la punta de la lengua, la chica sintió un vuelco en el estómago-. Claro que, con esta música, no me asombra que no me hayas oído.

-Esta música es muy agradable para bailar -repuso indignada Carolyn.

-Sí, ya me he dado cuenta -la recorrió de nuevo con la mirada-. Verte bailar fue... toda una experiencia.

Ella se echó a reír, y la tensión que la invadía se disipó en parte.

-¡Qué comentario tan agudo!

-Ay, no -gimió Maddie-. No vais a volver a discutir, ¿verdad?

-Yo no tenía intenciones de hacer eso cuando vine aquí -señaló Vaughan.

-Qué bien. Bueno, ¿para quién era este cóctel? Ah, sí, para Melissa. ¡No te preocupes, Melissa, querida! -exclamó en voz alta-. ¡No te he olvidado! Y ahora, bestia, pórtate bien con Carolyn o tendrás que rendirme cuentas a mí -le advirtió a Vaughan mientras se alejaba.

Cuando estuvieron solos, el silencio entre los dos se volvió tan intenso que Carolyn ya no pudo soportarlo... como tampoco podía soportar la provocativa mirada de Vaughan.

-¿Qué me miras? -le desafió la joven.

-¿Por dónde quieres que empiece? -preguntó él, molesto, como si le reprochara algo a Carolyn.

-Creí que no querías discutir, pero si vuelves a hacer otro comentario sobre mi apariencia, te aseguro que lo haremos.

-Bueno, tienes que reconocer que es difícil comparar a la chica virginal, reservada y mojigata de hace unas semanas con la mujer sensual de esta noche -explicó él-. Claro que tal vez tengas ahora un nuevo estatus sexual, que explique el cambio de tu apariencia.

-¿Cómo te atreves a hablarme así? -preguntó con rabia-. Tú, que no puedes distinguir el bien del mal. Tú, que te acuestas con todas las mujeres que coquetean contigo. Tú, cuya idea de la moral es esperar a que un hombre muera para poder acostarte con su esposa -hizo una pausa y aspiró profundamente-. Esto no te incumbe, pero

te informo que mi estatus sexual no ha variado. Aunque no sé qué puede importarle a un hombre como tú el hecho de que yo sea virgen. ¿Por qué debería importarte eso?

Él no dijo nada, sólo la miró con disgusto. De pronto, colocó su cerveza en la repisa cercana, tomó a la chica de los hombros y la observó con dureza.

-Pues sí me importa -insistió-. No sé por qué, puesto que es obvio que me desprecias. No obstante, eso no impide que piense en ti durante todo el día, que mi cuerpo ansíe tocarte, besarte, hacerte el amor... Maldición, Carolyn. Te deseo. Y sé que tú también me deseas. Eso dijiste.

Ella lo miró tensa, con los ojos muy abiertos. «No lo escuches, no le hagas caso y no vuelvas a decir algo semejante», le ordenó su conciencia.

-¿Cómo... supiste que yo estaría aquí? -preguntó trémula.

-¿Acaso tiene importancia eso?

«Maddie. Ella debió de llamar a Vaughan mientras yo me bañaba. ¡Voy a matarla!», se dijo Carolyn.

-Lo único que es relevante es que has terminado con todos esos anticuados prejuicios que tienes en mi contra y que te has enfrentado a la realidad -gruñó Vaughan con impaciencia-. Existe una gran corriente de atracción entre nosotros, Carolyn. Y ya estoy harto de luchar contra ella y de que tú también lo hagas.

Carolyn se apartó de él y se irguió. La ira le dio la fuerza suficiente como para resistirse a la tentación que Vaughan representaba.

-Claro, ése es un comentario típico de Vaughan Slater. No obstante, a diferencia de tus valores morales, te diré que hay muchas chicas no tan anticuadas como yo, a quienes les intimidaría el hecho de irse a la cama con el ex amante de su madre, sin importar cuánto lo desearan.

Él la miró como si hubiera recibido un puñetazo.

-Dios mío -susurró con voz ronca. Antes de que ella pudiera impedirlo, le acunó el rostro entre las manos y la obligó a mirarlo a los ojos-. Carolyn -pronunció con firmeza-, yo nunca me acosté con tu madre. Nunca fui su amante. Vaya, ahora entiendo por qué has estado tan tensa y enfadada conmigo. Yo no sabía que pensabas.:. -su expresión se tornó sombría por la exasperación y soltó a la joven-. ¿Acaso tu madre afirmó que yo hice el amor con ella? -preguntó.

-No -tartamudeó, tratando de asimilar las increíbles consecuencias de aquella revelación-. Pero... ¿qué hay de lo que yo

vi esa noche? Estabais medio desnudos. Os estabais besando, acariciando. ¡Ni siquiera os disteis cuenta de mi presencia! Vaya, no puedes esperar que piense que no hicisteis el amor.

-Pues no lo hicimos -declaró contundente-. Te lo prometo, Carolyn. No te estoy mintiendo -se pasó los dedos por el cabello-. Demonios...

-La besaste -lo acusó, negándose a descartar la imagen negativa que se había formado de ese hombre. El hecho de que fuera un malvado la protegía contra la tentación.

-Mira, no lo entiendes -la mueca que hizo equivalió a una confesión para Carolyn-. Ese día, yo había terminado mis exámenes finales y, cuando llegué a casa Isabel había... Bueno, ella... -se interrumpió mirando a Carolyn con frustración para luego maldecir en voz baja. Después suspiró y continuó-: Supongo que debo admitir que no sé qué habría sucedido si no hubiera escuchado un portazo.

«Un portazo», se repitió Carolyn. Recordó que ella huyó de la casa y que, al hacerlo, había cerrado la puerta con fuerza.

-Creí que eras tú -explicó Vaughan-. La idea de que me sorprendieras en esa actitud con tu madre, me dejó frío... -dejó de hablar con una expresión más frustrada aún-. Isabel me aseguró que era demasiado temprano como para que tú hubieras vuelto del ballet. Yo revisé la casa y era cierto que no había nadie. De todos modos, ya no pudimos continuar. Yo nunca...

De repente, uno de los bailarines chocó contra Carolyn. Vaughan la hizo a un lado mirando con irritación al hombre que se alejó murmurando una disculpa.

-Mira, ni siquiera puedo pensar con claridad con todo este ruido. Vámonos. En mi casa podremos hablar con entera tranquilidad.

«¿Por qué no?», susurró una tentadora vocecita en el interior de la chica. «Vaughan acaba de asegurarte que no fue amante de tu madre. ¿No era ése el principal impedimento para estar a solas con él?», se preguntó.

-¿Y qué me dices del dinero de la pensión?

-¿De qué estás hablando? -la miró confundido.

-No pagaste nada durante los últimos meses que te quedaste en la casa -murmuró la chica con el corazón acelerado-. No pagaste nada. ¿Por qué?

-Sí que pagué -suspiró Vaughan muy molesto-. Ay, Carolyn, Carolyn... ¿Por qué piensas tan mal de mí? Mira, lo que pasó fue que mi padre murió ese año y, de pronto, ya no tuve dinero para completar la beca que tenía y que apenas cubría mis libros y mi manutención. Yo le dije a Isabel que ya no podía seguir pagando el

alquiler que acordamos y que tendría que buscar un lugar más barato. Ella insistió en que me quedara y le diera lo que pudiera. Así que conseguí un poco de dinero podando jardines, y le entregaba a tu madre todo lo que recibía en efectivo. No pagué por mi alojamiento con la clase de servicios que, es obvio, tú habías imaginado -concluyó con un tono de reproche.

Carolyn no sabía si sentirse avergonzada o muy contenta. Sin embargo, se había quitado un gran peso de encima.

-¿No te parece que ahora sí me merezco una disculpa? -gruñó Vaughan.

-Bueno, yo... yo...

-Me alegro de saber que yo te turbo tanto como tú a mí. Vamos, Carolyn -susurró tomándole la mano con fuerza-. Ya nos hemos torturado demasiado. Es hora de dar por terminada esta farsa.

La miró de una manera muy sensual y empezó a tirar de ella en medio de la multitud que seguía riendo y bailando. De pronto, Maddie se interpuso en su camino.

-¿A dónde crees que te llevas a Carolyn? -le preguntó Maddie.

-A mi casa -contestó Vaughan bruscamente.

-¿A tu casa?

-Sí -se molestó él-. ¿Tienes alguna objeción?

Maddie miró a Carolyn, que se había ruborizado mucho. Se dio cuenta de que su amiga respiraba agitadamente y sonrió con cierta malicia.

-No, si esta señorita no tiene...

-No tiene -insistió Vaughan.

-Puede hablar sola, ¿no crees? ¿Y bien, Carolyn? -preguntó Maddie-. ¿Quieres irte con este... cavernícola?

Carolyn se sorprendió al descubrir la ligera mirada de angustia de Maddie. Pensó que era curioso. ¿Acaso no había albergado Maddie esa intención al invitar a Vaughan a la fiesta y decirle que ella estaba allí? ¿Por qué en ese momento se preocupaba tanto si Vaughan quería llevársela para hacerle el amor con pasión?

Carolyn sintió un fuerte mareo al pensar en aquello: «hacer el amor con pasión». El ansia evitaría que ella se fuera con Vaughan a su casa.

-Sí -contestó Carolyn-. Eso es lo que quiero.

La angustia de Maddie aumentó y eso confundió aún más a Carolyn. No obstante, la mujer se limitó a encogerse de hombros, resignada ante lo inevitable.

-Bueno, pues que así sea. Sin embargo, antes de que os vayáis... -se alejó en dirección del bien provisto bar y volvió segundos más

tarde con una botella de champán fría para ofrecérsela a Carolyn-. No hay nada como el champán para animar una fiesta -rió traviesa-. Aunque se trate de una fiesta íntima -luego, se inclinó hacia delante y le susurró a Carolyn al oído-: Ten cuidado, cariño. Recuerda que esto sólo debe ser una aventura. No vayas a enamorarte de él.

Carolyn no pudo contestarle,- pues Vaughan la tomó del brazo y se la llevó.

Capítulo 9

CAROLYN estaba pensando que Maddie había criticado con demasiada dureza el hogar de Vaughan, cuando se detuvieron frente a una hermosa y antigua casa de madera. Era cierto que la pintura de color crema necesitaba una nueva mano y que los jardines estaban descuidados. Pero la casa poseía señorío y encanto; estaba encaramada en el punto más alto de un acantilado que daba al Océano Pacífico y a la playita más preciosa que Carolyn había visto en su vida.

Sin embargo, la chica abandonó esos pensamientos cuando Vaughan salió del coche para abrirle la puerta. La miró con ardor antes de ofrecerle la mano.

Ninguno de los dos había dicho nada durante el trayecto, pero a Carolyn el corazón le dio un vuelco cuando sintió que Vaughan le apretaba los dedos de una manera que la dejó electrizada.

¿Realmente sabía Carolyn lo que estaba haciendo? ¿O acaso ya nada le importaba? De alguna manera, el hecho de que Vaughan le hubiera revelado que nunca había sido amante de Isabel era lo que desataba su pasión lo que la hacía olvidar todas sus reservas en relación con ese hombre.

Ella contempló su expresión decidida y frunció el ceño al recordar la advertencia de Maddie. «¿Me enamoraré de Vaughan si hago esto?», se

preguntó con temor. «No quiero que eso suceda. No debe sucederme. Aunque él nunca hizo el amor con mi madre, ella lo amó y sufrió un colapso nervioso por su culpa. Este hombre no debe tener un lugar permanente en mi vida», se decía,

-Vamos, no pongas ese gesto de preocupación -masculló Vaughan-. No muerdo. Bueno... -su sonrisa fue muy sexy-. Muerdo muy suavemente y sólo cuando se necesita -se echó a reír al ver cómo se ruborizaba. Luego la sacó del coche y la abrazó con

fuerza-. Dios, te deseo -exclamó con un estremecimiento-. Y pensar que lo único que se interpuso entre nosotros durante todas estas semanas fue un absurdo malentendido...

Gruñó y la abrazó con más fuerza para besarla en la boca y deslizar la lengua sobre los labios de la estupefacta Carolyn. Le pareció que habían transcurrido siglos antes de que ella pudiera volver a respirar.

-Por mucho que me gustara proseguir-suspiró él-, creo que primero iré a nadar un poco. He estado trabajando todo el día... Bueno, intentando trabajar --se corrigió con una risa sensual-. Quiero sentirme fresco y limpio cuando te haga el amor, querida. Éste es un momento para la perfección, no para revolcarnos apresuradamente sobre la hierba.

Carolyn sintió un fuerte mareo al oír sus sugerentes palabras y... al recibir otro beso de Vaughan. Esa vez el beso fue mucho más suave, profundo, íntimo y turbador que el primero.

-Dime que no me negarás nada -le urgió él-. Dime que me dejarás hacerte todo lo que te he querido hacer.

Alarmada por el aterrador contenido y la intensidad de su súplica, Carolyn sólo lo miró confundida.

-Te he escandalizado -masculló con tristeza y le dio un beso más tierno-. Lo siento... me olvido de que eres muy inocente... encantadora e irritantemente inocente -sonrió a modo de disculpa, burlándose de sí mismo-. Tomaremos las cosas con más calma. No te asustes. No te haré daño. Te lo prometo. Ven... Vamos a poner el champán en hielo y después iremos juntos a nadar.

Carolyn estaba segura de que él iba a hacerle daño. Lo supo cuando la hizo entrar en la casa. La heriría emocionalmente. Ese era el precio que tendría que pagar por pasar aquella loca y gloriosa noche con Vaughan.

El interior de la casa sí estaba desordenado, tal y como Maddie había predicho. Claro que eso no le importaba a Carolyn. Ella habría estado dispuesta a entregarse a Vaughan en cualquier sitio. Estaba llena de los sentimientos que sus besos habían despertado en ella. Su corazón latía con rapidez. Todo su cuerpo estaba sensibilizado ante él.

Vaughan metió la botella de champán en hielo y luego guió a la chica hasta un dormitorio que estaba bastante ordenado. La dejó de pie junto a la enorme cama y se dirigió a una cómoda. Sin dudarlo, se quitó la camiseta y los vaqueros y los arrojó a una silla. Sacó del cajón un traje de baño blanco y, sin inmutarse, le dio la espalda a Carolyn, se quitó los calzoncillos y se puso la diminuta prenda.

Cuando se volvió, Carolyn intentó no observarlo fijamente, pues el pequeño bañador no era suficiente para cubrir su excitación.

-Sí -declaró con tono seco-. Necesito ir a nadar... Bueno, ¿qué te vas a poner tú? ¿O quieres nadar desnuda?

Carolyn dio un respingo. Después de todo, apenas eran las once de la noche del sábado. Era probable que la playa no estuviera desierta. De inmediato, Carolyn pensó en la nueva ropa íntima de encaje negro que llevaba puesta. Supuso que era bastante discreta, teniendo en cuenta el estilo de los bikinis modernos. Sin esperar a que Vaughan se ofreciera a desnudarla, ni a que su valor desapareciera, la chica se quitó el vestido rojo. Como no tenía medias, sólo se quitó los zapatos de tacón alto y ya estuvo lista para ir a nadar a la luz de la luna.

-Vaya -exclamó Vaughan recorriéndola con la mirada-. ¿Se supone que eso es para enfriar mi pasión?

-Espero que no -sonrió ella con inesperada malicia.

-Querida, ¿te das cuenta de que estás poniendo a prueba la reputación que me he hecho como amante? -sonrió él.

-¿Ah, sí? -susurró con voz ronca, sintiéndose muy sensual.

Un sendero empinado llevaba del acantilado a la caleta. Cuando llegaron a la playa, la joven descubrió que cerca de las rocas había una piscina formada por un muro de cemento que estaba abierta al mar por uno de sus lados. Un par de chicos estaban de pie en el muro, gozando de la espuma de las olas que allí se estrellaban.

Carolyn los vio lanzarse a la piscina cuando una ola demasiado grande se acercó. Y luego los chiquillos volvieron a escalar el muro con rapidez.

-¿No es un poco peligroso? -le preguntó a Vaughan.

-Un poco. La vida está llena de peligros y riesgos. Y a veces es mucho mejor enfrentarlos que huir de ellos. Esas experiencias le proporcionan a uno valor y un espíritu más fuerte.

Carolyn tembló al oír ese comentario. Comprendió que eso mismo era lo que estaba haciendo esa noche. Estaba corriendo un riesgo enorme. Vaughan era como una ola, alta y peligrosa. Envolvía a las mujeres con su poderosa atracción sexual y las transportaba durante un tiempo en la cresta de su pasión antes de estrellarlas contra las rocas y alejarse, abandonándolas.

El corazón le dio un vuelco cuando él la tomó de la cintura y la atrajo con firmeza hacia sí. Vaughan le deslizó la otra mano debajo de la nuca y la besó con ansia.

-Carolyn -gimió-, ya no puedo soportarlo más. Tendrá que ser la sesión de natación más rápida de la historia -la cogió de la mano y

tiró de ella hacia el mar.

Menos de cinco minutos después, Carolyn estaba de regreso en la habitación de Vaughan, sentada en el borde de la amplia cama. Él estaba arrodillado detrás de ella y trataba de secarle el cabello con una toalla.

-Debí sujetármelo -se quejó ella.

-Fue culpa mía -la tranquilizó. Hizo a un lado el cabello húmedo y le besó el cuello-. Pronto entrarás en calor -le prometió con un ronco susurro.

Carolyn empezó a estremecerse de manera incontrolable y Vaughan se bajó de la cama.

-Vamos, quítate esa ropa mojada y métete en la cama mientras yo voy a buscar la botella que Maddie nos regaló -le aconsejó-. No hay nada como una copa de champán para entrar en calor. Tú lo necesitas, yo no -aclaró.

Vaughan volvió, abrió la botella y llenó dos copas. Carolyn ya estaba desnuda bajo las sábanas, y él la miró con detenimiento. La chica estaba sentada entre las almohadas y se cubría los senos con la sábana. Al ver que estaba asustada, Vaughan frunció el ceño; luego contempló la forma en que su cabello rubio, ya casi seco, se extendía sobre sus hombros. Suspiró de frustración mientras le tendía una copa. Ella la tomó con dedos temblorosos y trató de no mirar fijamente el cuerpo casi desnudo de Vaughan.

Sin embargo, la intimidad del dormitorio y el hecho de saber lo que estaba a punto de suceder en esa cama produjo una respuesta opuesta en ella. Se sentía excitada y atemorizada al mismo tiempo. Ansiaba que él empezara a hacerle el amor y, a la vez, estaba aterrada por las consecuencias emocionales y físicas que podrían derivarse.

-Vamos a brindar-sugirió Vaughan-. Brindo por... ¿el amor?

La joven bajó la vista mientras se preguntaba por qué brindaba Vaughan por el amor. No esperaba que ella le dijera que lo amaba, ¿o sí...?

Entonces comprendió. Tal vez eso era lo que Vaughan siempre hacía con las mujeres; hacía comentarios ambiguos, daba motivos a sus amantes de turno para creer que estaba enamorado de ellas, sin decirlo de una manera explícita. Quizás él necesitaba sentir una cercanía momentánea para poder disfrutar del sexo. Pero cuando saciaba su deseo, ya no hablaba de amor. Y eso debía confundir mucho a una mujer enamorada, podría destrozarle el corazón... como a Isabel. Carolyn se dio cuenta de que Vaughan no quería herir a las mujeres, pero eso era precisamente lo que hacía.

Lo miró y tomó una decisión. Sólo por esa vez, sólo por esa noche, seguiría las reglas del juego. Y, al día siguiente...

-Por el amor -brindó sonriente. Bebió un sorbo de champán, pero la mano le temblaba tanto que parte del burbujeante líquido le cayó en la barbilla y en el pecho. Carolyn se ruborizó de vergüenza-. Ay, Dios mío, soy tan tonta... -trató de limpiarlo con la sábana, pero derramó más champán, que le cayó sobre la piel y se deslizó entra sus senos. La joven gimió y dejó caer la sábana, desnudándose ante los ojos de Vaughan.

Con suavidad Vaughan depositó las dos copas sobre la mesa de noche, luego le cogió las dos manos y la empujó con tierna firmeza, contra las almohadas.

-No estés tan nerviosa -murmuró y la besó-. En un instante te secaré... -sin soltarle las manos inclinó la cabeza y empezó a lamerle la piel húmeda.

Carolyn se quedó boquiabierta y casi dejó de respirar. Sintió que su cuerpo respondía a esas caricias. Sus senos se hincharon y los pezones se le endurecieron. Intentó liberar sus manos, pero Vaughan no se lo permitió. Entrelazó los dedos con los de Carolyn y siguió sometiendo su cuerpo a aquellas eróticas caricias.

Vaughan le besó los excitados pezones antes de lamerlos. Carolyn se estremeció por las sensaciones que la recorrían, pero su respuesta no estaba en sus senos. El deseo que la embargaba se concentraba en su vientre, para luego dirigirse como un río de lava hacia sus muslos. No tardó en empezar a agitarse. Quería mover las piernas, las caderas, la espalda. Quería arquearse, acercarse a Vaughan, apretarse contra él.

Por fin, Carolyn gimió de frustración. Deseaba a Vaughan, pero ansiaba más, deseaba tener su amor.

Anhelaba que él la abrazara y le dijera que la quería tanto como ella a él.

Carolyn gruñó, negando lo que acababa de pensar. «No puedo haberme enamorado de él, no es posible», repitió para sus adentros. Pero luego pensó que evidentemente, se había enamorado... profunda y desesperadamente. Una vez más trató de separarse de él; entonces Vaughan la miró con ira y pasión.

-Basta -exclamó. Agarrándole las muñecas, la hizo asir uno de los barrotes de metal de la cabecera-. Esto es lo que quieres -le reprochó con voz ronca-. Lo que necesitas. Y lo que los dos deseamos. Ya no hay marcha atrás, Carolyn. Ya no podemos detenernos, ni huir. Voy a hacer mío cada centímetro de tu hermoso cuerpo. Así que deja de luchar contra mí, amor mío. Es inútil. Eres

mi esclava, al igual que yo soy tu esclavo.

Y, emitiendo un gemido gutural, volvió a besar y acariciar el cuerpo de Carolyn. La joven se mordió el labio ante el placer que Vaughan le provocaba. Apretó el barrote con fuerza cuando sintió que él recorría una vez más su cuerpo con las manos y en ese momento hacia abajo. Seguro que él no iba a... a...

Cuando Vaughan comenzó a besarla más abajo del ombligo, Carolyn contrajo todos los músculos. Abrió los labios para protestar, pero no lo hizo cuando él, por fin, llegó a su destino. No protestó en absoluto; sólo suspiró de éxtasis.

-Sí -gimió-. Sí...

Carolyn habría soportado con gusto esa exquisita tortura de no ser porque los dedos expertos de Vaughan se unieron a la tarea. Empezó a explorar de manera más íntima el sexo de la joven y las cosas cambiaron. Aunque era algo muy excitante, cada nueva exploración tensaba más a Carolyn y el placer que experimentaba ya no resultó suficiente.

-¡Vaughan! -gritó al fin.

Él se detuvo y la miró jadeante.

-Carolyn -se estremeció-. Lo siento, pero tengo que hacer algo... No tardaré, amor mío... -le sonrió con ternura, conmoviéndola. La joven pensó que tal vez no la amaba, pero sí se preocupaba por ella.
- No tardó más que unos cuantos segundos. Vaughan volvió, y su cuerpo aún estaba emocionantemente excitado. Se acostó junto a ella y empezó a acariciarla, haciéndola jadear una vez más antes de fusionar su deseo al de ella, con infinita delicadeza. Vaughan gimió cuando Carolyn lo aceptó con facilidad y ansia.

La joven no pudo contener su exclamación de asombro. No había sentido dolor, ni siquiera incomodidad. Tan sólo la embargaba el más dulce de los placeres, una vez que el cuerpo de Vaughan ya estaba unido al de ella. La emoción la invadió, así como una sensación de alivio y de perplejidad. ¿Cómo había podido imaginar alguna vez que simplemente deseaba físicamente a ese hombre?

Lo abrazó y le acarició la espalda, apretándolo con fuerza y amor.

-Ay, Vaughan -gimió y tragó saliva. Quería reír y llorar; quería moverse contra su dureza y no obstante se quedaba quieta para saborear esa perfecta unión.

-Sí -susurró él-. Yo también lo siento. Y no quiero que termine nunca -se apoyó sobre los codos y empezó a besarle los senos, los hombros, el cuello, la boca. Y, mientras lo hacía, se mantenía

quieto.

Sin embargo, Carolyn no quiso que él permaneciera inmóvil. Cuando volvió a besarla, ella lo abrazó, le arañó la espalda y alzó las caderas incitándolo. Vaughan gruñó y la besó en la boca con pasión. Por fin, él empezó a moverse de igual manera.

Carolyn empezó a elevarse, a sentir una intensa pasión física, un placer que no aceptaba inhibiciones ni timidez alguna. Lo rodeó con las piernas y gimió de deseo. Vaughan se acopló a su ritmo, abrazándola con fuerza.

Por un segundo, Carolyn sintió que estaba suspendida en el aire. Luego fue como si cayera de la cima en una cascada de sensaciones que la sobrecogió por completo. Era una experiencia imposible de capturar con la memoria, o de describir con palabras. Contuvo el aliento y luego emitió sensuales exclamaciones y suspiros. Se arqueó contra Vaughan, urgiéndolo a desahogarse.

Cuando así fue, Carolyn se quedó atónita, pues creyó que el placer que acababa de experimentar ya no podía ser superado. Pero nada podía eclipsar la satisfacción física y emocional que experimentó al sentir que Vaughan también llegaba a un intenso clímax. Se emocionó al sentir sus estremecimientos y jadeos, al ver cómo hundía la cara en su cabello. Juntos suspiraron, contentos y agotados. Y no, se movieron en mucho tiempo.

-Creo que nunca más volveré a moverme -susurró adormilada cuando Vaughan regresó del baño. Le acarició el musculoso pecho y sonrió con expresión soñadora.

—Claro que lo harás -le besó los dedos, uno por uno-. Voy a excitarte durante toda la noche... Pero primero dormiremos un poco...

Cuando amaneció, Carolyn reconoció que no había dormido mucho, aunque Vaughan finalmente había sucumbido al cansancio y en ese momento dormía junto a ella. Suspiró, lo miró y recordó cómo la había hecho experimentar aquel exquisito desahogo físico que cada vez había sido más intenso. Había aprendido lo que era hacer el amor con un hombre, darle placer y recibirlo al mismo tiempo, sin reservas, sin sentir vergüenza, sólo amor.

Al pensar en ello, se entristeció. Por supuesto, se dijo, Vaughan realmente no la había amado. Para él sólo había sido sexo, deseo. Se dio cuenta de que para Vaughan todas las mujeres eran iguales y de que él sólo la había deseado más a ella porque se le había resistido durante bastante tiempo. O quizás porque ella era mucho menos experimentada que el resto de las amantes a las que estaba acostumbrado, y su inocencia había constituido un reto para él.

Carolyn se dijo que en ese momento ya había perdido toda su inocencia. Se la había entregado por completo a ese hombre, física y emocionalmente. No sabía cómo había podido contenerse y no decirle que lo amaba. Por fortuna, había podido controlarse y en ese momento podía terminar con su propósito. ¡Y cuanto antes, mejor! Carolyn reunió todo su valor y se sentó en la cama, sin mucha consideración hacia Vaughan, que se fue despertando poco a poco.

-¿A dónde vas? -preguntó él, somnoliento.

-Al baño -replicó con tono cortante-. Cuando termine de vestirme, te agradeceré que me lleves a casa de Maddie.

-¿Qué? -la tomó de los hombros y la hizo volverse-. ¿Por qué? Maddie estará durmiendo la mayor parte del día. Yo creí que podríamos pasar el fin de semana juntos. Pensé... Demonios, ¿qué te pasa? Disfrutaste anoche, ¿no?

Carolyn tragó saliva. Le resultaba muy difícil, pero tenía que hacerlo. ¿Cómo podría presentar a Vaughan a Isabel y decirle que era su amante, aunque eso sólo fuera algo temporal? Era imposible, sería demasiado cruel. Debía terminar, de una vez por todas, con esa relación.

-Claro que me gustó -susurró con amargura-. Demasiado -se apartó y se puso de pie, tirando de la sábana para cubrirse. Por desgracia, esa sábana también cubría el cuerpo de Vaughan y lo que menos necesitaba en ese momento era ver su desnudez.

-¿Demasiado? -preguntó incrédulo-. ¿Cómo te puede gustar demasiado el sexo?

El hecho de que él dijera «sexo» y no «hacer el amor» estremeció a la joven, pero también le dio valor para continuar:

-Bueno -intentó que no le temblara la voz al contestar-, creo que una aventura de una noche es más fácil de olvidar si no la disfrutas tanto.

-¿Una aventura de una noche? -la miró con ira-. ¿Así llamas a lo que sucedió entre nosotros?

-¿Y qué otra cosa puede ser? -lo desafió, a pesar de que se sentía desgarrada por dentro.

-¿Qué? -la miró con firmeza y rió sin diversión-. Entonces, ¿debo suponer que esta noche no habrá una repetición de lo de ayer?

-Así es. Vamos, Vaughan, ¿por qué te escandalizas tanto? Tú y yo sabemos que lo único que había entre nosotros era una atracción física.

-¿Había? -preguntó levantando una ceja.

-Bueno, creo que anoche hicimos todo lo que estuvo a nuestro alcance para apagar la mutua pasión, ¿no te parece? Estoy rendida.

-A ver si lo entiendo bien... -se puso de pie, desnudo, perturbador-. ¿Quieres que me crea que una chica que desprecia las aventuras, que me insultó por utilizar a las mujeres sin sentir nada por ellas, es la misma que acaba de entregarme su inocencia sin estar enamorada? ¿Sólo estabas satisfaciendo tu curiosidad, por decirlo de alguna manera? -Carolyn se tensó al oír eso-. Contéstame, maldita sea -la tomó de los hombros y la sacudió.

-Sí -gimió.

-Mentirosa -la soltó frustrado-. Demonios, no soy ningún tonto, Carolyn. Ahora te conozco muy bien y sé cómo piensas, cuáles son tus valores, qué clase de persona eres. Tus sentimientos son muy profundos. Y tus escrúpulos también. No has conservado tu virginidad durante tantos años para perderla como si no fuera algo importante para ti. Tú me amas. ¿Por qué no quieres confesarlo? ¿cuál es la razón real por la que te estás comportando así? ¿Acaso todo esto se debe aún a tu estúpida madre?

-Tú eres el estúpido -se irritó-. Una chica virgen puede sentir tanto deseo como cualquier mujer. Tal vez más, puesto que la virginidad es un estado muy poco natural, para una mujer sana de veinticuatro años. Si quieres que te halague, Vaughan, te diré que eres muy sexy, un seductor increíble. Incluso Maddie se dio cuenta de que simplemente era cuestión de tiempo que yo terminara acostándome contingo. Estoy segura de que fue por eso por lo que ayer te llamó y te dijo que yo iría a su fiesta. Tal vez creyó que, cuanto antes sucediera, sería mejor.

-Pues para tu información, Maddie no me llamó.

-¿No? -preguntó asombrada-. Pero anoche dijiste... es decir...

-Yo no sabía que te quedarías para la fiesta -ella lo miró sin entender-. Ayer, por la tarde, fui a ver a Maddie. Como ella no abrió la puerta principal, entonces yo... Bueno, yo... -se detuvo incómodo, frustrado.

En ese momento Carolyn lo entendió todo.

-Entonces rodeaste la casa y viste por la ventana que Maddie me estaba pintando -pronunció con amargura. Te quedaste a mirar, ¿verdad? Y verme desnuda te excitó, ¿no es cierto? Por eso fuiste a la fiesta, sólo para satisfacer tu curiosidad -lo miró con rabia-. Y todavía te atreves a exigirme que yo santifique mi primera relación sexual con sentimientos profundos; tú, que lo único que sientes por una mujer es deseo y nada más -lo miró airada-. Créeme cuando te digo que no sólo no te amo, sino que te desprecio, Vaughan Slater. Te desprecio casi tanto como me desprecio a mí misma, por haber permitido que me tocaras.

Él la miró tenso, sombrío. Eso impresionó mucho a Carolyn, pues estaba acostumbrada a adivinar las emociones de Vaughan al mirarlo a los ojos. Pero en ese momento su mirada era inexpresiva y fría. Asustada, retrocedió y tropezó con la sábana.

-¿Ah, sí? -preguntó con voz helada-. Qué lástima. Yo esperaba realmente una repetición de lo sucedido. No obstante, tienes razón, Carolyn. Eso fue lo que sucedió. Te vi acostada desnuda y te deseé. Me fui, pero no pude dejar de imaginar tu delicado y voluptuoso cuerpo. Así que decidí que tenía que poseerte a toda costa. Fui a la fiesta, decidido a acostarme contigo, decidido a hacer lo que fuera para que sucumbieras al deseo que alguna vez confesaste sentir por mí. Y lo logré, ¿verdad? -su sonrisa la dejó paralizada. Él apretó la mandíbula-. Ahora, vístete y lárgate de una vez.

Carolyn palideció. Recordaba aquel día en que Vaughan la miró y prometió: «Un día, Carolyn, un día...».

El timbre del teléfono interrumpió el silencio. Vaughan la miró con frialdad y dureza antes de salir de le habitación para ir a contestar. Carolyn se decía que era mejor que todo hubiera terminado de esa forma, pero no podía olvidar que, mientras ella se había entregado a Vaughan por amor, él simplemente había conquistado una victoria más. Se sentía utilizada, avergonzada.

No obstante, se vistió con rapidez y salió del dormitorio. Por desgracia, para salir de la casa tenía que pasar por la sala. Vaughan, aún desnudo, estaba allí; estaba escuchando por el auricular con tal expresión de horror y pesadumbre que Carolyn se detuvo.

-Oh, no -gimió él-. Oh, Jesse... ¿Por qué ahora, cuando todo le estaba saliendo bien...? Mi madre, pobrecita... Sí... Ahora mismo salgo para allí... No... No te preocupes... Yo me haré cargo de todo... Te veré esta noche... Adiós.

Carolyn adivinó lo que había sucedido. La madre de Vaughan había muerto. Él colgó el auricular con una expresión de profundo abatimiento, y la chica deseó intensamente acercarse a él. Ya no podía pensar; lo único que deseaba era consolar al hombre al que amaba. Se le acercó lentamente y le puso una mano en el hombro con un gesto de ternura.

-Vaughan... ¿puedo hacer algo por ti?

Carolyn se tambaleó cuando él se volvió y la miró. Nunca había visto tanto dolor en los ojos de una persona.

-Sí... Vete. Márchate y déjame solo.

Capítulo 10

ASÍ que te fuiste -suspiró Maddie.

-Sí -Carolyn rompió a llorar de nuevo y Maddie le dio otro pañuelo-. No quería hacerlo -sollozó-, pero cuando intenté decirle algo, me miró... de una manera tan horrible que... eché a correr.

-¿Hasta Thirroul?

-No... Vaughan me siguió en el coche.

-¿De verdad?

-Me obligó a subir al coche y luego me trajo hasta aquí -se limpió la nariz-. El trayecto fue silencioso y horrible.

-Me lo puedo imaginar -suspiró Maddie-. ¿Estás segura de que su madre murió? Podrías estar equivocada...

-No lo creo -negó con la cabeza.

-Yo tampoco creo que lo estés.

-Nunca... se me ocurrió pensar que Vaughan tuviera familia -suspiró Carolyn-. Supongo que en realidad no lo conozco bien, a pesar de todo.

-Carolyn -dijo Maddie con firmeza-, creo que ya es hora de que me cuentes lo que ha sucedido entre tú y Vaughan. Y no me refiero a lo que pasó ayer por la noche. Eso está muy claro. Él te hizo el amor de una manera maravillosa y estás loca por él. Lo que quiero saber es por qué estás tan triste por eso y por qué no puedes seguir con Vaughan, aunque él no te ame y no quiera casarse contigo. Eso es algo que no habría podido decirte de antemano. Algunos hombres se casan y otros no. Pero cuéntame de una vez la verdad y ya veremos qué solución se nos ocurre.

Maddie no pudo encontrar ninguna solución. Cuando se enteró de que Vaughan estivo a punto de convertirse en el amante de la madre de Carolyn, y de que la pobre Isabel sufrió un colapso nervioso por su culpa, se dio por vencida.

-Qué lío.

-Sí -asintió Carolyn, exasperada.

-Tendremos que mantener a Vaughan alejado de tu madre, ¿verdad?

-Así es.

-Ella se quedó destrozada por lo sucedido. ¿Cuántas mujeres sufrirán la alucinación de haber hecho el amor con un hombre, aunque eso no fuera cierto? Sé que yo no podría, aunque suponga, que todas somos distintas. Imagino que tu madre es una mujer frágil y muy sencilla, que se impresiona con mucha facilidad.

-Bueno, de hecho, no... -frunció el ceño-. Antes de ese día, mi madre siempre fue una mujer muy fuerte.

-¿De verdad?

-Sí... Carolyn se sintió incómoda. Se preguntó si acaso Vaughan le habría mentido al decirle que no había hecho el amor con Isabel para así poder hacerlo con ella. Él mismo le había confesado que había ido a la fiesta dispuesto a todo con tal de hacerla suya...

-Santo Dios, ¿qué estás pensando, Carolyn? Te has puesto blanca como la cera.

-Maddie, ¿crees que Vaughan es un hombre malo?

-Claro que no -Maddie se quedó asombrada por su pregunta-. Te aseguro que no lo es.

-Espero que tengas razón. Si no la tienes, entonces no sé qué será de mí.

-Yo te diré lo que será de tu vida -declaró Maddie-. No va a pasarte nada. Seguirás adelante sin sentir lástima por ti misma y sin recriminarte nada. Vas a considerar lo que ocurrió anoche como una valiosa experiencia y la próxima vez que te enamores, lo harás de un hombre que sepa corresponder a tu amor. Bueno, vamos a desayunar. Tenemos que hacer planes para que te vengas a vivir a Wollongong -Carolyn soltó una exclamación de asombro-. ¿Qué te pasa ahora? -le preguntó Maddie, impaciente.

-Todavía no le he dicho a Vaughan que me mudaré a la casa de Julian. Yo... nosotros...

-No tienes que explicarme nada -suspiró Maddie muy expresiva-. Créeme, me hago a la idea. Mira, no te preocupes por nada. Yo se lo diré a Vaughan, le pediré las llaves y cualquier otra cosa que necesites. No tendrás que volver a verlo. Wdllongong es una ciudad muy grande. Y yo inventaré un nombre falso para Vaughan para cuando tu madre vuelva dentro de tres semanas. Si tu madre insiste en conocerlo, le diremos que está de viaje o cualquier otra cosa. Esperemos que mientras tanto Julian no le revele la identidad del arquitecto. Y, a propósito, ¿qué historia le vas a contar a tu padrastro?

-No lo sé -respondió la joven, deprimida.

-Ya pensaré en algo -le dijo Maddie con tono consolador.

Los siguientes días fueron muy ajetreados para Carolyn, pues tuvo que limpiar el apartamento, hacer su equipaje y resolver todos los trámites relacionados con el cambio de domicilio. Tuvo ye avisar a la compañía de seguros y al servicio de correos. Todo eso le

tomó mucho tiempo, de lo cual se sintió agradecida.

Tanta actividad la cansaba mucho, por lo que caía rendida en la cama por las noches. No tenía mucho tiempo para pensar en Vaughan. Sólo una vez lloró, y lo hizo más por simpatía hacia él que por amargura o pena por sí misma. Maddie descubrió que efectivamente la madre de Vaughan había muerto y le contó a Carolyn que él estaba más callado y taciturno que de costumbre.

Así que Carolyn lloró por Vaughan, debido a la tristeza que debía de sentir.

Por fortuna, la madre de Carolyn estaba muy contenta en su luna de miel en la Riviera francesa. La joven continuó recibiendo más postales en las que su madre no le mencionaba a Vaughan y en las que resultaba evidente que estaba muy contenta con su nuevo marido. En cuanto a Julian, estaba más enamorado que nunca de Isabel y eso tranquilizó a Carolyn, a pesar de que no se atrevía a pensar en la reacción de su padrastro cuando se enterara de que en una ocasión su mujer había perdido la cabeza por el joven y atractivo arquitecto...

El jueves, una semana antes de que Isabel y Julian volvieran, todos los muebles llegaron a la casa. Al día siguiente, Carolyn desocupó el apartamento de Ashfield. Había vendido todos los muebles, así como su viejo coche y durante los últimos días había vivido sólo con lo indispensable, pues ya todas sus cosas estaban en la casa de Wollongong.

Por fin metió sus últimas pertenencias en el lujoso vehículo de Julian. A pesar de todo, estaba muy emocionada por irse a vivir a una casa tan hermosa.

Maddie, con su acostumbrada eficiencia y con todo el dinero que le había dado Julian, ya había provisto la casa de toda clase de electrodomésticos, enseres, ropa de cama, toallas y otros artículos. Así que Carolyn sólo necesitaba ir a comprar comida.

Ni siquiera se le ocurrió que podría encontrarse con Vaughan. ¿No le había dicho Maddie que Wollongong era una ciudad muy grande? Pues al parecer, no lo era.

Ese día Carolyn se dirigió a un centro comercial. De pronto vio a Vaughan sentado en una cafetería, muy elegante y formal con su traje oscuro y su camisa blanca.

En ese instante, se detuvo; Vaughan no estaba solo. Anthea Maxwell lo acompañaba. La joven mujer lo cogió de la mano con mucha intimidad para susurrarle algo, y Vaughan asintió sonriendo con diversión.

Una sensación de inmensa tristeza se apodero de Carolyn.

Evidentemente, Vaughan no necesitaba que ella sufriera por él.

Pero él debió de sentir la presencia de Carolyn, pues, de pronto se volvió y sus miradas se encontraron. Entonces dejó de sonreír.

Anthea Maxwell también vio a Carolyn y sonrió con mucha malicia: La chica no vio más pues echó a correr, olvidándose de sus compras.

Eso ya no tenía importancia para ella; de todos modos, no pudo comer nada esa noche. Se sentó en el balcón principal de la casa, tomando una copa de whisky y mirando los barcos que, a lo lejos, se dirigían al puerto de Kembla. Y cuando se cansó de observarlos entró en la casa, se bañó, se puso el camisón de seda azul que su madre le había regalado para Navidad y se acostó en uno de los sofás para ver la televisión, sintiéndose levemente mareada.

A pesar de que era un programa divertido, Carolyn no pudo concentrarse en lo que veía. No dejaba de preguntarse si Vaughan aún se encontraría en compañía de aquella horrible mujer, si le estaría haciendo el amor en ese mismo momento.

El timbre del teléfono interrumpió sus deprimentes pensamientos. Pensó que debía de ser Maddie, pues sólo ella sabía el nuevo número telefónico de la casa. Se puso de pie con dificultad y se sentó para levantar el auricular. Sus torpes movimientos la hicieron darse cuenta de que no había sido prudente tomar alcohol con el estómago vacío.

-Hola, Maddie. ¿qué sucede? -contestó..

-No soy Maddie -repuso la varonil voz de Vaughan-. Y lo único que sucede es que mi presión arterial está muy alta.

Carolyn tuvo que hacer un esfuerzo para no perder la compostura y controlar su resentimiento. ¿Por qué la llamaba Vaughan y le decía esas cosas? No obstante, intuyó que no estaba con Anthea Maxwell y el corazón le dio un vuelco de alegría.

-¿Qué es lo que quieres, Vaughan? -preguntó con tono cortante, furiosa consigo misma por permitir que ése hombre siguiera conmocionándola de esa forma.

-Quiero verte y hablar contigo.

-Claro que no -se estremeció-. Que yo recuerde, dijiste que no querías volver a verme nunca más.

-Pues he cambiado de opinión -dijo frustrado, dando un puñetazo en alguna mesa.

-¿Y qué te ha hecho cambiar de parecer? ¿Acaso, después de todo, tu vieja amiga Anthea no ha querido pasar esta noche contigo?

-No seas así, Carolyn -suspiró cansado, y eso la conmovió

mucho-. Mira, te pido perdón por haber dicho eso. Perdóname por decir tantas cosas. Voy a ir a verte. Necesito hablar contigo.

Carolyn no podía creer que Vaughan fuera tan descarado. ¿Realmente confiaba en que ella lo dejaría entrar en su casa?

-¿Hablar, Vaughan? -rió con amargura-. ¿Desde cuándo sólo quieres hablar con una mujer? Por supuesto, no tengo por qué ser tan cínica contigo -dijo con tono irónico-, de modo, que, si quieres hablar, hazlo ahora mismo... por teléfono.

-Qué difícil eres, Carolyn. Está bien -confesó-. No sólo quiero hablar contigo. También deseo acostarme contigo. Lo reconozco. Pero no sólo quiero sexo, Carolyn -su voz vibró con una pasión muy seductora-. Te deseo a ti. No a Anthea Maxwell ni a ninguna otra mujer. Sólo a ti...

-No-no digas eso -tartamudeó y empezó a temblar sin poder controlarse.

-¿Por qué no? Es la verdad. Te deseo tanto que ya ni siquiera puedo pensar con claridad. Mi trabajo se va a venir abajo, al igual que yo. Creí que podría olvidarte, que sólo sería cuestión de tiempo. No obstante, cuando volví a verte, hoy mismo, todo empezó de nuevo. No puedo escapar de esto, ahora me doy cuenta de ello. Te deseo. Y sé que tú también me deseas. Lo supe al mirarte a los ojos, al escuchar tu voz esa noche. Tienes celos de Anthea, pero no tienes ningún motivo para ello. No la he tocado desde que te conocí.

-No te creo.

-Te entiendo. Es por eso por lo que primero quiero hablar contigo y pedirte disculpas por todas esas tonterías que te dije. Quiero demostrarte que te deseo con locura.

Carolyn hizo un gran esfuerzo para no emocionarse con esas palabras, intentó no imaginar cómo sería estar de nuevo en brazos de Vaughan.

-No... mantente alejado de mí.

-No lo haré. Voy a ir a verte... ahora mismo.

Carolyn se exasperó. Una vez más, la tentación de ceder a la pasión fue demasiado fuerte.

-No, Vaughan. Por favor, no. No te dejaré entrar -concluyó levantando la voz.

-Creo que no entiendes lo que sucede, Carolyn -declaró-. Puedo ser muy tenaz cuando quiero. Te deseo y tú me deseas. Estamos hechos el uno para el otro. No voy a permitir que nada se interponga entre nosotros... y menos tu exceso de protección y preocupación por tu madre -Vaughan rió frustrado-. Sí, comprendo muy bien lo que te hace rechazarme, pero ya es hora de que

crezcas, querida. La vida está llena de errores que cometemos, pero uno no debe dejar que eso le estropee la existencia. Tenemos que enfrentarnos a las equivocaciones y seguir adelante, y no escondernos y huir. En esta vida no hay nada seguro, Carolyn. La vida está llena de peligros y de riesgos. Yo también hice lo que tú y huí como un cobarde. Pero ahora pienso enfrentarme a la situación, sin importar lo difícil que sea. Iré a buscarte, Carolyn. Y nada va a detenerme.

Capítulo 11

CAROLYN contempló el auricular, recordando las sorprendentes y apasionadas palabras de Vauthan. Calculó que él estaría en la casa en quince minutos.

Colgó el teléfono y se volvió, preguntándose qué podía hacer. Decidió que iría a la casa de Maddie y se recogió el vuelo del largo camisón para subir corriendo las escaleras. Debía vestirse, encontrar las llaves, cerrar la casa e ir a casa de Maddie antes de que llegara Vaughan.

Se detuvo en el rellano. No, Vaughan iría a buscarla á la casa de Maddie cuando no la encontrara. Además, Maddie seguramente era quien le había dado el número telefónico a Vaughan. La joven se dijo que no podría confiar en ella.

Gimió de angustia; no podía ir a ninguna parte. Dar vueltas en el coche era una, idea absurda y peligrosa, pues había ingerido bastante alcohol. Y precisamente por eso mismo no podía enfrentarse a Vaughan esa noche. Se encontraba demasiado débil y sensible. Al día siguiente lo llamaría a la oficina, lo vería y trataría de explicarle por qué no podía mantener una aventura con él. No se trataba de huir de los riesgos, sino de hacer lo que era éticamente correcto: no comportarse de forma egoísta y no hacer sufrir a una persona inocente.

No sabía qué hacer. Sabía que Vaughan no sería sensato. Se había mostrado tan vehemente por teléfono... Carolyn sabía que algunos hombres podían obsesionarse con una mujer, pero ella jamás había esperado algo semejante de Vaughan.

Sin embargo, a pesar de todo, le emocionaba saber que Vaughan no podía controlar su pasión. Pero también la asustaba que él estuviera decidido a todo. No pudo dejar de pensar en lo que podía hacerle si lo dejaba entrar.

Carolyn tomó una decisión. En vez de huir a su dormitorio, comprobó que todas las puertas estuvieran cerradas y que nadie pudiera entrar en la casa, y luego respiró más tranquila. Vaughan había diseñado la casa para que fuera virtualmente inexpugnable. Un intruso tendría que utilizar una excavadora para poder penetrar por la puerta principal. Era la única entrada.

Volvió a la sala, angustiada, Se preguntó cuánto tiempo habría pasado desde que Vaughan la llamó por teléfono. Recordó que había dejado su reloj en uno de los baños del piso inferior. Decidió ir a la cocina y vio, en el reloj del horno microondas, que eran las

siete y veinte. Todavía ignoraba el lapso de tiempo transcurrido desde la llamada de Vaughan.

Después de un momento, Carolyn dejó de prestar atención para ver si podía oír la llegada del coche de Vaughan. Pero los muros eran muy gruesos y toda la casa estaba reforzada para tener calma e intimidad.

La joven se tensó. Volvió a la sala, se sentó en el sofá y volvió a encender la televisión. Pero seguía nerviosa, esperando oír la voz de Vaughan exigiendo que lo dejara entrar. No sabía si tendría la fuerza suficiente para dejarlo fuera.

Tomó el mando a distancia y cambió de canal para ver las noticias. Aspiró profundamente y estaba a punto de recostarse en el sofá, cuando un estrépito la hizo levantarse de un salto.

-Dios mío -exclamó incrédula.

Al parecer, su decidido admirador había subido a la casa por medio de una cuerda. Pero eso resultaba casi imposible; no había forma de llegar al balcón escalando desde abajo. La única manera de entrar era balanceándose sobre el vacío con una cuerda y luego acceder al balcón. Se dijo que eso era lo que debía de haber hecho Vaughan cuando lo vio entrar en la sala.

-Veo que aún no estoy preparado para hacer de James Bond -comentó él mientras se sacudía el polvo de la ropa.

Sin embargo, Carolyn pensó que sí estaba preparado para ello por entrar de una manera tan peligrosa en la casa. Él la recorrió con la mirada. Carolyn sabía que la seda del amplio camisón se amoldaba a su cuerpo y empezó a jadear cuando Vaughan contempló sus senos. La joven se excitó bajo ese escrutinio y sus pezones se endurecieron. «Es inútil», se dijo exasperada. «Si me toca, estaré perdida».

Él se acercó decidido, ansioso. Ella permaneció inmóvil, impresionada, atemorizada.

-Me alegro de que te hayas vestido para la ocasión -susurró y le rodeó la cintura con un brazo para atraerla lentamente hacia sí.

Carolyn no pudo decir nada. Sin poder evitarlo echó la cabeza hacia atrás, esperando a que la besara. Sabía que no podría detenerlo.

Pero él no la besó... todavía. Le pasó el otro brazo debajo de los muslos, la levantó en vilo y, entonces, la besó.

-Confiesa que aún me deseas -exigió después de besarla con ansia.

-Yo... yo...

-No importa. Tu cuerpo ya me ha dicho todo, lo que necesito

saber -empezó a caminar con ella en brazos-. Todo está bien -sonrió-. No tienes que señalarme el camino. Sé dónde están los dormitorios. Yo mismo los diseñé.

Carolyn tragó saliva y cerró los ojos mientras él descendía un piso más. Su mente y su corazón eran un tumulto de emociones.

-A propósito -comentó, abriendo la puerta de la habitación de los invitados-, mientras me balanceaba en el vacío, hace un momento, con la posibilidad de morir si fallaba en mi intento por acceder al balcón, se me ocurrió que no te había dicho una cosa -Carolyn abrió los ojos y él la miró intensamente-. Te amo -susurró y entró en la habitación.

Carolyn se despertó, al sentir una vez más las caricias de Vaughan. Él deslizó sus largos dedos por entre los muslos de la chica, volviendo a seducirla como un experto.

-No -protestó ella-. Por favor...

Vaughan la ignoró por completo y continuó acariciándola, hasta que el movimiento de las caderas de Carolyn le hizo saber que ya estaba lista. Entonces, la cubrió rápidamente con su cuerpo y volvió a hacerla suya.

La joven se estremeció, gimió y se ahogó de nuevo en la sensualidad de Vaughan. Cuando él se detuvo de repente, ella abrió los ojos y lo miró con frustración.

-Dime que tú también me amas -le urgió-. Quiero que me lo digas.

-No -jadeó, con el corazón acelerado-. No...

Él masculló algo y volvió a retomar el ritmo lento, llevando a la joven hacia el instante en que su voluntad dejaría de existir, hacia el momento en que los dos estarían a punto de saborear el éxtasis.

En ese momento crucial, Vaughan se detuvo nuevamente. Carolyn gimió, le hundió las uñas en la espalda y lo urgió a que continuara.

-Maldición, dime que me amas -exigió inmovilizándola y la besó en la boca, de forma salvaje-. Dilo -gimió al separarse-. Por el amor de Dios, dilo sólo por esta vez.

Ella se quedó conmovida por la desesperación de su voz, más que por el violento beso o por su propia satisfacción sexual.

-Te amo -susurró con voz ronca-. Siempre te he amado.

Él se estremeció de tal manera que Carolyn se dio cuenta de que él había esperado durante mucho tiempo escuchar esas dos palabras. «De verdad me ama», pensó, aunque era algo que todavía le costaba trabajo creer.

No obstante, cuando Vaughan volvió a hacerle el amor con

fervor, todo perdió importancia para ella. Eran dos personas que se unían de un modo tan febril, que incluso respirar era una penosa tarea. El ambiente se electrizó; era un amor primitivo, apasionado, doloroso y posesivo.

Vaughan la abrazó como si no soportara estar alejado ni un milímetro de Carolyn. Poco a poco, fueron recuperándose.

-Vamos a casarnos cuanto antes -le dijo Vaughan, sin separarse de ella todavía.

La alegría de Carolyn fue sustituida por las dudas. ¿Podrían ser felices los dos? ¿Cómo podría resolverse lo sucedido con Isabel?

-Vaya, no me lo puedo creer-exclamó al advertir su confusión-. De nuevo estás preocupada por tu madre, ¿verdad?

Carolyn sintió deseos de llorar. El pasado volvía a interponerse entre ambos.

-Ella no puede estar enamorada de mí- murmuró enfadado-. Dudo que alguna vez lo haya estado.

-Créeme que lo estuvo, Vaughan -sollozó Carolyn al darse cuenta de que él era tan ignorante de su propio magnetismo, que hechizaba a cualquier mujer sin proponérselo. Tampoco sabía que en ese momento Isabel era una mujer extremadamente frágil y sensible. Vaughan debía de recordarla como una mujer fuerte, competente... y apasionada, se dijo Carolyn con pesar.

Se mordió el labio, atormentada. Creía que Vaughan la amaba, pero aún no estaba convencida de que él no hubiera hecho el amor con su madre hacía diez años. Estaba segura de que algo muy grave debía de haber sucedido entre Isabel y Vaughan para que su madre sufriera un colapso nervioso.

Lo miró con angustia. Vaughan no dijo nada y se puso de pie. La chica se deprimió al sentir la soledad que la embargaba al Separarse de Vaughan. Era obvio que él estaba irritado con ella, ya que estaba convencido de que no había ningún problema o impedimento para que se casaran. Para él, sólo era cuestión de olvidar el pasado... pero eso no era tan sencillo...

-Si piensas que vamos a mantener nuestra relación en secreto, te equivocas -gruñó-. No hice nada malo con tu madre y no actuaré como si tuviera algo de lo cual avergonzarme. Julian es un hombre comprensivo y entenderá muy bien lo que pasó. Isabel se ruborizará durante cinco minutos y luego se olvidará del asunto, estás exagerándolo todo, Carolyn. Y yo no te imitaré. En cuanto ellos lleguen a casa, les contarás la verdad. Y si no lo haces, entonces lo haré yo -la miró en silencio durante unos momentos-. Voy a bañarme. Cuando termine, espero que hayas recuperado la sensatez

-declaró dando por finalizada la conversación.

-Vaughan, espera -le pidió ella y vio que se detenía en la puerta del baño-. ¿Querías a mi madre? -susurró.

-Sí -dijo después de largo rato-. Mucho.

-¿La habrías herido a propósito?

-Claro que no -asintió frustrado, pues sabía lo que Carolyn estaba haciendo.

-Dame una semana, nada más -suplicó ella-. Espera una semana después de que ellos vuelvan; mientras tanto, intentaré hablar con mi madre. Ella no es tan fuerte como tú, Vaughan. Yo... tengo que prepararla para ese encuentro...

-Sabes que me estás dando un golpe bajo -sonrió-. Está bien. Supongo que puedo darte una semana, si voy a estar toda la vida junto a ti.

Carolyn suspiró aliviada.

-¿Cuándo volverán nuestros enamorados a Sydney?

-El próximo viernes.

-Sólo faltan siete días -clavó la vista en el suelo.

-Sí -repuso Carolyn, deprimida-. Es demasiado pronto. Acabamos de encontrarnos...

Vaughan alzó la vista y sonrió con malicia.

-¿Sabes? Por un lado me siento muy contento de que todavía faltan siete días.

-¿Por qué?

-Porque siete días tienen siete noches.

Capítulo 12

-MAMÁ! ¡Julian! Aquí estoy -Carolyn hizo señas con los brazos y se tranquilizó un poco al ver la sonrisa de su madre. Era obvio que Julian no le había mencionado el nombre de Vaughan.

-Carolyn, cariño -Isabel dejó sus maletas en el suelo y abrazó a su hija-. Ay, te he echado tanto de menos -le dio un beso en cada mejilla.

-Vaya, qué recibimiento -se alegró su hija-. Y mira qué guapa estás, tan bronceada. Tu vestido debe de ser una creación parisina -admiró el vestido de lino de su madre-. Julian, me parece que la has consentido demasiado -añadió cuando su padrastro se acercó cargado de paquetes.

-Es cierto, soy culpable -sonrió él.

-Tardasteis años en la aduana.

-Tu madre te compró montones de regalos y tuvimos que declarar la mayor parte -explicó Julian.

-¡Traviesa! -le sonrió Carolyn a su madre-. Pues no pienso rechazarlos. Me encantan los regalos. Julian, déjame que te ayude.

-Yo también, querido -se ofreció Isabel con un entusiasmo que sorprendió a Carolyn. La chica miró fijamente a su madre.

-Puedes tomar ésta -bromeó Julian señalando la maleta más grande-. Aquí están todos los perfumes que ha comprado -dijo sonriendo a Carolyn.

-Está exagerando -rió Isabel.

-No es cierto -exclamó él.

Carolyn estaba muy contenta; tanto Julian como su madre parecían muy felices. Isabel parecía una mujer completamente distinta de la persona tímida e insegura que había zarpado hacía dos meses. Podía decirse que era la misma de antes de sufrir el colapso. Carolyn pensó que quizás Vaughan estuviese en lo cierto cuando dijo que el pasado no resultaría un problema.

Al pensar en Vaughan, la joven se inquietó. Él había insistido en que ella no guardara en secreto su identidad y en que tampoco le mintiese a Julian. Tenía que revelarle a su madre quién era el arquitecto que había diseñado su nueva casa: ella le había dado su palabra a Vaughan de que lo haría.

No obstante, la chica esperaba darla la noticia a su madre a solas, y no en presencia de Julian. Los tres tomaron el equipaje y salieron del aeropuerto charlando muy animados.

-Tu precioso coche está intacto, Julian. Ni siquiera tiene una

abolladura. De hecho, disfruté tanto conduciéndolo, que me deshice del mío. La próxima semana me compraré uno nuevo.

Empezó a llover. Metieron todo el equipaje en el maletero y en el asiento delantero, y Julian e Isabel se acomodaron atrás. Carolyn hizo de chófer.

-¿A dónde vamos? -preguntó Carolyn-. ¿A Wollongong o quieres pasar primero por tu apartamento de Sydney? -antes de casarse con Isabel, Julian vivía en un apartamento en Sydney, debido a que su único hijo se había mudado a Nueva Zelanda, después de la muerte de su madre cinco años atrás.

-A Wollongong -contestó él-. Tengo mucha ropa. ¿Y tú, Isabel? ¿Necesitas pasar primero por tu apartamento en Ashfield?

-Imposible -anunció Carolyn-. Desocupé el apartamento hace una semana. Llevé a Wollongong todo lo que puedes necesitar, mamá. Y vendí el resto. Espero que no te importe.

-Claro que no -contestó Isabel, asombrada-. En absoluto. Pero, ¿no fue eso demasiado trabajo para ti?

-Tuve mucho tiempo libre, una vez que renuncié a mi empleo.

-¿No debiste darles un poco de tiempo para que encontraran una sustituta?

-Yo... tuve un problema con uno de los médicos y me pareció que lo mejor era irme de inmediato.

-¿Qué clase de problema? -preguntó Isabel, inquieta.

-Tu hija se refiere al acoso sexual -explicó Julian-. Por desgracia es algo que toda chica atractiva sufre en el trabajo. A propósito, ese arquitecto que contraté no ha estado molestándote, ¿verdad, Carolyn?

«Ay, Dios... ya sabía yo que esto iba a suceder», se dijo Carolyn y se ruborizó al evocar las diferentes maneras en que el arquitecto de Julian la había «molestado» durante la última semana. Vaughan se había negado a separarse de ella. Habían dormido, comido y se habían bañado juntos. Incluso Carolyn lo había acompañado al trabajo, de modo que con frecuencia pudieron escapar a la casa de Vaughan, a la playa, a algún lugar romántico donde pudieran estar solos... Si alguien le hubiera preguntado si era posible hacer el amor en un viejo MG, ella se habría reído. No sólo era posible, sino que era algo fantástico.

-Maldito -exclamó Julian, malinterpretando el rubor de la joven-. Debí saber que no era prudente dejar a una chica tan bonita como tú en las garras de ese Casanova.

-Julian, Carolyn, ¿de qué estáis hablando? -preguntó Isabel-. Julian, nunca me comentaste nada de esto. De hecho, sólo dijiste

que el arquitecto era un hombre brillante. ¿Acaso es una especie de donjuán con el que Carolyn ha tenido que lidiar?

Julian suspiró y Carolyn tragó saliva, apretando el volante. Le resultaba difícil concentrarse en el tráfico, cuando sentía fuego en el estómago y cuando miraba sin cesar por el espejo retrovisor para ver las reacciones de su madre.

-Algo así -confesó Julian.

-No seas tonto, Julian —Carolyn trató de resolver la situación-. Él no es así en absoluto. La gente piensa mal de él sólo porque es soltero y atractivo. Te aseguro que se portó como un auténtico caballero. Y me resultó muy fácil trabajar con él. Además, resultó que ya lo conocía.

Carolyn aspiró profundamente, esperando haber cambiado la opinión que Julian se había formado de Vaughan. En ese momento ya no le quedaba otra salida que revelar su identidad. Y ella tendría que hablar con naturalidad e indiferencia, como si Vaughan no fuera más que un conocido sin importancia, a quien por una simple coincidencia había vuelto a ver.

Después de todo, Isabel no sabía que Carólyn estaba enterada de lo que había sucedido entre ellos. Pero Carolyn no sabía lo que su madre podía sentir en ese momento por Vaughan. Si Isabel no reaccionaba de manera negativa, Carolyn empezaría a salir con Vaughan como si su relación apenas hubiera empezado. Eso era mucho mejor que enfrentar a Isabel con lo que había sucedido hacía diez años.

Durante la última semana, Carolyn y Vaughan habían hablado mucho y en ese momento la chica sabía que él había tenido que mantener a su madre y a sus cinco hermanos menores, después de que su padre muriese en un accidente de trabajo. Vaughan le confesó a Carolyn que él se había mostrado siempre muy parco y avaro con su dinero, pues había pagado la educación universitaria de sus cinco hermanos menores. Su hermana menor, Jesse, se había graduado como enfermera el año anterior, de modo que en ese momento él ya no tenía que trabajar tan duro. Además, Vaughan había diseñado y construido una hermosa casa para su madre y le había pagado un viaje en crucero, cuando de pronto, la señora falleció de un infarto.

Vaughan había sido un hijo generoso y un hermano considerado y Carolyn esperaba que pudiera comprender que ella deseaba proteger de la misma manera a Isabel. Miró a su madre y sonrió, aparentando despreocupación.

-De hecho, tú también lo conoces, mamá. Se llama Vaughan

Slater. ¿Te acuerdas? Se quedó a vivir con nosotras un tiempo, hace muchos años, cuando estudiaba la carrera.

El rostro de su madre se tornó lívido y tenso y Carolyn sintió un vuelco en el estómago, mientras trataba de concentrarse en el tráfico.

-¿Vaughan... Slater? -repitió Isabel, tratando de disimular su impresión.

-Así es -Carolyn se esforzó por seguir fingiendo que todo estaba bien, pero en el fondo sabía que sería inútil. Su relación con Vaughan no tenía futuro. Si la sola mención de su nombre le provocaba ese efecto a su madre, ¿qué sucedería cuando le dijera que se había convertido en su amante?

-¿Ah, sí? -intervino Julian-. Vaya, esto sí que es una coincidencia. ¿Y dices que es todo un caballero? Eso sí que me asombra y me complace también. Voy a llamarlo cuando lleguemos a la casa y lo invitaré a tomar una copa para darle las gracias por todo. El teléfono ya está conectado, ¿verdad? Les pedí que estuviera todo listo, antes de mi regreso.

-Sí. Todo está terminado y está precioso -Carolyn esperó que su madre recuperara la compostura, antes de que Julian sospechara algo-. Estoy segura de que estarás muy satisfecho. La piscina ya está llena. Y el interior... Bueno, Maddie es tan eficiente y brillante como Vaughan.

-¿Maddie? -preguntó Julian-. Ah, ¿te refieres a la señorita Powers? Se me había olvidado que su nombre de pila es Madeline.

-Sí, nos hemos hecho amigas. Y estabas equivocado con respecto a ella y Vaughan, Julian. Sólo son un par de buenos amigos, que se conocen desde hace varios años. Y me temo que no podrás invitar a Vaughan a tomar una copa. Se marchó al interior del país por una semana -había ideado con Vaughan ese pretexto-. Dijo que te llamaría a su vuelta, el próximo viernes -Carolyn descubrió el intenso alivio de su madre y tuvo ganas de llorar.

-Entiendo. Bueno, parece que lo has hecho todo de maravilla, querida Carolyn. Organizaste la mudanza y lo supervisaste todo. Te estoy muy agradecido. Y me alegro de que hayas renunciado a ese horrible trabajo que tenías. La semana que viene llamaré a todos mis amigos de Wollongong y ya veremos qué podemos conseguir. ¿Qué te gustaría hacer ahora?

Carolyn se alegró de hablar de otro tema que no fuera Vaughan. Se dio cuenta de que Isabel ya había recuperado el color de sus mejillas y que ocultaba muy bien su turbación. Eso ya era un pequeño milagro en sí. La Isabel de unas semanas atrás no habría

podido fingir tan bien. Después de un rato, se integró en la conversación.

-Basta ya de hablar de trabajo -comentó con una sonrisa que sólo Carolyn sabía que era un poco forzada-. Quiero contarle a Carolyn todo acerca del viaje.

Y dedicaron el resto del trayecto a relatar las experiencias de Julian e Isabel en Europa. Carolyn se dio cuenta de que su madre demostraba mucha más confianza en sí misma y eso le levantó el ánimo.

La casa fue todo un éxito, como Carolyn había esperado.

-¡Ay, Julian! -exclamó Isabel por enésima vez, cuando al fin salieron al balcón principal.

Carolyn recordó la absurda y maravillosa forma que había tenido Vaughan de entrar allí y sintió la calidez del amor que habían compartido desde entonces. Sabía que nunca podría dejar a Vaughan, nunca. Pero tampoco quería herir a su madre. Se encontraba en un verdadero dilema.

-Nunca había contemplado una vista como ésta -comentó Isabel-. He recorrido medio mundo contigo y nada es comparable con esto. Ay, Julian, gracias... gracias.

Carolyn se llevó una agradable sorpresa al ver cómo su madre se lanzaba a los brazos de Julian y lo cubría de besos. Ambos se olvidaron de su presencia durante unos momentos. Julian por fin se apartó y carraspeó. Isabel se ruborizó, avergonzada y excitada a la vez.

«¡Vaya, vaya!», pensó Carolyn muy complacida. La relación entre Julian y su madre no era platónica. Era obvio que había sido muy positivo para ellos el haberse ido de luna de miel en un crucero y haber pasado mes y medio en Europa.

-Te diré lo que vamos a hacer -dijo Julian con orgullo-. Organizaremos una fiesta e invitaremos a todos nuestros conocidos. Y la daremos el próximo fin de semana para que Vaughan pueda asistir. ¿Qué te parece?

-Muy bien -asintió Isabel, pero Carolyn vio cómo bajaba la vista y apretaba con fuerza la barandilla del balcón. La joven ya no sabía qué pensar. Si pudiera, le pediría a Vaughan que no asistiera a la fiesta, que les diera más tiempo a Julian y a su madre para consolidar su matrimonio, pero sabía que él no consentiría en ello. El sábado por la noche terminaría la prórroga de una semana que habían acordado y él se presentaría en la fiesta, sin que nadie pudiera evitarlo.

Carolyn se deprimió. Era incapaz de ilusionarse con esa fiesta,



pues sabía que terminaría siendo un rotundo desastre.

Capítulo 13

NO sé por qué estás tan preocupada -comentó Vaughan-. Por lo que me has contado, parece que tu madre recibió muy bien la noticia. Vuelve a la cama, amor mío. Tenemos una hora todavía antes de que me vaya a trabajar.

Carolyn permaneció de pie junto a la cama, vestida con la bata de Vaughan. Había intentado resistir todo lo posible y no correr a buscarlo cada vez que la llamaba por teléfono. Esa semana ya había inventado toda una serie de pretextos para salir temprano de casa y poder estar a solas con Vaughan. Esa mañana les había dicho a Julian y a su madre que tenía que ir al salón de belleza y salió de la casa antes de las ocho, conduciendo el nuevo coche que había comprado el fin de semana anterior.

-Yo... debo volver a casa, Vaughan -mintió-. Tengo que ayudar a mi madre con los preparativos de la fiesta de esta noche.

Él no dijo nada, y Carolyn permaneció inmóvil durante lo que le pareció una eternidad, hasta que sintió que él la tomaba de los hombros.

-Julian me dijo por teléfono que había contratado un servicio de banquetes -pronunció con calma-. Y creo que la casa está muy limpia todavía.

Carolyn tembló cuando él la hizo apoyarse contra su cuerpo. «Dios mío, ¿acaso siempre será así, explosivo, instantáneo?», se preguntó.

Carolyn se tensó mientras esperaba que él le besara el cuello, la ardiente piel... Cuando por fin le besó el cuello, ella gimió y se volvió, buscando su boca con la suya. Vaughan la besó con un gruñido gutural y le deslizó la bata por los hombros. Entonces, cuando estuvo una vez más desnuda y temblorosa, la levantó en brazos y se apresuró a llevársela a la cama.

Carolyn estaba muy nerviosa. Ya casi eran las nueve. La casa estaba llena de gente, y Vaughan aún no había llegado.

Maddie, que ya se había recuperado de la impresión de descubrir que Vaughan estaba enamorado y que pensaba casarse, intentaba apaciguar a Carolyn con su lógica acostumbrada:

-No te preocupes, cariño. He estado observando a tu madre y a Julian y su lenguaje corporal demuestra que se adoran. Créeme, hace mucho tiempo que se ha olvidado de Vaughan.

Carolyn no estaba de acuerdo. Maddie no había presenciado la reacción inicial de Isabel, al enterarse de la presencia de Vaughan. Además, su madre no había vuelto a mencionar su nombre en toda

la semana. Si Vaughan ya no significaba nada para ella, ¿por qué no hablaba de él? Incluso el día anterior, cuando Julian llamó a Vaughan para darle las gracias por la casa y para invitarlo a la fiesta, Isabel había salido de la habitación precipitadamente.

Carolyn se dijo que, por esa vez, Maddie estaba equivocada; Isabel aún sentía algo por Vaughan.

Una vez más se escuchó el timbre de la puerta. Carolyn sabía que Vaughan impresionaría de nuevo a Isabel con su atractivo y su madurez actual... Vaughan, el hombre a quien Isabel alguna vez había amado con locura y que, en ese momento, era amado con igual locura por Carolyn.

La aprensión de la joven aumentó al ver que Julian e Isabel se dirigían a abrir la puerta.

-Vamos, Carolyn -susurró Maddie-, parece que sólo te quedan veinticuatro horas de vida. Ten fe en tu madre. Es una mujer muy sensata, muy diferente de como yo la imaginé. Y es toda una dama. No montará ninguna escena cuando vuelva a ver a Vaughan. Ahora tiene un marido, ya no es una solterona hipersensible, sola y ansiosa de sexo. Y hablando de eso -prosiguió Maddie-, acabo de ver a un hombre muy guapo que parece estar muy triste. Y eso no puede ser, ¿verdad? -y se alejó, muy sensual con su vestido negro y dejando una estela de exótico

perfume.

Carolyn no tuvo tiempo de sentir lástima por la siguiente víctima de Maddie, pues estaba concentrada en el trío que acababa de entrar en la sala.

Primero vio a su madre, muy elegante con un vestido de seda azul y con pendientes de diamantes. Carolyn se sentía casi anticuada, con su sencillo vestido negro y su collar de perlas. Sin embargo, se dio cuenta de la tensión de su madre, que apretaba los puños con fuerza.

Vaughan estaba fantástico con unos pantalones de color crema y una camisa marrón con el cuello abierto. Julian le estaba comentando algo con una sonrisa, pero Isabel no sonreía, sino que fruncía el ceño para mirar fijamente a Vaughan durante unos segundos y luego desviar la vista, como si no pudiera observarlo durante mucho tiempo.

Los temores de Carolyn se consolidaron ante la agitación de su madre y se sintió invadida por un sombrío sentimiento de desesperación. De pronto, Vaughan alzó la vista y la miró. Debió de percibir su angustia, pues se disculpó con sus anfitriones y se acercó a la chica con rapidez. Carolyn se dio cuenta de que su madre no le

quitaba la vista de encima.

-Creo que te sentará bien beber algo -le dijo Vaughan al llegar junto a ella-. Ven... -la llevó al bar y le sirvió una copa de whisky-. Bebe esto y empieza a sonreír o tu madre va a sospechar algo.

Carolyn tomó la copa y miró a Vaughan con tristeza.

-¿Cómo puedo aparentar ser feliz cuando nos amenaza un desastre?

-¿De qué diablos estás hablando? -se impacientó-. Tu madre está muy bien. Claro, se mostró un poco seca conmigo, pero eso era de esperar.

-¿Qué te dijo?

-Me dio las gracias por haber diseñado la casa y me dijo que se alegraba de ver que me había convertido en un famoso arquitecto.

-Pero, ¿no te diste cuenta de cómo te miró?

-Casi no me miró. Demonios, Carolyn, ¿por qué intentas crear problemas donde no los hay? Tu madre está feliz junto a Julian.

-Vosotros los hombres sois ciegos. Mi madre habría sido feliz con Julian, si no te hubiera vuelto a ver. No ama a Julian; ella misma me lo dijo. Excepto a mi padre al único hombre a quien ha querido es a ti.

-Creo que ya estoy harto -suspiró irritado-. La única que está ciega eres tú. Isabel nunca estuvo enamorada de mí. Lo único que sé a ciencia cierta es que yo amo a su hija. Pero es obvio que necesitas oírlo de sus propios labios.

Dejó la copa de Carolyn en el bar y la condujo hacia donde Julian e Isabel charlaban con Maddie y su más reciente presa.

-Con su permiso -los interrumpió Vaughan-. Carolyn tiene un problema que sólo Isabel puede resolver. ¿Podemos hablar contigo a solas por un momento? -le preguntó a la sobresaltada señora.

-Esto... sí, claro -Isabel miró a Carolyn con asombro, antes de dirigirse a su marido-. Julian, por favor, ocúpate de que nuestros invitados tengan algo que beber. Ese camarero que contratamos no es de mucha utilidad. Y Maddie, por favor, cuida de Miles por nosotros.

-Con mucho gusto -sonrió la aludida, con tono malicioso.

Carolyn se sintió morir cuando su madre, Vaughan y ella entraron en el estudio.

-¿Y bien? ¿En qué puedo ayudaros? -preguntó Isabel.

-Isabel, no existe una manera delicada de pedirte esto -anunció Vaughan-. Y no lo haría de no ser porque la felicidad de tu hija está en juego.

-¿La felicidad de Carolyn? -Isabel se alarmó.

Carolyn, nerviosa, sacudió la cabeza.

-Necesito saber cuál fue la razón de tu colapso nervioso, diez años atrás -dijo Vaughan.

-¿Le contaste eso? -preguntó Isabel asombrada y miró a su hija-. ¿Por qué?

Carolyn hizo una mueca.

-Tu hija tiene la impresión de que tú estuviste enamorada alguna vez de mí -intervino Vaughan-. Le preocupa que el hecho de que hayas vuelto a verme afecte a tu matrimonio. Por eso me contó lo de tu enfermedad e intentó convencerme de que me mantuviera alejado de ti. Yo le dije que se equivocaba al pensar que yo te había provocado esa crisis y le aseguré que nunca me habías amado, pero ella no me cree.

Isabel se miró las manos, frunciendo el ceño y alzó la vista con miedo.

-¿Por qué pensaste que yo estaba enamorada de Vaughan? -le preguntó al fin a Carolyn.

-El día que Vaughan se fue... yo... -sabía que tenía que decir la verdad-. Yo oí que le decías que él te había dicho que te amaba, que de lo contrario no te habrías acostado con él... -Isabel se quedó estupefacta-. Yo sospechaba que había algo entre vosotros dos -prosiguió la joven-. Verás.., os vi juntos la noche anterior. Volví más temprano que de costumbre de las clases de ballet...

Isabel se cubrió el rostro con las manos y miró con horror a Vaughan.

-¿Te acuerdas? -susurró él-. Yo creí haber oído algo.

-Qué horrible... -se ruborizó Isabel-. Ay, Carolyn, perdóname... Ay, hija, me siento tan avergonzada, pero... -la miró con tristeza-. No sucedió lo que tú piensas.

-¿Quieres decir que querías a Vaughan?

-No... Sólo he amado realmente a un hombre en mi vida -declaró Isabel.

-Se refiere a mi padre -le explicó Carolyn a Vaughan, sintiendo un profundo alivio.

-No -negó, Isabel, azorada-. No hablo de tu padre, sino de Julian.

-Pero.., pero... ,

-Carolyn, querida... -la tomó de las manos-. Yo no quería que te enteraras nunca de esto. Quería que siguieras creyendo que tu padre y tu madre se habían amado tanto, que ese amor había sido más poderoso que las reglas de la sociedad -Carolyn estaba estupefacta-. De verdad creí que amaba a tu padre. Pero era muy joven en aquel entonces y muy impresionable. Y, claro, él me dijo

que me amaba, pero tu padre sólo me deseaba y, después de unos meses, ya no quiso seguir a mi lado. El día en que murió de un infarto, me dijo que nuestro amor era una mentira, que no era nada más que sexo, que yo lo aburría mucho y que se disponía a volver con su mujer. Yo quedé destrozada... Había hecho a un lado mis escrúpulos por ese hombre, iba a tener un hijo suyo dos meses más tarde y él me decía que lo nuestro no había sido más que sexo -Isabel aspiró profundamente y continuó-: Yo me negué a aceptar una explicación tan poco romántica de lo que habíamos hecho. Cuando él murió de repente, yo pude seguir viviendo con esa mentira y convencerme de que él sí me había amado. Y de que yo también lo había querido. Esa mentira se convirtió en mi fuerza, en mi motivación para seguir adelante, sola. Cuando conocí a Vaughan, fue cuando entendí el poder de la frustración sexual y de la necesidad. Hacía tiempo que yo ansiaba la compañía de un hombre. De pronto, un hombre joven y muy guapo estaba viviendo en mi casa. Yo no habría sido humana sino lo hubiera deseado en aquellas circunstancias. Con el transcurso de los meses, ansié cada vez más hacer el amor con Vaughan. De pronto, se acercó el día en que él se iría. Si yo no actuaba con rapidez... -Isabel se ruborizó de vergüenza, pero no bajó la vista y Carolyn pensó que su madre era maravillosa y muy valiente-. Me dispuse a seducir deliberadamente a Vaughan esa noche en que nos viste juntos-confesó-. Yo le había preparado una deliciosa cena y me había vestido de manera seductora. Hice todo lo que pude para que él me hiciera el amor. Claro, yo me decía que estaba enamorada de él, pues estaba confundida, y para mí el amor y el sexo se habían vuelto dos cosas inseparables. Sin embargo, Vaughan no accedió a mis deseos. Estaba preocupado por ti. Al día siguiente, me hizo ver la verdad. Le dije que lo amaba y él me obligó a aceptar mi mentira y a reconocer que sólo lo necesitaba sexualmente. Por desgracia, yo había vivido todo una vida basada en la creencia de que eso no era lo que una mujer decente podía sentir. Cuando al fin tuve que enfrentarme al hecho de que nunca amé a tu padre, al igual que él tampoco me amó a mí, no pude resistirlo. Ese día hablé de la traición de tu padre, Carolyn, no de la de Vaughan. Vaughan nunca hizo nada.

-Yo no diría eso -comentó él-. De manera indirecta, te provoqué esa enfermedad con mi falta de tacto y mi insensibilidad. Ay, Isabel, lo siento tanto...

-No te disculpes -le dijo Isabel-. Eras joven y hablaste con la verdad. Tú no sabías que yo era una mujer débil.

-No lo eras, Isabel. Sólo eras dulce, amable y buena. Yo envidiaría a Julian de no ser porque ahora me pertenece el corazón de tu encantadora hija -sonrió.

Los hermosos ojos azules de Isabel se abrieron mucho por la sorpresa.

-Así que por fin te has enamorado -susurró enjugándose las lágrimas.

-Sí, mamá -admitió Carolyn, con la vista nublada por el llanto.

-Qué maravilla. ¿Os vais a casar? -le preguntó a Vaughan.

-Cuanto antes -respondió él, sonriendo.

-¿Quieres decir que...? -Isabel se llevó una mano al cuello.

-No, nada de eso -rió Vaughan.

-Claro que eso no importaría -susurró Isabel-, puesto que os amáis de verdad -sonrió al mirar a su hija-. ¿No te parece increíble todo esto? Durante toda esta semana estuve preocupada de que Vaughan pudiera decirte algo que me hiciera perder tu amor y tu respeto.

-Eso nunca podría suceder, mamá -Carolyn la abrazó.

-Eso fue lo que Julian me dijo -Isabel se enjugó otra lágrima-. Por supuesto, le conté lo que sucedió hace tantos años. Él simplemente me dijo que era una tonta por angustiarme por algo que ya pertenecía a la prehistoria y que, aunque yo hubiese cometido un acto de alta traición, mi hija me seguiría queriendo. Es un hombre maravilloso, Carolyn. No sé por qué tardé tanto en darme cuenta de lo mucho que lo amo. ¿Vamos a darle la buena nueva?

-¿Por qué no se lo decimos a todos? -sugirió Vaughan-. ¿Qué me dices, amor mío? -le dio un beso a Carolyn en la mejilla-. ¿Quieres que anunciemos nuestro compromiso esta misma noche?

-No tenemos anillos -replicó, conteniendo las ganas de llorar de alegría al mirarlo a los ojos.

-Bueno, pues sucede que...

Sacó una pequeña caja del bolsillo de su pantalón. Cuando Vaughan la abrió, Carolyn vio un espléndido diamante.

-¿Te lo pongo? -le preguntó él.

Carolyn recordó que esa semana Maddie la había hecho probarse un anillo de rubíes para que, de esa forma, pudiera informar a Vaughan del tamaño más adecuado.

-Algo me dice que me quedará muy bien -susurró con un nudo en la garganta.

-Espero que así sea, porque sólo quiero darte lo mejor -replicó él con ternura y le deslizó el anillo en el dedo.

Maddie suspiró con exasperación mientras la feliz pareja aceptaba besos y felicitaciones de todos los presentes. Se dijo que el matrimonio no era la octava maravilla. Ella preferiría ir todos los días al dentista antes que casarse. «¡Qué institución tan horrible y aburrida!», pensaba para sus adentros.

Cuando Carolyn y Vaughan se quedaron solos, Maddie se acercó y los tomó de las manos.

-Os deseo toda la suerte del mundo, amigos míos -susurró pensando que les haría mucha falta esa suerte para que pudiera funcionar una relación tan poco natural. Le parecía absurdo esperar que una mujer se conformara con un solo hombre durante el resto de su vida. La idea le resultaba sencillamente ridícula.

-¿Qué os gustaría como regalo de bodas? -les preguntó Maddie -. Ya sé. Os decoraré gratuitamente la horrible casa en la que vives, Vaughan. Me encantará hacer eso, convertir tu casa en un lugar habitable para tu hermosa mujer -sonrió con satisfacción-. Y ya sé qué cuadro colgaré encima de la chimenea.

-No harás nada semejante, querida Maddie -le dijo Vaughan-. El único lugar donde estará ese cuadro en particular será donde ningún otro hombre pueda verlo y donde será de mucha utilidad. Encima de mi cama.

-Eres un aguafiestas, Vaughan -se quejó Maddie.

-Siempre lo he sido -sonrió él y le susurró algo al oído a Carolyn, que se echó a reír y salió con Vaughan rápidamente de la casa.

-¿A dónde se dirigen Vaughan y Carolyn? -le preguntó Julian a Maddie.

-Creo que necesitaban inspeccionar urgentemente el lugar donde van a poner un cuadro que acabo de regalarles -explicó ella con seriedad-. Y eso me recuerda... Háblame de Miles, Julian. Él no está casado, ¿verdad?

-Suéltate el cabello -susurró Vaughan de manera seductora, mirando a Carolyn con deseo.

-Mantén la vista fija en la calle, niño travieso -le regañó Carolyn mientras se soltaba el cabello. El viento lo hacía volar y se sintió dichosa, libre y llena de vida.

-Soy muy feliz -exclamó y se echó a reír con alegría, como si acabaran de quitarle un peso intolerable de los hombros. Su madre no amaba a Vaughan, nunca lo había amado. Era como un sueño hecho realidad.

Alzó la mano izquierda y la movió para ver cómo brillaba el

diamante a la luz de los faroles de la calle.

-¿Te gusta? -le preguntó Vaughan.

-Qué pregunta tan tonta -suspiró extasiada.

-Casémonos pronto, amor mío.

-Sí, Vaughan.

-Y qué bien que no estés embarazada -rió él-. Creo que Isabel me habría despellejado vivo si lo hubieras estado.

-En realidad no le habría preocupado. Y a mí tampoco. Quiero formar una familia contigo, Vaughan -el corazón le dio un vuelco cuando él la miró con amor y admiración.

-Me parece muy bien, aunque, ¿crees que seré un buen padre?

-Creo que al principio serás un desastre -bromeó-. Pero, con un poco de tiempo y de práctica...

-¿Cuánta práctica?

-Digamos... ¿media docena? -bromeó ella.

-Vaya, si vamos a tener tantos hijos, no podemos perder ni un solo segundo.

En ese preciso instante llegaron a la casa, y a Carolyn le pareció que Vaughan aparcaba el coche con demasiada rapidez.

-Pensándolo mejor -comentó Vaughan mientras le abría la puerta-, creo que debería practicar mi técnica de procreación durante más tiempo, antes de que la pongamos a prueba.

-¿De verdad? -Carolyn contuvo la risa al bajar del coche-. Creí que ya habías aprobado en eso, y con sobresaliente -dejó que él la abrazara con fuerza-. Pero, ¿sabes?, tengo muy mala memoria y, como ya han pasado varias horas desde que probé tu..., quizá sería mejor que hicieras una demostración antes de que tomemos una decisión final.

-¡Vaya! Nunca me hicieron una propuesta sexual tan directa en toda mi vida -declaró con fingida reprobación-. Y pensar que provino de los dulces labios de la mujer a quien amo, de esa misma joven cuya inocencia fue lo que primero que me atrajo de ella y quien me regañaba constantemente por mi libertino estilo de vida...

-¿Por qué no te callas y me haces el amor, tonto? -le preguntó Carolyn mientras le echaba los brazos al cuello.

Él sonrió con satisfacción y sólo tuvo tiempo para pronunciar dos palabras antes de besarla en los labios.

-Excelente idea.